

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17.

NUM. 198.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JUNIO 1905

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, núm. 22.— Teléfono 2.000

10.431

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

FRANCISCO DE ZURBARÁN

Y

LA EXPOSICIÓN DE SUS CUADROS

En el año V del siglo xx ha llegado su turno á Zurbarán en la serie de esos actos nacionales que, como los «Centenarios» y, lo mismo que los «Centenarios», las «Exposiciones de obras de arte», después de muchos años de fallecido su autor, no son otra cosa en el terreno profano que las canonizaciones en el religioso; esto es, la consagración de los hombres superiores reconocida y confirmada por la posteridad.

Y ha sido necesario este acontecimiento, para que los eruditos caigan en la cuenta de que aún permanecía ignorada gran parte de la existencia del pintor, y se sientan estimulados á la rebusca en archivos, bibliotecas y museos de los datos que faltaban para completar, y hasta podría decirse que escribir por vez primera, su interesante biografía. ¿Cuál fué la verdadera vida de Zurbarán? ¿Cuál su posición social como hombre, y cuál su significación y su importancia como artista?

Algo puede decirse acerca de estos puntos, gracias á las investigaciones últimamente realizadas por bibliófilos y críticos; pero hasta hoy era muy poco y, además de poco, confuso, lo que se sabía del artista extremeño. Mientras los biógrafos se limitaban á copiar y comentar los escasos datos aportados por Palomino y Cean Bermúdez, la imaginación popular había

formado una serie de leyendas á cual más disparatada y absurda.

En la villa de Fuente de Cantos, su pueblo natal, se contaba, y aún se cuenta, que era un pobre pastorcito, con tan decidida afición al dibujo, que mientras su rebaño pacía, él *retrataba* en los troncos de los árboles todos los objetos que divisaba en el horizonte; hasta que un día, admirados de su habilidad unos caballeros que atravesaban aquellos lugares, se lo llevaron con ellos á Sevilla, cuando ya contaba doce años y había recibido algunas lecciones de dibujo, costeadas por el bondadoso párroco del pueblo.

Antes de salir de Fuente de Cantos, dicen que hubo de pintar la caricatura de un joven aristócrata llamado Silverio Luarca, el que, ofendido por aquella obra, se vengó del artista dando muerte al padre de éste y huyendo á Madrid, donde al cabo de muchos años fué reconocido una noche por el mismo Zurbarán, quien lo mató en lucha de una estocada. A consecuencia de este hecho, añaden los narradores de esta leyenda, huyó á Portugal, donde acabó sus días.

Pero, respecto al motivo de la fuga á Portugal (donde jamás estuvo) y á las circunstancias de su muerte, corre otra versión no menos falsa. Dícese que, habiendo ido á su patria con ánimo de contraer matrimonio con una su prima, tuvo un desafío con cierto joven pariente suyo, á quien mató en buena lid. La Inquisición de Llerena actuó en este proceso, y Zurbarán huyó á Portugal, viviendo oculto muchos años en Lisboa; revelando su persona y sus peripecias al fraile que le administró los últimos sacramentos, en el hospital de San José, donde expiró el año 1661 (?), con la coincidencia de morir en el mismo cuarto y en la misma cama en que había fallecido el famoso Camöens, y de ser el fraile que le administró los sacramentos el mismo que confesó y ayudó á bien morir al poeta lusitano *ochenta y tres años antes* (el 5 de Octubre de 1579); lo que ni es cierto, ni hubiera sido posible.

Si de la leyenda pasamos á la historia, aún se desconoce la

fecha y el lugar de su fallecimiento, sabiéndose sólo, por D. Lázaro Díaz del Valle, que en 1662 vivía el maestro en esta villa de Madrid; y para colmo de omisiones, hasta al cura de su pueblo se le olvidó escribir el día en que aquél nació, pues en la partida de bautismo sólo se dice que:

En la villa de Fuente de Cantos, á siete días del mes de noviembre de mil y quinientos y noventa y ocho años, el señor Diego Martínez Montes, cura de la dicha villa, bautizó un hijo de Luis de Zubarán y de su mujer Isabel Márquez. Fué su padrino Pedro García del Corro, presbítero, y la partera María Domínguez, á los cuales se les exhortó el parentesco y la obligación que tienen, y se llamó Francisco, y lo firmó Diego Martínez Montes.

Para reconstituir seriamente la historia de Zurbarán, el proceso de su formación y las ideas que recibe y sintetiza, conviene proceder con el mayor detenimiento, examinando el estado político, religioso y social del medio en que nace y se desarrolla, el de la cultura literaria y artística de su época, el juicio que mereció á sus contemporáneos, el que merece á los nuestros, los errores en que unos y otros incurren, sus cuadros más famosos y su significación en la historia del arte.

La ignorancia de sus primeros biógrafos ha contribuído á que se le llame el Caravaggio español, considerándosele como un imitador del artista italiano, cuando nada aprendió ni quizás conoció de éste; á que se le considere como un genio no comprendido y poco apreciado por sus contemporáneos, cosa imposible dada la cultura de entonces, y condenado á trabajar á sueldo, cuando no tenía espacio para ejecutar los muchísimos encargos que directamente le hacían de todas partes.

La personalidad de los artistas, como la de los literatos, por cuanto representan el gusto, las ideas ú otro aspecto especial de su época, es más colectiva que individual y no puede estudiarse aisladamente, sino en relación con el ambiente en que vivieron; pues así como no hay abeja que labre miel sin flores, Zurbarán no habría sido lo que fué caminando á través de un

campo yermo. Pero, lejos de vivir en tiempos de decadencia, tuvo la suerte de nacer al finalizar el siglo XVI, esto es, al ocupar el trono Don Felipe III, y aún residía en Madrid tres años antes de morir Felipe IV.

En la sociedad española de estos dos reinados crece y se desenvuelve Zurbarán, que no llegó á salir de la Península. ¿Qué espectáculos, qué cosas pudo presenciar este maestro en su infancia y en su primera juventud? La vida de un príncipe que ocupaba el tiempo en la caza y el juego, pero también en las festividades religiosas; que se veía obligado á inventariar la plata labrada; á enviar mayordomos y párrocos á pedir por él de puerta en puerta; á reunir tres veces Cortes para atender á las necesidades del reino, pero que ponía á los españoles en comunicación constante con los demás pueblos de Europa y América, mediante las frecuentes guerras con los Países Bajos, Inglaterra, Saboya, Venecia, la Valtelina, los berberiscos y los turcos, y las conquistas de Nuevo México y el valle de Arauco. Aún no tenía Zurbarán doce años cuando presencia la expulsión de los moriscos. Ve la Inquisición en su apogeo y el clero secular y regular preponderantes. Las primeras inteligencias florecían en los conventos ó á su sombra. Entonces se celebran las beatificaciones de San Isidro Labrador, Santa Teresa de Jesús, San Raimundo de Peñafort y San Ignacio de Loyola, y se desarrolla el culto de la Inmaculada Concepción. El sentimiento religioso era la nota dominante. ¿Qué de extraño tiene el que impresionara tan intensamente á este pintor, inclinando su musa hacia los asuntos místicos, y convirtiéndolo en el intérprete más fiel de la vida monacal y ascética?

Si en el terreno de la política y de la religión ofrecía España el cuadro descrito, en el intelectual triunfa la literatura de la influencia italiana, se perfecciona el romance caballeresco, aparecen las novelas realistas y la dramática llega á su apogeo con Lope de Vega, abriéndose los teatros del Príncipe y de la Cruz. Entre los líricos se destacan: Rioja, Rodrigo Caro, Juan de Jáuregui y Luis de Argote y Góngora; entre los

épicos: Fray Diego de Hojeda, Alonso de Acevedo y Bernardo de Balbuena; entre los satíricos: Villamediana; entre los novelistas: Cervantes, Mateo Alemán, Espinel y Quevedo; entre los escritores políticos: Diego de Saavedra Fajardo; entre los prosistas: Rivadeneira; y entre los historiadores: el Padre Mariana y el inca Garcilaso.

Si tan florecientes se hallaban las Letras, la Pintura no podía decaer, máxime cuando sus hermanas la Arquitectura y la Escultura producían las preciosidades del estilo plateresco y contaban con cinceles como los de Berruguete, Gaspar Becerra y Alonso Cano.

Muertos Rafael y Miguel Angel, el ideal de las escuelas que fundaron degeneró en sus discípulos en rutina y amaneramiento; y, como sus insípidas imitaciones no podían constituir la aspiración de los genios, pronto fueron los vulgares clasicistas obscurecidos por los naturalistas, artistas verdaderos que preferían para sus creaciones la interpretación directa de los seres reales y vivientes á los de las escuelas eclécticas de Italia.

Muertos, al principiar el siglo xvii, los introductores del neoclasicismo, en Sevilla, los artistas que les sucedieron procuraron olvidar sus lecciones para recibir las de la naturaleza, y sólo uno de los maestros de las cuatro academias que entonces existían en la metrópoli andaluza, Francisco Pacheco, se empeñaba, inútilmente, en conservar puro el gusto greco-romano. En cuanto á los jefes de las otras academias, Francisco de Herrera el Viejo y Juan del Castillo, se alejaron de él cuanto pudieron, y Juan de las Roelas (que había estudiado á Ticiano y visto trabajar á los grandes coloristas Tintoreto y Veronés) consiguió desligarse de sus trabas.

Tal era el ambiente que empezó á respirar el pintor extremeño cuando, separándose de sus padres (que debían ser modestos labradores), se trasladó á la ciudad de Sevilla, sin otra preparación, seguramente, que las ligeras nociones de dibujo que recibiera, en su pueblo, de algún olvidado discípulo de

Morales, y que empezó á perfeccionar desde que fué recibido en la Academia del licenciado Juan de las Roelas.

Allí no tardó en distinguirse, y á los diez y ocho años de edad, en 1616, pintaba su primer cuadro conocido, consistente en una Inmaculada Concepción, representando á la Virgen muy niña, sostenida en el espacio por un grupo de querubines y cantada y aclamada abajo por trece angelitos desnudos, doce de los cuales, unos de pie y otros sentados, fijan la vista en papeles de música, mientras el que aparece de espalda, en uno de los extremos del lienzo, toca una trompeta.

Hablando de este cuadro, ha dicho D. Elías Tormo y Monsó:

«Este grupo es una hermosa composición que recuerda tantas otras italianas, desde las esculturales de Donatello y della Robbia hasta el dibujo célebre de Pordenone, conservado en Florencia. Viste María, como ya casi era de rigor en 1616 en España, blanca túnica y azul el manto, colgante, suelto. Quiere ser inspirada y mística su mirada puesta en el cielo; quiere ser delicada la expresión de las cabezas infantiles; no acertó á tanto éxito el dibujo duro, aunque estudiado y escrupuloso, del autor, como tampoco logró acertar, aun con las tonalidades de oro, al pintar un celaje celestial alrededor de la figura original de la Inmaculada.»

A pesar de las deficiencias que observa el Sr. Tormo, no puede negarse que ya en este cuadro se indica el carácter de la técnica de Zurbarán. La figura de la Virgen es el retrato de una niña de diez años, donde la imaginación del artista ha modificado muy poco la expresión del modelo.

No obstante lo correcto del dibujo, se nota que el artista se hallaba en el período de formación, y esta obra no debió ser hecha por él sino como un ensayo. La enseñanza de Roelas y el ejemplo de sus compañeros, unido todo á las aficiones de la época, condujeron á Zurbarán á un discreto naturalismo, y antes de manejar la paleta debió dibujar mucho y con provecho, según la maestría que desde sus primeros cuadros reveló.

Si la cultura literaria de sus contemporáneos le obligó á

ser ilustrado; si las ideas religiosas de la sociedad en que vivía le inclinaron al misticismo; si el gusto predominante en la pintura le llevó al naturalismo, ¿qué otras circunstancias, además de sus prodigiosas facultades, le llevaron á ser tan gran pintor? La noble ambición de descollar entre tantos famosos compañeros y el brillante porvenir que aquella ciudad ofrecía á los más aventajados, debieron inspirarle la constancia y la laboriosidad necesarias para llegar á distinguirse, hasta el punto de que su fama corriera por todas partes mucho antes de que saliese del estudio de Roelas y empezase á trabajar por su cuenta.

Ahora bien: ¿le costeó el autor de sus días el viaje y la estancia en Sevilla, ó entró de criado en casa de Roelas para moler los colores y prestar otros servicios á cambio del aprendizaje que deseaba?

Dato es éste que no está averiguado todavía, ofreciendo la misma obscuridad que otros períodos y circunstancias de su carrera, reconstituibles solamente atendiendo al número, calidad y fechas de sus cuadros, y á los poquísimos documentos que hasta el día se han encontrado.

¿A qué puede obedecer esta falta de noticias acerca de la vida de pintor tan eminente? A que Zurbarán no se distinguió ni por sus relaciones con elevados personajes como Velázquez, ni por sus desgracias como Coello, ni por sus amores como el Giorgione, ni por sus pependencias como Alonso Cano y Valdés Leal, ni por las alternativas y vicisitudes de su vida como tantos otros, cuya existencia novelesca y de aventuras ha contribuído no poco á popularizarlos.

Aparte de estas razones, el siglo que siguió al suyo no era el más á propósito para fomentar la reputación de un pintor de santos y de frailes, y nadie se cuidó de investigar y anotar las particularidades de su vida para transmitir las á la posteridad en un trabajo armónico.

De aquí la ignorancia y los errores que hemos lamentado después.

Zurbarán no fué un hombre de aventuras ni de extravagancias, sino un perfecto equilibrado; muy amante, sin duda, de la familia, puesto que se casó dos veces, la una con D.^a Beatriz de Morales y la otra con D.^a Leonor de Jordera, teniendo varios hijos. Su vida regular y consagrada al trabajo no pudo llevar su nombre á los labios del vulgo. En cambio era conocido y altamente admirado de las personas más cultas, como lo prueba el que apenas contaba veinticinco años cuando el marqués de Malagón le confiaba la ejecución de las nueve grandes composiciones, tomadas de la vida de San Pedro, que decoran el retablo de la capilla colocada bajo la advocación del apóstol en la catedral de Sevilla; obra en que hizo el artista extremeño sus primeros alardes de experto dibujante y gran colorista, y en la que se distinguió además por la hermosa disposición y por la dignidad y la nobleza de las actitudes y de las fisonomías de las figuras.

El cuadro del centro de este retablo representa á San Pedro sentado y vestido de pontifical; y en los lados la visión de los animales inmundos, y el santo llorando su pecado. En el segundo cuerpo, junto á la aparición del ángel en la cárcel, la de Cristo cuando San Pedro huía de Roma, una Concepción de Nuestra Señora, la confesión de San Pedro delante de los demás apóstoles, su vacilación en la fe y el milagro del tullido.

Con estos cuadros comienza el apogeo de Zurbarán, que los terminó en 1625, cuando ya reinaba Felipe IV, protector entusiasta y decidido, no sólo de toreros, cómicos y cortesanas, como afirman algunos historiadores, sino principalmente de las artes y las letras.

Luchas exteriores y desastres nacionales acibararon la vida del monarca, con guerras como las de Holanda, Francia é Inglaterra; con sublevaciones como las de Cataluña y Nápoles; con la libertad de la Valtelina y con la independendencia de Portugal; autos de fe como los de Madrid, Valladolid, Córdoba y Sevilla, nublaron la alegría de estas ciudades. Pero aún alen-

- taba Lope de Vega y estaban en la cumbre de su gloria Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Rojas, Zorrilla, Calderón, Moreto, Vélez de Guevara, Góngora, Villamediana, los Argensola, Mariana, Quevedo y cien más, todos ellos ingenios eminentes que solían disfrutar del favor regio.

En cuanto á la conducta de este rey con los artistas, dice Jaime Fitzmaurice-Kelly: «Arte y letras fueron su constante preocupación, y no estaba desprovisto de dotes personales. No se contentaba con dar instrucciones á sus ministros para que adquiriesen todo buen cuadro que se les ofreciera en mercados extranjeros: sus propios bocetos demuestran que había aprovechado viendo pintar á Velázquez. No es pequeño motivo de gloria para él haber adivinado de una sola ojeada el genio del desconocido maestro sevillano y haberle nombrado—cuando apenas salía de los diez y nueve años—pintor de cámara. Recomendó asimismo al artista Alonso Cano para una canongía en Granada... Llegaría hasta detener el curso de la justicia para proteger á un artista. Así, cuando el maestro de Velázquez, el medio loco Herrera, fué acusado de falsificar moneda, el monarca intervino, haciendo esta observación: *¡Recordad su San Hermenegildo!*

Los primeros estudios de Zurbarán (quien en el resto de su vida no pintó cosa alguna que no fuese con modelo) presentan con los del autor de *Las hilanderas* la analogía de estar todos pintados directamente del natural, absteniéndose en absoluto de todo convencionalismo ó tradición de escuela, y en los lienzos del retablo de San Pedro se reveló ya como un consumado artista.

Después de acabar este trabajo pasó de Sevilla á Extremadura, donde pintó varias obras para el monasterio de Guadalupe, entre ellas los ocho grandes cuadros con asuntos de la vida de San Jerónimo, que se conservan en su sacristía; y se estableció en Llerena, de donde fué llamado á la capital andaluza para que pintase los cuadros que se habían de colocar en el claustro nuevo del convento de la Merced Calzada, referen-

tes á la vida de San Pedro Nolasco, y el crucifijo, entre otros cuadros, del convento de San Pablo.

Aquéllos y éste quedaron terminados en 1629; y fué tanta la reputación que con ellos adquirió Zurbarán, que se le reconoció como el primer pintor de asuntos religiosos; y el cabildo de aquel pueblo, donde tan insignes artistas florecían, hubo de pedirle oficialmente que no volviera á marcharse de allí, para ser honra de la ciudad.

Este acto singularísimo del cabildo hispalense, no muy bien conocido por Palomino, primer escritor que lo refiere, ha sido negado con razones muy lógicas por Cean Bermúdez, que no se lo podía explicar.

«Es fama—dice Palomino—que habiéndose retirado á vivir á Fuente de Cantos, su patria, la ciudad de Sevilla le envió su diputación pidiéndole se dignase de venir á vivir en Sevilla para honrarla con su persona y eminente habilidad, siendo así que había entonces en ella otros pintores célebres; él lo hizo así, como lo merecía honra tanta».

Cean Bermúdez hace observar que «no parece cierto, ni aun verosímil, lo que cuenta Palomino, de que habiéndose retirado Zurbarán á vivir en Fuente de Cantos, el Ayuntamiento de la ciudad de Sevilla le hubiese enviado una diputación á fin de que volviese á establecerse en esta ciudad, y que haya aceptado este partido, pues que no se halla pintura alguna de su mano en la villa de Fuente de Cantos, ni hay noticia en los libros de su parroquia relativa á su residencia, desde que salió muy joven de ella; y además, el Ayuntamiento de Sevilla no tenía necesidad de honrar tan extraordinariamente á un forastero, cuando abundaba en buenos y excelentes pintores patrios sobre las demás ciudades del reino».

Quizás los admiradores del *forastero* entendiesen que ninguno ó muy pocos de los *buenos y excelentes pintores patrios* rayaban á su altura en los asuntos religiosos, porque lo fundamental del hecho es cierto, si bien Zurbarán no se trasladó á Fuente de Cantos, sino á Llerena, como queda dicho,

ni pasó la cosa sin la protesta de los artistas hispalenses.

He aquí la verdad de lo ocurrido, según los documentos encontrados por D. José Gestoso y Pérez en el Archivo municipal de Sevilla. Llevado á ésta por los frailes de la Merced, y cuando ya había terminado los cuadros que éstos le encargaron y el Crucifijo de la sacristía de San Pablo, el 27 de Junio de 1629, el Sr. Rodrigo Suárez, veinticuatro, presentó un escrito al Cabildo de la ciudad, proponiendo que, en vista de lo *consumado artífice* que se había mostrado en *estas obras*, y presuponiendo *que la pintura no es el menor ornato de la república*, pidiese á dicho Francisco Zurbarán que se quedase á vivir allí, si ya no con salario ni ayuda de costas... á lo menos con palabras significativas de que se holgara, que esta sola diligencia sería bastante para que la súplica surtiese efecto. Apoyaron esta proposición D. Antonio de Bobadilla, veinticuatro; D. Pedro Galindo de Abreu, veinticuatro y procurador mayor, y D. Diego Caballero Illesca.

Visto por la ciudad y por D. Diego F. de Mendoza, asistente, fué encargado el Sr. Rodrigo Suárez de manifestar á Zurbarán lo mucho que la ciudad deseaba que se fuese á vivir á ella, *por las buenas partes que se habían conocido de su persona*, que *la ciudad tendría cuidado de favorecerlo y ayudarle en todas las cosas que se le ofrecieren*.

Zurbarán debió acceder en seguida, pero no tardó en surgir la protesta.

El miércoles 29 de Mayo de 1630 fué vista y leída en el Cabildo una petición de Alonso Cano, pintor, protestando de aquel acuerdo y pretendiendo que la ciudad *mande que se examine Francisco de Zurbarán ó dé licencia para que use de sus ordenanzas*.

El artista extremeño se negó á sufrir dicho examen, y supo defenderse, haciendo á la vez constar cómo «habiendo ido de Llerena á pintar la sacristía del convento de San Pablo y los cuadros del claustro del convento de Nuestra Señora de la Merced, acordó la ciudad y le mandó el señor asistente que se

quedase en ella de asiento, *honrándole con declarar el acuerdo que se hacía por considerarle insigne y convenir al lustre de la ciudad y obras de sus templos; y él, reconocido á tanto honor, con incomodidad llevó su casa á Sevilla.*

Despechado, sin duda, y para imponerse por el genio á sus ofendidos rivales, debió concebir entonces (y no á continuación de los cuadros de San Pedro, como dicen Madrazo, Bermúdez, Mier y Palomino) la ejecución de su obra maestra, que realizó al ser encargado de decorar el retablo mayor de la iglesia del convento-colegio de Santo Tomás de Aquino, donde representó la apoteosis de este santo.

Si la hubiese realizado antes se haría mención de ella en el pleito transcrito con Alonso Cano, como se hace mención del Cristo de San Pablo y de los cuadros de la Merced Calzada.

Todos los personajes de este cuadro exceden como proporción el tamaño natural. Hacia los cielos entreabiertos donde se ven á Cristo y á la Virgen acompañados de San Pablo y Santo Domingo, se eleva, entre cuatro Santos Padres que le rodean sentados, la figura del doctor angélico (figura que, según el manuscrito de Loaysa, es el retrato de D. Agustín Abreu de Escobar, racionero que fué de aquella santa iglesia).

Varios ángeles se distinguen en la gloria del fondo presenciando la escena desde su ángulo. En la parte baja del cuadro, y en primer término, en un grupo que ocupa la derecha, está representado Carlos V con el cetro y cubierto con el manto imperial, hallándose á su espalda varios caballeros, entre los que se reconoce un retrato del autor. A la izquierda se encuentra el arzobispo D. Diego Deza, fundador de la iglesia, acompañado de frailes dominicos.

Se ve claramente, como indica Lefort al estudiar esta producción de Zurbarán, cuáles fueron las fuentes y los ejemplos en que se inspiró para componerla y ejecutarla. Roelas con su obra maestra la *Muerte de San Isidoro*, y Herrera el Viejo con su *Triunfo de San Hermenegildo*, del colegio de los jesuitas, pintado en 1624, ejercieron cada cual su parte de influencia

sobre los comienzos del artista; el que, además, desde 1620 á 1625 tuvo ocasión en la misma Sevilla de ver pinturas de Ribera, y por otro lado no dejó de asimilarse algunas de las sólidas prácticas del Españoleto.

Hoy se conserva este lienzo (que no ha venido á la Exposición) en el Museo provincial de Sevilla, «tras azarosas vicisitudes—dice el Sr. Madrazo,—que afortunadamente no han hecho más que extender la fama de su autor por la Europa culta».

Cuando, antes de colocarlo en el sitio que está, se procedió á forrarlo, encontróse pegado á su dorso un documento con la siguiente historia:

«Este lienzo lo sacaron de la capilla y colegio dos colegiales en la invasión de los franceses ocurrida en 1.º de Febrero de 1810. Los franceses lo tomaron después y lo colocaron en el Alcázar Real de esta ciudad. En su fuga, que fué el 27 de Agosto del año 12, se lo llevaron á París, desde donde volvió á Madrid, en donde estuvo hasta el año 1818, cuando lo concedió al colegio el Sr. D. Fernando VII, y se colocó en su altar el 26 de Enero de 1819, siendo rector el M. R. Padre maestro F. Juan Gómez Muriel.»

En el mismo año de 1629, en que terminó los cuadros de la Merced Calzada, pintó Zurbarán, para la Cartuja de Santa María de las Cuevas, el *San Bruno conversando con el Papa Urbano II*, *La Virgen acogiendo á unos frailes mercenarios bajo su manto*, *El milagro de San Hugo* y *El Niño Jesús hiriéndose al tejer una corona de espinas*; y en 1633 dió por terminados los cuadros del retablo de la Cartuja de Jerez, firmando en uno de ellos, en el que representa *La adoración de los pastores*, como *pintor del rey*.

«Por el uso de este título (dice D. Ceferino Araujo y Sánchez) se presupone que antes de esta última fecha debió el pintor estar en Madrid, pero no se sabe cuándo, ni tampoco si estuvo; pues pudo obtener el título sin ir por entonces á la corte».

«Tampoco se sabe (añade el Sr. Madrazo) dónde estuvo los años que transcurrieron desde que terminó esta obra de la Cartuja hasta que volvió á Madrid en 1650, llamado, como asegura Palomino, por D. Diego Velázquez de Silva, de orden de S. M.; pero nos consta que estaba en Sevilla el año 1639». Y más abajo agrega que igualmente se ignora la fecha de las infinitas obras que ejecutó para las parroquias de San Esteban y San Román, de Sevilla, para la iglesia de *San Buenaventura*, Colegio de San Alberto, Carmelitas Calzadas, *Merced Calzada*, Mercenarios Descalzos, Santo Domingo de Portaceli, Trinitarios Calzados, Capuchinos, *convento de San Pablo* y Colegio de Maese Rodrigo, de la misma ciudad; y para los conventos de San Pablo y la Merced, de Córdoba, y de Capuchinos, de Jerez de la Frontera.»

Ya queda dicho cómo fué Zurbarán desde Llerena á Sevilla para pintar los cuadros de los conventos de San Pablo y la Merced Calzada, y que éstos, como los de Santa María de las Cuevas, estaban terminados en 1629. En este mismo año pintó los de la iglesia de San Buenaventura, de los que se conserva uno, *San Buenaventura mostrando el crucifijo*, en el Museo de Berlín, y todos los datos demuestran que, lejos de tener fundamento las dudas de Madrazo, puede afirmarse con seguridad que nuestro artista no movió su estudio de Sevilla y los pueblos inmediatos, donde ejecutaría todas las obras á que alude aquél, desde 1633 á 1650; apareciendo firmados, entre otros cuadros, los de la Cartuja, de Jerez, en 1633; los de la Merced Descalza, en 1636, á juzgar por uno de esta procedencia: el *San Lorenzo* que posee el Museo del Ermitaje de San Petersburgo, y que lleva esta fecha, y las pinturas del navío del santo rey D. Fernando, que Sevilla regaló á Felipe IV, en 1638. En 1639 consta que estaba en Sevilla, «por un documento que se conserva en el Archivo de Palacio (Pardo y sus agregados. Felipe IV, leg. 2, núm. 1), que es parte de una correspondencia epistolar habida entre Francisco de Zurbarán y el marqués de las Torres, superintendente á la sazón de las obras del Alc

de Madrid, acerca de los dorados del *salón grande* de dicho R. Alc. y Pal.»

Estaba ya en relaciones algo familiares con la corte cuando fué llamado en 1650 para adornar con diez composiciones, representando los *Trabajos de Hércules*, la parte alta del saloncete del Palacio del Buen Retiro.

Al tratar de este viaje, dicen casi todos los biógrafos que en 1650 fué llamado por Velázquez, de orden de Felipe IV, para adornar con diez composiciones... uno de los grandes salones del Buen Retiro; cuatro de las cuales, conservadas en el Museo del Prado, fueron de mano de Zurbarán, y las otras ejecutadas bajo su dirección.

No es uno solo el escritor que ha demostrado que «el célebre pintor palatino no fué gran amigo del que, sin ser cortesano, ostentaba el título de *Pintor del Rey*»; mas aunque lo hubiese sido, no era posible esta intervención, por hallarse Velázquez en Italia, para donde salió del puerto de Málaga en Enero de 1649, no regresando hasta Junio de 1651, en que arribó á Barcelona.

Dada la cultura y las aficiones artísticas de Felipe IV, me inclino yo á creer que no necesitó inspiradores, sino que, espontáneamente, desearía tener trabajos de todos los artistas que se distinguían en su época, dándoles ocupación en cuanto se le presentaba ocasión de ello; y el decorado del saloncete del Buen Retiro se la ofreció para llamar á Zurbarán, quien pintó después en Madrid otros muchos cuadros para la Casa de Campo y algunos sitios reales, y lienzos de caballete para varios particulares. Viviendo en la corte en 1661, pintaba todavía (si hemos de creer á Lefort) para diversos palacios y conventos, y en 1662 escribía D. Lorenzo Díaz del Valle: «vive en esta villa de Madrid».

Su residencia habitual fué, sin embargo, Sevilla, donde dejó, entre otros discípulos, á Martínez de la Gradilla, que le prestó grande ayuda en los trabajos de decoración del convento de la Merced Calzada; á Bernabé de Ayala, pintor de

algún mérito, á quien recomienda su hermosa y sólida factura; y á los dos hermanos Polanco, que reprodujeron con fidelidad pasmosa muchos de los cuadros del maestro.

Como observará el lector, por lo escrito hasta aquí, el Zurbarán verdadero es otro muy distinto del Zurbarán que sus biógrafos nos han venido presentando, y á quien se le creía poco menos que desatendido, viviendo en la condición del jornalero.

Zurbarán pudo ser hijo de padres pobres; sin duda lo fué; pero él por sus propias fuerzas supo llegar, si no á ser muy rico, á vivir holgadamente y, sobre todo, á merecer las consideraciones, el respeto y la admiración de los más poderosos, y á obtener las más señaladas distinciones de la más culta de las ciudades; recuérdese el acto del cabildo de Sevilla al rogarle que se quedase en ella de asiento para honrarla.

La especie de que tuviera que vivir de un sueldo queda también desmentida ante las pruebas evidentes de los cuadros que directamente le encargaban, desde el marqués de Malagón hasta el monarca, los opulentos jerónimos de Guadalupe, los conventos de San Pablo y la Merced Calzada, las parroquias de San Esteban y San Román, el colegio de San Alberto, las Carmelitas Calzadas, la Merced Descalza, Santo Domingo de Portaceli, los Trinitarios Calzados, el colegio de Maese Rodrigo y los Capuchinos de Sevilla, los conventos de San Pablo y la Merced de Córdoba y los Capuchinos de Jerez de la Frontera.

Por si no fuesen bastante estas pruebas de que le faltaba tiempo para ejecutar todos los trabajos que directamente le encargaban, las confirma el testimonio del pintor en la siguiente carta, que se conserva en el archivo de la catedral de Badajoz:

«Madrid, 2 de Enero de 1662 años. Ilmo. y M. preciado señor: Hace tiempo, Dios lo sabe, que proponíame dar alguna contestación á Vm. y S. sobre los encargos que me honra encargándome para esta Santa catedral. Primeramente quiero

decir á Vm. y S. que el Sr. D. Jerónimo Rodríguez, que en el cielo descansa, me había pedido un cuadro de San Athón y dos grandes para las capillas que quería decorar de nuevo, y uno para la de él y su palacio. Ahora no puedo responder á nada, hasta poner fin á los encargos que tengo de S. M. el rey. Nuevamente me reitera de nuevo Vm. y S. las pinturas ya dichas, más otras dos, y yo puedo decir á Vm. y S., muy agradecido por la merced que me da en esta comisión y empleo, que para el año entrante, y contando con la gracia de Dios y su Santa Madre S. S., que comenzaré con este trabajo, que haré con otros que me hacen también para el convento de Santo Domingo de Atocha, en esta corte, y remitiré según termine y con arreglo á los precios que Vm. y S. me ofrece, aunque no muy largos sean, que ya convendremos en subir más para hacer con anchos deseos una obra buena, que en estas obras de pintura lo bueno no ha de costar poco. Y mandándole mucha salud y amor en Cristo, le besa la mano á Vm. su criado y dueño, *Francisco Zurbarán*».

Las consideraciones que le guardaban y los encargos que le hacían, dicen con bastante elocuencia el juicio que Zurbarán mereció á sus contemporáneos; ¿cuál ha sido el de los críticos posteriores?

Estos pueden dividirse en dos grupos: uno, el de los que apenas han estudiado los obras del pintor extremeño, y hablan con la ligereza de Palomino, Cean Bermúdez, Manjarres y Symond; y otro, el de los que, como Madrazo, Araujo y Sánchez Cossío, Blanc, Mier y Lefort, han hecho un detenido estudio del carácter, de los procedimientos y de las influencias que reflejan los cuadros de Zurbarán.

Todos reconocen que este artífice era tan estudioso, que todos los paños los hacía por el maniquí y las carnes por el natural, siendo inimitables los hábitos blancos de sus monjes, por la elegancia de sus pliegues y por la verdad, el tono y la suavidad con que están tocados.

Pero mientras los primeros lo consideran un imitador del

Caravaggio, añadiendo algunos, como Manjarres, que apenas dió muestras de conocer la perspectiva, y otros, como Symond, que «Zurbarán fué realista, sin alcanzar á reflejar la vida», los segundos demuestran que, si por la propensión á los grandes juegos de claro-obscuro se le ha llamado hasta nuestros días el Caravaggio español, ha sido con injusticia, porque jamás conoció ni pudo imitar al famoso italiano, teniendo más semejanzas con Ribera, y diferenciándose de aquél tanto como la moderación del exceso.

Zurbarán, á juicio de los mejores críticos, cultivó mucho y con provecho el retrato, lo que quizás haya contribuído á esa manera de proceder por estudios aislados que se nota en algunos de sus cuadros, ofreciéndose en todos ellos como correcto dibujante y valiente colorista, mas no como un prosélito del naturalismo de su época, sino que, como dice Mr. Blanc, «no ha habido pintor, sin exceptuar al mismo Murillo, que haya correspondido mejor á las dos tendencias más pronunciadas del carácter español: la pasión de la realidad y la aspiración al ideal católico...» Y, como afirma Lefort, «con un sentimiento religioso muy penetrante, más viril que en Murillo, muy de otro modo expresivo que en Velázquez, su naturalismo, tan robusto como el de Ribera, es acaso todavía más verdadero, más franco y más espontáneo».

*
* *

La Exposición de las obras de Zurbarán, que se inauguró el día 13 de Mayo en el Museo del Prado, aunque lo bastante surtida para que los aficionados puedan estudiar á este pintor, no ha sido tan hermosa como hubiera resultado al ser más completa. No sólo han dejado de venir los numerosos cuadros que se conservan en las galerías y colecciones extranjeras, sino también el renombrado de la *Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*. Y las desconfianzas de Sevilla, más ó menos fundadas por la debatida cuestión de la *Santa Isabel* de Murillo, se han

transmitido al pueblo de Guadalupe, donde se recuerdan los estragos de la funesta desamortización, y se niegan autoridades y vecindario á remitir los famosos lienzos de la vida de San Jerónimo que se conservan en la sacristía del monasterio.

En cambio, figuran en la Exposición, además de los enviados por Sevilla, los cuadros más notables de Castellón, Cádiz, la familia real y diferentes coleccionistas, desde la *Inmaculada Concepción* (que posee el Sr. López Cepero), tenuta por el primer ensayo de Zurbarán, hasta la renombrada Virgen de la Cartuja de las Cuevas, la Coronación de San José, el Beato Pozon, un Santo Domingo (propiedad del Sr. Prado y Palacio), una Santa Rosalía (de la infanta Doña Isabel), el celebradísimo *Cristo* de la sacristía de San Pablo, los cinco religiosos de la Merced (de la Academia de San Fernando), los Trabajos de Hércules, los retratos de D. Diego y D. Gonzalo de Lara y el San Bruno conversando con el Papa Urbano II.

La falta de muchos cuadros de los que no han podido venir está suplida, hasta donde es posible suplirla, con las fotografías de los mismos, convenientemente expuestas.

JOSÉ CASCALES Y MUÑOZ

LA NUEVA PERFORACIÓN DE LOS ALPES

Jamás olvidará el que estas líneas escribe el pintoresco espectáculo que presentaron las calles de Ginebra al obscurecer el día 23 del pasado Febrero.

Transitaba la gente con ese paso especial, característico de los pueblos trabajadores; empezaban á iluminarse los escaparates de las tiendas; apresurábanse á subir en los tranvías los que, después de un día de labor en la oficina, el escritorio ó el taller, ansiaban el descanso en la casita alejada de la aglomeración urbana; se elevaban del lago Lemán las neblinas nocturnas que, extendiéndose poco á poco por los valles del Ródano y del Arve, iban trepando por los flancos de las cadenas de los Alpes y del Jura, para quedar luego prendidas á las montañas hasta el próximo orto del sol; la edad del Mundo estaba á punto de recibir el incremento de un día. De repente hienden el aire poderosas salvas de artillería y percibe el oído un general repique de campanas, entre las cuales se advierte la *Clemence*, cuya voz no suena más que para anunciar un acontecimiento de excepcional importancia.

Los transeuntes se detienen é interpelan, con el semblante gozoso y revelador de grande alegría; los conductores de los vehículos eléctricos hacen alto, olvidando por algunos instantes los apremios de los horarios reglamentarios; las luces parecen más vivas, y hasta se nos antoja, ¡oh prodigios de la ilusión!, que la evaporación del lago y del Ródano cesa un momento, á fin de no aumentar la densidad del aire y que puedan

las sierras vecinas devolver, sin atenuarlos, los ecos de las voces del acero y del bronce...

Todos sabíamos, porque las autoridades nos tenían prevenidos, que el volteo de las campanas y los disparos de los cañones eran nuncio de que se había realizado la perforación del Simplón, de que otro boquete se había practicado en ese formidable macizo que, durante siglos y más siglos, se mantuvo intacto, desafiando con sus cimas inmaculadas, sus precipicios insondables, sus pavorosos aludes y sus cataclismos geológicos, al temerario que pretendiera franquearlo. Sucediéronse las generaciones, la tierra devoró millones de hombres, y los Alpes continuaron impasibles, luciendo sus cumbres eternamente blancas y sus faldas embellecidas por fascinadores efectos de luz; guardando celosamente el secreto de su vida misteriosa y de sus leyes extrañas, en virtud de las cuales, frágiles florecillas de matices pálidos, expresión perfecta de cuanto es suave, delicado y débil, florecillas como el *edelweiss*, brotan y viven en regiones terribles, donde las borrascas de nieve, los desplomamientos de los ventisqueros, las trombas de las cataratas, los torrentes despeñados, y tantos otros imponentes fenómenos de la alta montaña, son manifestación suprema de la fuerza y de un irresistible poder de destrucción. Transcurrió el tiempo, una Era histórica siguió á otra, y los Alpes continuaron separando á los hombres del Piamonte y de la Lombardía de los montañeses de la Helvecia y de las dos Saboyas.

La historia antigua no cita más que un caso de haberse vencido los obstáculos de la orografía alpina. Aníbal llevó á cabo la invasión de la Italia septentrional, pero la posteridad ignora los procedimientos que aquel caudillo hubo de emplear para efectuar tan prodigiosa operación. Hasta Napoleón, nadie se atrevió á repetir la proeza del guerrero cartaginés.

En Mayo de 1800, el primer cónsul Bonaparte, á la cabeza del famoso ejército denominado *de reserva*, cuyos efectivos eran de unos 60.000 hombres, pasó los Alpes por el Gran San Bernardo, y, reforzado por la división Chabrán, que había

atravesado el Pequeño San Bernardo, marchó al encuentro de los austriacos, mandados por Melas. Tuvo lugar el choque de aquellas fuerzas el 14 de Junio, entre el Tanaro y su afluente el Fontanone, en Marengo, pueblo situado al Sureste de Alejandría. Sabido es que aquella batalla, página gloriosa de los anales militares de Francia, y la cual costó la vida al intrépido general Desaix, obligó á Austria á suscribir el tratado de Alejandría, que estipuló la retirada de los austriacos á la orilla izquierda del Adigio y la devolución á los franceses de quince plazas fuertes.

A pesar de que en el éxito de la batalla de Marengo influyó bastante la heroica resistencia de Massena en Génova, merced á la cual 25.000 austriacos á las órdenes del general Ott no pudieron comparecer oportunamente en el teatro de dicha acción, lo cierto es que la causa principal del triunfo de los soldados de la República fué la maniobra audaz de Napoleón, en cuya posibilidad no creyó el generalísimo austriaco hasta que supo que el enemigo había entrado en Milán.

Leyendo la Memoria del general de ingenieros francés Marescot, relativa al paso del Gran San Bernardo por los soldados de Napoleón, se forma una idea de la magnitud de aquella empresa. Baste decir que las tropas sólo podían caminar de noche, á la luz de la luna, ó en las primeras horas de la mañana, antes de que el sol ablandara la nieve; que, para evitar los aludes, á veces provocados únicamente por las pisadas ó las voces de los hombres, la artillería disparaba de vez en cuando, antes de que se penetrara en regiones donde se sospechaba que pudieran producirse desprendimientos; en fin, que la mayor parte de la impedimenta debió transportarse á lomo de mulas, en cuévanos y en una especie de trineos, compuestos de dos largos maderos unidos por traveses y arrastrados por uno ó dos caballos.

Después de aquel primer atentado á la intangibilidad del coloso, se construyeron en él algunas carreteras, y desde entonces tuvo que resignarse á dejarse hollar por algo más que

por la planta del pastor, del cazador, del contrabandista. No pudo, en adelante, sustraerse á la curiosidad del simple turista, con tal que éste fuera capaz de resistir el traqueteo de los carricoches de principios del siglo pasado. Tampoco logró impedir que los pueblos entre los cuales se interponía comenzaran á cambiar entre sí sus respectivos productos.

Apareció la locomotora, y al punto comprendieron los ingenieros que era indispensable herir sin compasión el macizo alpino, perforarle, probarle que la roca más dura, la cúspide más elevada, el peligro más grande, no arredran al genio humano.

En un pueblecito de la alta Saboya, llamado Saint-Jeoire, podéis contemplar la estatua de uno de sus hijos, del ingeniero Sommeiller, á quien cupo la gloria de dirigir la construcción del túnel del Monte Cenis, de haber efectuado la primera perforación de los Alpes, cuyos trabajos principiaron en 1857 y tuvieron remate el 17 de Septiembre de 1871, fecha de la inauguración de la línea férrea de Modane á Turín.

Dicho túnel tiene 12 kilómetros de largo. En él se practicó, por primera vez en grande escala, la perforación mecánica de la roca, utilizando la perforadora de aire comprimido inventada por el físico ginebrino Colladon. En aquella obra se procedió abriendo en el frente de ataque unas noventa cavidades de mina de cuatro centímetros de diámetro y 80 centímetros de profundidad, que se cargaban con pólvora ordinaria; las aguas de infiltración no fueron considerables, ni tampoco las temperaturas, gracias á la buena ventilación obtenida por medio del movimiento de las perforadoras.

La primera vía férrea subalpina produjo un tráfico notable, y como, por otra parte, á nadie podía ocultarse la necesidad de disminuir todo lo posible la distancia que separa el Norte y el Nordeste de Europa del canal de Suez, Alemania invitó á Suiza é Italia á entenderse para realizar la perforación central de los Alpes en el macizo del San Gotardo, obra gigantesca que duró desde 1872 á 1881, y ofreció muchísimas más

dificultades que la construcción del túnel del Monte Cenis.

El del San Gotardo, situado entre los valles del Reuss y del Tesino, tiene tal altitud que fué preciso alargar su longitud, con objeto de establecer pendientes aceptables, es decir, inferiores al declive máximo de 26 por 100, lo cual exigió la intercalación de túneles secundarios ó helizoidales. Así llegó el túnel de referencia á alcanzar la longitud de 15 kilómetros. Complicaron también el trabajo la naturaleza del terreno, las infiltraciones, que llegaron á exceder de 230 litros por segundo, y, en fin, las elevadas temperaturas interiores.

Se emplearon perforadoras perfeccionadas, y las minas se cargaron con dinamita. Sólo el túnel del San Gotardo costó 70 millones de francos; la línea entera demandó un gasto de 276 millones, cantidad que fué abonada por las tres naciones precitadas.

Empresa tan grandiosa tuvo que causar numerosas víctimas. Entre ellas merece particular mención el nombre de Luis Favre, ingeniero, natural de Chene, arrabal de Ginebra. Contratista de la obra del Gotardo, Favre supo luchar, gracias á su privilegiada inteligencia y á su indomable energía, contra todos los obstáculos que se levantaron ante su empresa, debidos unos á las fuerzas de la naturaleza y suscitados otros por las miserables pasiones humanas que suelen concitarse contra el verdadero mérito. Pero su robusto temperamento acabó al fin por usarse, y Favre murió en el mismo túnel, en vísperas de dar remate á su ímproba labor; y por toda recompensa, su familia fué arruinada, so pretexto que el difunto no había terminado el túnel el día fijado en el contrato. ¡Uno de los ejemplos más tristes es éste de la ingratitud humana!...

Como ya dijimos, la iniciativa de la perforación de los Alpes centrales se debió á Prusia, en su deseo de enlazar los territorios alemanes con los puertos de Trieste y de Brindisi y, por tanto, con los países de Oriente. El túnel del San Gotardo no sólo determinó los beneficios económicos previstos por Bismark para Alemania, sino que infirió un golpe terrible al

comercio y á la industria de Francia, y fijó, con el establecimiento de la triple alianza, la orientación de la política exterior contemporánea del imperio de los Hohenzollern.

No dejaron de ver muchos patriotas franceses el peligro que corría su nación si se abría un boquete en el San Gotardo. Pruébalo que ya el 21 de Junio de 1870, es decir, en cuanto se conoció el acuerdo de los tres Gobiernos interesados en la obra en cuestión, Gambetta, Sadi-Carnot y otros diputados presentaron una moción al Cuerpo legislativo, pidiendo que se votara un crédito de 48 millones de francos para proceder á la perforación lateral de los Alpes en el macizo del Simplón, con el propósito de establecer una línea directa de comunicaciones entre los puertos de la Mancha y los del Adriático que impidiese que la arteria económica mundial favoreciera á los alemanes.

Pero los dolorosos sucesos de 1870-71 y el período reconstituyente que les siguió impidieron á los Gobiernos de la tercera República contrarrestar los desastrosos efectos que para Francia había tenido la perforación del San Gotardo. Es verdad que ni siquiera en estos últimos tiempos, de relativa quietud en la vida exterior é interior de nuestros vecinos, les ha parecido á ellos oportuno el cuidarse de enlazar bien su territorio septentrional con los puertos italianos. Entretenidos con pequeñeces de una política menuda, prestando exagerada atención á los *affaires* sucesivos, empezando por el *boulangisme* y acabando por el de las *fichas de delación*, después de haber recorrido los términos principales de la serie, á saber, *l'affaire* de las quiebras de la Unión general, de la Compañía de los ferrocarriles del Sur y del Panamá, *l'affaire* Dreyfus, el de la familia Humbert, etc., etc.; entretenidos, decimos, los hombres de Estado de Francia con cosas de semejante trascendencia, no tuvieron tiempo de escuchar las proposiciones juiciosas que les hizo Suiza de entenderse para ejecutar en común la perforación del Simplón. Obrando con esa negligencia de los intereses económicos del país, no es extraño que Francia, que era

en 1870 la segunda nación desde el punto de vista del valor de su marina mercante, sea hoy la duodécima.

¡En cambio, Alemania, cuya marina mercante era nula en aquel año, es ahora la segunda del mundo!...

No obteniendo resultado las gestiones en Francia, acordó Suiza entenderse exclusivamente con Italia. Desde 1893 á 1896 duraron las negociaciones y los estudios referentes á la obra propuesta. Reunida entre ambas naciones la cantidad de 70 millones de francos, total del presupuesto establecido por los ingenieros para la construcción del túnel del Simplón, se firmó el 13 de Agosto de 1898 un tratado por los representantes de los dos Gobiernos interesados, la Compañía ferroviaria del Jura-Simplón, dueña de la línea suiza de acceso al túnel, y, en fin, por la Sociedad de contrata, tratado cuyas cláusulas principales estipulaban: 1.º, los trabajos habrían de empezar, lo más tarde, el 13 de Noviembre del mismo año; 2.º, el primer túnel y la galería del segundo habrían de estar terminados y en poder de la Compañía de explotación cinco años y medio después de dar principio á la perforación mecánica; es decir, el 15 de Mayo de 1904.

Formaban la Sociedad de contrata los ingenieros Brandt y Brandau, de Hamburgo; las casas de construcciones mecánicas de Winterthour y de Zurich, respectivamente, Sulzer hermanos y Zocher y Compañía, y, en fin, el Banco de Winterthour. Los contratistas cobrarían 5.000 francos de prima por día de anticipación en la conclusión de la obra, y abonarían igual cantidad por día de retraso; quedaban obligados á depositar una fianza de 5 millones de francos, y únicamente en los casos siguientes podrían eximirse de las obligaciones contraídas: guerra en que estuviera comprometido uno de los Estados del convenio, huelgas generales, terremotos.

El ingeniero Brandt había intervenido en la construcción del túnel del Arlberg, otra perforación alpina efectuada entre los valles del Inn y del Rhin, cerca del lago de Constanza, por iniciativa de Austria, con intención de emancipar sus lí-

neas férreas de las alemanas para las comunicaciones con Suiza y Francia. Esta empresa demandó la construcción de un túnel de 10 kilómetros bajo la montaña del Arlberg, y una vía férrea de 137 kilómetros de longitud.

En esos trabajos, que duraron tres años, empleó Brandt por primera vez su perforadora hidráulica, que tiene la ventaja de no producir polvo alguno. Ese distinguido ingeniero falleció pocos meses después de haberse principiado los trabajos del Simplón.

La perforación de este macizo montañoso, cuya altitud es superior á 3.500 metros, y cuyo espesor es de 19.732 metros, significaba la construcción del túnel más largo del mundo. Si no hubiera sido menester vencer más dificultades que las ocasionadas por las dimensiones extraordinarias del túnel, es claro que el problema se reducía á una cuestión de tiempo y, por tanto, de paciencia y perseverancia. Mas rara vez se manifestó como en el Simplón la Naturaleza tan dispuesta á torturar el genio humano.

En efecto: la primera sorpresa desagradable que tuvieron los ingenieros fué motivada por una circunstancia de índole geológica. Un bloque del gneiss de Antigonio (materia dominante en el frente sur de ataque) fué sometido en 1891, en Wirtenthour, á experiencias de perforación; se observó que con la máquina rotativa de Brandt, provista de dos floretes, la perforación obtenida era de un metro en doce ó quince minutos; de lo cual se dedujo, teniendo en cuenta la duración de las operaciones complementarias, que podrían ganarse diariamente cerca de seis metros en el ataque de la roca. Pues bien, en la práctica, los progresos diarios del adelanto apenas llegaron á cuatro metros. Después se descubrió que, en los experimentos preliminares, se había prescindido de la enorme presión ejercida por la mole del Simplón sobre la piedra de Antigonio: de ahí la notable diferencia notada entre lo previsto y la realidad.

Por semejante motivo, en Marzo de 1901, la galería que-

arranca de Brigue (vertiente norte) tenía ya 4.693 metros de longitud, al paso que la de la vertiente opuesta, cuyo punto inicial es Iselle, sólo tenía 3.610 metros. Pero la galería de Iselle tuvo que luchar con dificultades mucho más importantes que la dureza de la peña.

A fines de 1900, entre los kilómetros 2.400 y 3.800, la temperatura de la piedra descendió bruscamente de 33° centígrados á 26°. En Mayo del año siguiente se descubrió la causa de tal fenómeno: era que los mineros habían penetrado en una región acuífera refrigerante, correspondiente á una extensa capa subterránea de agua. Desde entonces las infiltraciones produjeron inundaciones terribles, de cuya importancia podremos formarnos idea sabiendo que el caudal de aguas de alguna de ellas no bajó de 12.000 litros por minuto. A pesar de la energía de los ingenieros y de los obreros, hubo un momento (kilómetro 4.397) en que las perforadoras no pudieron seguir funcionando. En aquella fecha (30 de Septiembre de 1901), un torrente impetuoso paralizó los trabajos; primero se trató de derivar el curso de aquella poderosa corriente; luego, de tapar los orificios por donde fluía el líquido: todo fué en vano; se decidió al fin que se elevaría el nivel de la masa de agua por medio de un muro de contención, y que se dirigiría la galería por encima del enojoso manantial, con objeto de salvarlo, dando un rodeo, para venir después hacia él en sentido contrario á la dirección normal de la perforación. Todo eso exigió muchísimo tiempo.

Además sucedió que, por más que se había dado á la galería sur una pendiente superior á la de la otra galería (7 por 100), para facilitar el desagüe, la evacuación de aquellos enormes volúmenes de agua hizo necesaria la construcción de bastantes canales accesorios. En Mayo de 1901, el caudal de aguas arrojado por la boca meridional del túnel era de dos litros por segundo; en Junio siguiente, de 215 litros; y en Diciembre, de ¡874! Este número explica lo que debieron ser las infiltraciones del Simplón.

El segundo semestre de 1901 fué atroz para los valientes constructores de ese túnel: debieron luchar contra el agua, contra las formidables presiones de la montaña, que parecía decidida á hundir los revestimientos más sólidos, y contra las temperaturas sofocantes que empezaron á reinar, sobre todo en la galería norte, temperaturas no previstas tampoco por los ingenieros.

En opinión de éstos, una temperatura de 40° á 50° centígrados podría fácilmente reducirse á 15° por medio de la pulverización de agua á 12°, bajo una presión de 5,5 atmósferas. Esto es cierto; pero aquellos señores habían olvidado las dificultades de proporcionarse bajo la montaña agua á la temperatura de 12°. El agua del Ródano se calentaba en su viaje subterráneo hasta el frente de ataque, de manera que su temperatura al salir de las perforadoras era de 23°; la cual pudo reducirse á 16°, cubriendo la canalización con un revestimiento de madera, rodeado á su vez de materias poco conductoras del calor. El aire enviado á las galerías por el aparato de ventilación pasaba asimismo rápidamente de la temperatura de 17°, á su entrada en el túnel, á la de 30°; para refrescarlo, se le hizo pasar alrededor de cilindros llenos de hielo, que un vagón especial transportaba en el túnel; pero con este procedimiento no se consiguió bajar la temperatura del aire más que dos grados.

En Noviembre de 1902, el termómetro en el túnel marcó 54° centígrados. Era, pues, indispensable buscar medios poderosos de refrigeración. Las cañerías de 10 centímetros de diámetro, que aportaban el agua del Ródano á las perforadoras, se reemplazaron por otras de 12 centímetros, y se estableció otra cañería de 25 centímetros, destinada especialmente á la refrigeración, y que mediante potentes bombas centrífugas suministraba de 50 á 55 litros de agua por segundo. Gracias á esa mayor cantidad de líquido y al uso de buenos y numerosos aparatos de pulverización, el aire producido por los ventiladores se despojaba de gran parte del calor adquirido en el

subsuelo, y pasando luego por unas alambradas, perdía su exceso de humedad. No obstante las dificultades halladas en la galería norte, debidas particularmente á las temperaturas exageradas, los trabajos en ella fueron más fáciles que en la galería de Iselles, donde, según expresamos, la resistencia de la roca, las infiltraciones y las presiones de la mole ocasionaron retrasos considerables; tanto que, á fines de Noviembre de 1903, la perforación del lado septentrional había llegado al punto culminante del túnel, es decir, á su punto medio; porque sabido es que todos los túneles se trazan en pendientes contrarias, á partir del centro, é inclinadas hacia las bocas, á fin de facilitar el desagüe.

Desde entonces prosiguieron los trabajos de la galería de Brigue en contrapendiente, hasta Mayo del año anterior, época en que el depósito de agua termal formado por los caudales de una porción de manantiales que se descubrieron sucesivamente, y la imposibilidad de vaciarlos por estar la contrapendiente obstruída por las rocas todavía no perforadas de la galería sur, obligó á cesar definitivamente los trabajos de la galería norte, quedando detenidos en el kilómetro 10.376. En el kilómetro 10.129 se colocó una puerta de hierro, como pared septentrional del mencionado depósito. En resumen: á mediados de 1904 sólo faltaba para terminar la perforación del Simplón que las máquinas de la galería sur horadaran la pared meridional del repetido depósito de agua, cuyo contenido se calculaba en millón y medio de litros. Todas las dificultades someramente indicadas habían sido fundamento para que las naciones concesionarias de esa obra gigantesca otorgaran á los contratistas una prórroga de catorce meses para la terminación de los trabajos. El 1.º de Julio del corriente año, la línea férrea Brigue-Iselle habría de estar lista para la explotación.

El 24 de Febrero último, á las siete y veinte minutos de la mañana, el florete de la perforadora encargada de dar el postrer pinchazo á la roca, giró libre de toda resistencia. Retira-

do aquel florete, un chorro de agua caliente anunció que el Simplón estaba perforado...

Algunos segundos después, aquellos hombres intrépidos, que anhelantes y trémulos de emoción asistían en la lobreguez de la mina, abierta en las profundidades del macizo montañoso más imponente de Europa, á la coronación de una obra que ha requerido esfuerzos inconcebibles, sabiduría prodigiosa, perseverancia extraordinaria y sufrimientos de toda especie, aquellos hombres tuvieron que huir perseguidos por una formidable ola de agua abrasadora, sintiendo las angustias de la carencia de oxígeno y de la abundancia de vapores mefíticos.

En aquella trágica retirada, en aquellos espantosos momentos en que la montaña, cual si presa de violenta ira quisiera desencadenar sus elementos de aniquilamiento y destrucción contra los que habían osado traspasarle las entrañas, dos ingenieros italianos, los señores Bianco y Grassi, perdieron la vida... Dos nombres más que hay que añadir al martirologio de la ciencia...

Al conocerse la fausta nueva de la perforación del Simplón, los Gobiernos de Suiza é Italia se felicitaron mutuamente por telégrafo. En ambos países la alegría ha sido indescriptible, pues para los dos va á iniciarse, en cuanto circulen los trenes entre Brigue y Domo d'Ossola, una era de prosperidad incomparable.

No es, por tanto, extraño que el repique de las campanas y las salvas de artillería de que hablábamos al principio de este artículo, llenaran de júbilo á los ginebrinos.

Y en verdad que sobrados motivos tienen para alegrarse. Dentro de algunos meses, la cuenca del Lemán estará en íntima comunicación con el valle del Po; los cantones suizos del Valais, de Vaud y de Ginebra, el país de Gex y la alta Saboya no se verán ya separados de los llanos de la Lombardía y de la Venecia por el macizo, que se extiende desde el Monte Blanco hasta el collado de Nufeuen. La diligencia que actualmente

va de Brigüe á Domo d'Ossola, por la carretera construída por orden de Napoleón I, tarda nueve horas en recorrer dicho itinerario; para ir de Martigny á Aosta, por el Gran San Bernardo, se necesitan diez y ocho horas; para recorrer la distancia que hay entre Chamonix y Courmayeur, por el Pequeño San Bernardo, son necesarios tres días de marcha. Se explica, por consiguiente, que cuantos deseen dirigirse á Italia desde Suiza prefieran dar un rodeo, yendo por Lucerna y el San Gotardo á Milán, ó por Bellegarde, Modane y el Monte Cenis á Turín. De Ginebra á Milán, por el Simplón, habrá 382 kilómetros, ó sea 144 kilómetros menos que por el San Gotardo, y 70 menos que por el Monte Cenis. Con ser ventajosísimo este acortamiento, aún resulta favorecido el itinerario de referencia, por las mejores condiciones de la línea del Simplón; porque, en efecto, habiéndose abierto el túnel en la base de la montaña, podrán atravesarlo los trenes á velocidades grandes, cosa que no es posible hacer en los túneles del San Gotardo y del Monte Cenis, toda vez que ambos han sido construídos á considerable altitud.

Ahora se invierten, para ir por el Monte Cenis, de Ginebra á Turín, diez horas, á Génova trece, á Milán catorce; por el San Gotardo, se llega á dichas ciudades, respectivamente, en quince, diez y ocho y doce horas. Por el Simplón se supone que se necesitarán sólo siete horas para trasladarse de Ginebra á Milán, centro de la red ferroviaria del norte de Italia; el viaje á Turín durará tanto como dura ahora por el Monte Cenis, y á Génova se llegará en menos de diez horas.

Esos datos son suficientes para imaginar el aumento de viajeros y de tráfico que va á proporcionar á Italia y Suiza la línea del Simplón, cuyos fines tienen que ser aún más importantes, porque su zona de alimentación no ha de limitarse á las comarcas que separan la cuenca del alto Ródano y la del Po, sino que debe extenderse más allá de Francia y de la Venecia, hasta el Atlántico y los puertos de la Mancha, por un lado, y, por el otro, hasta los países del Extremo Oriente. Tiene que

ser la grande arteria comercial que una esas dos poderosas naciones insulares que se llaman Inglaterra y el Japón. Y, para que el túnel del Simplón dé vida á tan maravilloso instrumento económico, es preciso que Francia se avenga á construir una línea directa entre París y Brigue. Ya que los poderes públicos de esa última nación cometieron la insigne torpeza de desoir los consejos de Gambetta y de otros patriotas, procuren rescatar su culpa apresurándose á decretar los trabajos necesarios para utilizar las ventajas inmensas que puede reportar á Francia la perforación del Simplón, la cual no le ha costado ni un céntimo y es capaz de devolverle la prosperidad comercial que le arrebató el túnel del San Gotardo.

En la actualidad, no existe línea directa entre París y Ginebra; no hay más que un ramal que arranca de Culoz, de la línea París-Turín, por Dijon, Macon y el Monte Cenis, salvando por el Suroeste el macizo del Jura. La línea París-Ginebra demandaría, pues, la perforación de este macizo, la cual ha sido perfectamente estudiada, desde el punto de vista técnico y financiero, por una sociedad semioficial, constituída especialmente en Ginebra con ese fin.

En el proyecto de tal sociedad se recomienda la perforación del Jura en la Faucille y la construcción de una línea férrea que arranque de Lons-le-Saulnier, prolongando la que está haciendo la Compañía París-Lyon-Mediterranée entre Dijon y Lons-le Saulnier, y termine en Ginebra, después de atravesar los túneles de la Faucille. Esa línea, cuyo coste se ha calculado en unos cien millones de francos, sería la mejor solución del problema, porque además de favorecer á las regiones inmediatas á Calais, con ella todos los departamentos occidentales de Francia quedarían perfectamente ligados á la gran arteria, merced á las vías férreas transversales ya existentes.

El proyecto de la perforación de la Faucille tiene contra sí el inconveniente de su elevado coste y la guerra que le hacen los intereses particulares y locales.

Como Francia ha visto que el Simplón se ha perforado sin

imponerse sacrificio alguno, se figura que lo mismo ha de suceder en la construcción del túnel del Jura. Alegando que esta obra beneficiará, sobre todo, á Ginebra, reclama de esta ciudad una amplia cooperación financiera. Mas, por muy deseosa que se halle Ginebra de ver realizados unos trabajos que, en efecto, han de producirle grandes beneficios, no puede aportar más de veinte millones de francos á la masa del capital de la empresa. El cantón de Ginebra ha solicitado de la Confederación una subvención crecida, para aumentar aquel fondo, basándose en que se trata de una obra de interés para toda Suiza; pero el cantón vecino de Vaud se opone enérgicamente á tal concesión, pretendiendo que las vías de acceso al Simplón por territorio suizo pueden obtenerse con menos dinero, construyendo el ramal Frasné-Vallorbe (17 kilómetros), que acortaría bastante la distancia entre París y Lausanne, evitando el rodeo por Pontarlier. El coste de dicho ramal se cree que no excedería de veintiocho millones de francos.

El cantón de Berna procura también arrimar el ascua á su sardina, preconizando la unión de la capital federal á Brigue por medio de un ferrocarril que atraviese el Lotschberg.

En fin, la compañía Paris-Lyon-Méditerranée es partidaria de que se construya la línea Saint-Amour-Bellegarde (setenta y cinco kilómetros), la cual se enlazaría con la que, sin salir del territorio francés, costea la orilla izquierda del lago Lemán y penetra en el cantón suizo del Valais, en Saint-Gingolph. Esta línea sería sumamente perjudicial para Suiza, pues no utilizaría este país más que en el corto trayecto de Saint-Gingolph á Brigue.

Se ve, por tanto, que las proposiciones no faltan. Por encima de todas ellas está el interés general, y hora es de que se falle el pleito.

Las Cámaras de Comercio, las entidades financieras y cuantas se ocupan, en Francia, de los intereses económicos del país, piden enérgicamente que se resuelva el asunto. Un grupo parlamentario se apercibe á plantear la cuestión en el terreno le-

gislativo. Todo hace prever, en suma, que no ha de hacerse esperar mucho la tan deseada solución...

Entre tanto, saludemos con respeto á los sabios ingenieros y á los valientes obreros que han perforado el Simplón. Rindamos también tributo de admiración á esas dos naciones á las cuales se debe tan magnífica obra: á Italia, que, justificando aquella frase *Italia fara da se* del rey del Piamonte Carlos Alberto, pronunciada cuando, en 1848, fracasó la primera tentativa de constituir la unidad italiana, se afana en ponerse entre las naciones que marchan á la cabeza de la civilización; á Suiza, á esa admirable Confederación de 22 repúblicas, al país de la libertad y del progreso.

Saludemos, en fin, á la Ciencia.

Gracias á ella, ninguna barrera, ningún obstáculo natural resiste al esfuerzo del hombre. Ayer se rindieron el Monte Cenis, el Arlberg y el Gotardo; hoy se ha rendido el Simplón; mañana se rendirá el Monte Blanco. Y la montaña, acribillada por todas partes, no tendrá más remedio que dejar á los pueblos que se den la mano á través de su mole, que con el comercio de las ideas y de las materias desechen prejuicios seculares, establezcan vínculos apretados, franqueen una etapa más en la dirección de ese ideal de fraternidad humana que se deriva de la concepción religiosa del monoteísmo. Gracias á la Ciencia, no sólo la montaña abre sus entrañas al hombre, sino que le permite escudriñar los flancos de ella y trepar hasta sus cumbres más altas. En 1.º de Agosto próximo estará terminado el ferrocarril de la Jungfrau hasta la estación del túnel de Eiger, á 3.161 metros de altitud, y no ha de tardarse mucho en que el viajero ascienda cómodamente hasta los picachos de la virgen alpina.

Con la Ciencia, el hombre ha conquistado la altitud y la latitud. Noruegos, belgas, franceses é italianos han pasado uno, dos y hasta tres inviernos en las tinieblas de los hielos polares; una americana ha hecho más: la esposa del célebre explorador Peary, el que ha llegado más cerca del polo ($83^{\circ}5'$), se

dió el lujo de dar á luz una robusta niña á bordo del *Windward*, encallado en los hielos, á una temperatura de 40° bajo cero. Y una porción de ciudades florecientes, cuyo tipo es Dawson, capital improvisada del aurífero Klondyke, surgen y se pueblan del lado allá del círculo ártico, delante de la barrera imaginaria que, durante mucho tiempo, se fijó como límite de las zonas habitables.

Con la Ciencia, el hombre ha vencido á la corteza terrestre y llegará á dominarla en toda su extensión. Con la Ciencia, el hombre ha suprimido las distancias y captado multitud de fuerzas naturales, muchas de ellas un día agentes de destrucción y que hoy producen energía vivificadora, movimiento útil, bienestar y riqueza. Todos los días la Ciencia permite arrancar al Universo un nuevo secreto, descubrir una verdad. El pensador, el filósofo, el técnico, cuantos viven en el culto de la Ciencia, no cesan de conmover al mundo con extraordinarias revelaciones, por virtud de las cuales la evolución se precipita y se va transformando la mentalidad de los pueblos.

Bajo la acción irresistible de la Ciencia, caen los falsos dioses, se desploman las instituciones basadas sobre la injusticia, la iniquidad y la mentira, se opera la selección entre los individuos y las colectividades, y la humanidad se dirige consciente y confiada hacia su destino...

ANTONIO PAGÉS

Ginebra, Marzo 1905.

RECUERDOS

Un escritor contemporáneo de mucho ingenio y muy original defendía hace poco esta tesis: Que todo el que se dirige al público debe presentarse tal como es. Y el escritor á que me refiero agregaba, en su pintoresco estilo, que todos debíamos presentarnos desnudos á nuestros lectores.

Tanto como desnudos no diré yo, porque nos saldrían al encuentro los agentes de orden público, que partidarios, por lo visto, de los antiguos moldes, nos recogerían para consignarnos al Gobierno Civil ó á la delegación.

Pero si no desnudos, no está de más que en ocasiones nos presentemos en traje de casa, sin convencionales libreas de etiqueta. Y en estos recuerdos vengo yo dando desde el principio no sé si buen ejemplo ó mal ejemplo de franqueza y familiaridad.

Me asalta un recuerdo modesto, insubstancial, vulgarísimo: pues como me asalta, lo recojo y á la imprenta lo mando.

Y no lo adorno, no lo aderezó, no le doy ni siquiera forma literaria: como lo recuerdo lo pienso, y como lo pienso lo digo.

¿Que todos estos recuerdos son insignificantes? Qué remedio, si no tengo otros.

A veces me asaltan temores, y recientemente me han asaltado muchos: ¿debo yo publicar estas pequeñeces? Pero me he consolado leyendo la opinión autorizadísima del insigne escritor á que antes me he referido.

Porque éste dice, en mejores términos que yo, pero en substancia lo mismo que yo voy á decir: ¡Oh jóvenes que escribís para el público! ¿queréis ser originales? Pues no os empeñéis en serlo de una manera artificiosa y rebuscada; mostraos como sois; haced transparente vuestra envolvente material; que os vea todo el mundo sin disfraz y que todas las miradas penetren hasta el interior de vuestro sér! Sólo con que os vean como se ve la luz de un farol al través de los cristales, habréis conseguido la más perfecta originalidad; porque, sabedlo, todos somos originalísimos: todo individuo es tan él mismo, que no se puede confundir con ningún otro individuo, como no se empeñe artificiosamente en imitar á otro sér humano; es decir, en representar en la comedia de la vida otro papel, que no sea el suyo.

Esto me recuerda la opinión, también muy original, de un amigo mío que se llamaba D. Francisco Gómez, y á quien llamábamos familiarmente Paco Gómez.

Pues este Gómez, que alardeaba de franqueza, que odiaba todo convencionalismo, que pretendía mostrársenos siempre tal como era, aun cuando no hubiese llegado á la perfección del sistema, porque no iba desnudo, sino muy bien vestido, y hasta vestido con elegancia, se burlaba de los actores en general y les negaba todo mérito.

—Todo actor—decía él, con sus exageraciones de costumbre, á que él daba el nombre de claridades—no representa bien más que tres ó cuatro tipos, que son aquellos que se acomodan á su naturaleza.

—Aunque yo no he representado nunca—agregaba,—yo soy el primer actor del mundo para representar determinado personaje.

Que resucite Romea y que venga aquí; y usted mismo, querido Vico, venga también conmigo, y á ver si ustedes, ni Talma y Máiquez, que volviesen á la vida, son capaces todos juntos de representar con tanta verdad como yo *el papel de Paquito Gómez*.

Ese personaje, no hay más que uno en el mundo capaz de interpretarlo, que soy yo mismo.

Me parece que la teoría de Paco Gómez es la teoría de la originalidad personal.

Cierto es que Vico le contestaba, con sonrisa entre burlona y filosófica:

—Pues mira, Paquito: eso que dices será verdad; pero yo estoy seguro que si sales á escena á representar *tu papel*, ese papel que dices de Paco Gómez, que estás representando hace cuarenta años, lo harás muy mal y con torpeza y con amaneamiento, y de fijo te equivocas y te silban, y todo el mundo saldrá diciendo: «Pero qué mal hace Paco Gómez el papel de Paquito Gómez». Que de estas cosas diabólicas é incomprensibles, querido Paco, tiene muchas nuestro arte.

Sea de ello lo que fuere, y sin pretender ahondar en tales problemas, que son más intrincados de lo que parece, continúo mi tarea, que no sé si servirá para algo, y aun sospecho que para nada ha de servir, pero que á mí me proporciona unas cuantas horas agradables, porque voy recorriendo, según la veo, mi ya larga vida, que con ser poco dramática y poco interesante, es la única de que pude disponer desde la creación hasta la fecha.

*
* *

Seguía, pues, en Londres, visitando á diario la Exposición y tomando notas y apuntes para la Memoria, que estaba obligado á presentar, á mi vuelta, al director de Obras públicas.

Un día recibí un telegrama de París, que decía de este modo:

«Ven inmediatamente. Te necesito para un asunto importante y de mucha urgencia. No admito excusas».

Y lo firmaba Leopoldo Brockman.

Firmaba el telegrama, como digo, mi más querido compañero en ingeniería y condiscípulo que fué en la Escuela de Caminos.

Mas, en rigor, ¿quién creen ustedes que me llamaba á París?

No es fácil que ustedes lo acierten, ni yo podía sospecharlo.

Pues me llamaba Napoleón III, el entonces emperador de los franceses. Ni más ni menos: el emperador.

Verdad es que yo jamás le había visto, que jamás había cambiado con tan alto personaje ni una palabra ni un saludo. Verdad es que él ignoraba que yo existiese en el mundo, y que murió sin sospecharlo.

No importa: de una manera indirecta, pero eficaz, él me llamaba, y por él fui yo á París.

A veces en la vida, por alguno de esos mil conductores eléctricos, que en todos sentidos cruzan la sociedad moderna, se ven enlazadas, aunque lo ignoren, dos personas que viven á mil leguas de distancia física y social, ignorando cada una de ellas la existencia de la otra.

Qué digo dos personas: dos seres cualesquiera, racionales ó irracionales.

Yo demostré hace algún tiempo, con demostración matemática, que se traducía en hechos positivos, que una misteriosa influencia se había establecido en un momento dado entre el *presidente* de la República de los Estados Unidos y una *perrilla* de un modesto empleado de Hacienda, que todos los días á hora determinada pasaba por la Carrera de San Jerónimo: es decir, pasaba la perrilla y con ella pasaba también el amo.

No he de repetir aquí la demostración; pero conste que el hecho es real, y que el gran presidente de la poderosa República estuvo á punto de costarle á la humilde perra el perder la *cordilla*, que constituía su alimento, durante unos cuantos meses.

Todo esto se aclarará más adelante; ahora vamos á mi viaje á París.

*
* *

Pocas horas después de recibido el telegrama, llegaba yo á la estación y pedía un billete de primera para la capital de Francia. ¡De qué manera tan cruel se imponen los resabios literarios! Para no repetir la palabra París, que ya he empleado muchas veces, he dado un rodeo tan inútil como enfático, ¡la capital de Francia!

¿Vale la sinceridad? Pues confieso que el dar la orden al cochero de que me llevase á la estación y el conseguir que me entendiera, el acercarme á la ventanilla con desembarazo y cierta superioridad y pedir billete de primera, en inglés por de contado, y el ver que me entendían, y el pagar y cobrar la vuelta y cambiar media docena de palabras en inglés; todas estas insignificantes maniobras, llamémosles maniobras aunque no lo sean, despertaban en mí sentimientos vanidosos.

Decididamente, yo iba dominando el inglés: unos meses más, y me hombreaba con Shakespeare; y eso que por entonces no había entrado de lleno en mi carrera dramática.

Seguí mi viaje gallardamente: hasta pasé el estrecho sin marearme; llegué á París y me fuí directamente al hotel *Meurice*, que era por aquellos tiempos uno de los hoteles más aristocráticos de la capital, aunque no de los más lujosos.

No es que yo acostumbrase á residir en hoteles aristocráticos: á él fuí porque en él estaba Brockman, que como ingeniero en jefe de la red italiana, que en aquella época construía D. José Salamanca, podía permitirse lujos, que no estaban al alcance de un modesto profesor de la Escuela de Caminos con doce mil reales de sueldo. Entonces se contaba por reales, y yo no he perdido todavía esta costumbre, sobre la cual en otra ocasión me permitiré someter á mis lectores á algunas consideraciones filosóficas.

Inmediatamente vi á mi compañero, y éste me explicó el asunto de que se trataba, y que le había obligado á llamarme con tanta urgencia.

Es el caso que Brockman, que era un excelente ingeniero, era también un poeta de alta inspiración; y de la mezcla de las

aptitudes ingenieriles y de los impulsos poéticos, resultaban á veces proyectos grandiosos, atrevidos y hasta fantásticos, que, como es natural, no realizaba nunca.

De uno de estos proyectos le habló un día á D. José Salamanca, como hubiera podido hablarle de un sueño ó del argumento de un drama.

Y el proyecto era éste: *el paso del Canal de la Mancha por medio de un ferrocarril colosal.*

No se trataba de un túnel: tal proyecto ya existía por entonces; no pretendía Brockman construir un puente de orilla á orilla, idea que tampoco era nueva. Tratábase de un ferrocarril, como digo, cuya vía robusta, poderosa y de construcción especialísima, había de ir por el fondo del estrecho, escogiendo, naturalmente, la parte de menor profundidad, que resultaba ser de unos cincuenta metros en el centro.

Sobre esta vía correría de una costa á otra, desde Francia á Inglaterra quiero decir, un gran armazón de hierro, una especie de torre á cuya plataforma pasaría el tren que llegaba de Francia, y la torre, movida por enormes hélices, lo transportaría hasta la costa de Inglaterra; y viceversa.

Tal era el pensamiento de Brockman; y no entro en los pormenores del sistema, primero porque no serían propios de este lugar, y además porque el proyecto no pasó de la categoría de proyecto más ó menos fantástico.

Pero es el caso que D. José Salamanca, para las grandes empresas, tenía mucho también de soñador y poeta, y el pensamiento de Brockman no solamente le agradó, sino que le entusiasmó.

Vió sin duda la creación de una gran sociedad; muchos millones en danza; la protección de Francia, con la subvención correspondiente; la protección de Inglaterra, con la correspondiente subvención; el nombre de Salamanca elevándose á cien codos sobre todos los nombres de todos los constructores del mundo; gran prestigio y fama para los ingenieros españoles, á los que siempre el gran banquero concedió noble protec-

ción; y como natural complemento de todo ello, un gran negocio financiero y una ganancia colosal.

Ya ven mis lectores que, si poeta era mi compañero Brockman, poeta era también, á su modo, D. José Salamanca.

Con tanto empeño acogió la idea aquel singularísimo hombre de negocios, que fué Brockman el que, sin duda por descargo de su conciencia, apuntó tímidamente algunas objeciones, deseando por de contado que no prevaleciesen.

—El proyecto es muy difícil—le dijo.

Y Salamanca le replicó, haciendo ya el proyecto suyo:

—Difícil, sí; pero no imposible. ¿No he visto yo correr á la locomotora y al tren por una llanura inundada? Pues si la caldera hubiese estado encima del agua y la vía hubiese sido bastante sólida, el tren hubiese continuado su marcha; y este es nuestro caso. ¿Qué más da medio metro de agua que 50 metros? El principio es el mismo, y cuenta de los ingenieros es vencer las dificultades materiales; ¿ó es que ustedes no sirven más que para lo rutinario?

Todo esto me contaba Brockman, entusiasmándose con el espíritu emprendedor de D. José Salamanca.

Pero no era D. José hombre que se contentaba con soñar, ni dejaba nunca que las ideas flotasen en el aire: de la idea flotante quería él pasar con rapidez á la realidad sólida y tangible; así es que á los pocos días, apresurando su viaje á París, á París llegó trayendo consigo á Brockman, y sin perder tiempo, y valiéndose de su amistad con la emperatriz y de la simpatía con que siempre le había distinguido el emperador, á éste sometió el proyecto de que se trata.

Hasta aquí el proyecto de mi amigo iba hacia adelante con fortuna, porque en su camino encontraba siempre poetas, soñadores y hombres de entusiasmo.

Soñador y poeta era Brockman, aun como ingeniero; poeta y soñador era también D. José Salamanca para las grandes empresas, y esto quizá le perdió algunos años más tarde; y el mismo emperador, con sus apariencias frías, era un

soñador colosal en el orden político. Lo fué toda su vida, y en todas sus empresas revolucionarias, políticas y guerreras, dominó siempre la nota dramática, mejor dicho, la nota romántica.

Al fin y al cabo, construir un ferrocarril submarino no había de parecerle al emperador Napoleón III empresa más difícil que construir un imperio al humilde revolucionario de Italia, al pobre prisionero de Hans ó al expatriado en los Estados Unidos.

De aquí resulta que no acogió el emperador el proyecto de Salamanca ni con desdén ni siquiera con frialdad.

Según D. José le refirió á Brockman, y Brockman me refirió á mí, el emperador le contestó poco más ó menos lo siguiente:—El proyecto es grandioso. Si técnicamente es posible, cuente usted con mi protección; y aunque en Inglaterra nos pongan algunas dificultades, yo confío que podré vencerlas.

Era la época, en efecto, de las grandes amistades y simpatías entre Napoleón III y la reina Victoria, y de las recíprocas visitas entre el emperador y la emperatriz por una parte, y la reina Victoria y el príncipe Alberto por otra.

El emperador completó su pensamiento de este modo:

—Haga usted—vino á decirle á D. José Salamanca—que sus ingenieros formalicen un proyecto serio sobre ese gran pensamiento, con su Memoria, sus planos y su presupuesto, y todos los datos técnicos que demuestren que la idea, aunque difícil, es realizable. Usted me trae todos esos documentos; yo nombraré una Comisión de ingenieros franceses de mi confianza, y haré que en brevísimo plazo me presenten su informe; que si el informe es favorable, ó por lo menos no es desfavorable por completo, yo tomaré la empresa bajo mi protección.

Realmente, el emperador no pudo hacer más.

Volvió sobre Brockman D. José, con toda su energía y sus apremios; y le encargó que inmediatamente hiciese el proyec-

to; *pero inmediatamente*: en el plazo de diez días á lo sumo.

Brockman quedó encantado y espantado al mismo tiempo.

—Pero, D. José, ¿cómo he de hacer yo ese proyecto en tan pocos días?

Mas D. José, que no admitía objeciones ni reparaba en obstáculos, le dió inmediatamente la solución, ó algo que él creyó que podría ser una solución.

—En qué poca agua se ahoga usted, amigo Brockman; ¡y usted quiere pasar el estrecho!

—Pero, D. José...

—Nada, nada; las cosas hay que hacerlas, y á usted le interesa el asunto más que á nadie.

—Es materialmente imposible que yo solo...

—Oiga usted, que á usted nada le ocurre; ¿no es probable que en Londres estén, con motivo de la Exposición, algunos ingenieros amigos de usted?

—Sí; por lo pronto, está Echeagaray.

—Magnífico: pues le llama usted ahora mismo, por telégrafo; mañana está aquí, y en ocho días redactan ustedes el proyecto entre los dos.

Y así lo hizo Brockman, como D. José se lo había ordenado.

Y por eso fuí yo al hotel *Meurice*, y oí con asombro la relación que precede, y quedé más espantado que Brockman, el cual, á decir verdad, estaba en sus glorias.

Conque ya ven mis lectores cómo yo tenía razón al afirmar que, por el mandato del emperador Napoleón III, había ido desde Londres á París. El emperador le había pedido un proyecto á Salamanca, sobre el paso del Canal, por el sistema Brockman.

Y Salamanca le había aconsejado á Brockman que me llamase, y, en efecto, Brockman me había llamado.

Luego era una cadena lógica que directamente nos enlazaba al emperador y á mí, como tantas otras cadenas lógicas y misteriosas, aunque ésta de misteriosa no tenía nada, que en-

lazan en la vida personas y cosas las más distantes y aun opuestas.

* * *

El emperador le había dicho á Salamanca: «Dentro de diez días me trae usted el proyecto». Salamanca le había dicho á Brockman: «Dentro de ocho días me dan ustedes el proyecto». Y Brockman me dijo: «En cinco días necesitamos redactar el proyecto, para tener tiempo de copiarlo y de poner los planos en limpio».

Afortunadamente, Brockman había traído de Italia ó había buscado en París escribientes y delineantes, sin contar con que él mismo dibujaba con mucha perfección.

Pues á la obra. Y nos pusimos á redactar la Memoria, que nos iban traduciendo al francés cuartilla por cuartilla.

Hicimos los cálculos, que, hay que confesarlo, y nos lo confesábamos á nosotros mismos, eran imaginarios, como fundándose en cifras caprichosas, más ó menos racionales; pero ni experiencia, ni estudio serio, ni nada verdaderamente sólido, porque esto hubiera exigido en conciencia meses y aun años de trabajo.

Hicimos los planos, que resultaron, según me dijo Brockman, una vez puestos en limpio, muy artísticos y muy sugestivos.

Y, por último, redactamos el presupuesto; que éste, dejando aparte lo fantástico de la idea y la parte eventual, que en aquel caso era enorme, podía tener cierto carácter de seriedad.

En suma: en cinco días terminamos la empresa, y nos miramos, como dicen que se miraban los augures en la antigua Roma, cuando por casualidad se cruzaban en el foro ó en las vías de la Ciudad Eterna.

—¿Pero tú crees—le pregunté yo—que todo esto es serio?

Y él, que aunque soñador tenía buen sentido, tuvo que confesarme que no lo era. Era, en todo caso, el programa de un trabajo serio sobre una empresa muy artística, pero que tanto tenía de artística como de quimérica.

La vía férrea, aquella vía sólida, poderosa, que había de construirse en el fondo del canal, con 60 metros de agua encima, cruzada de corrientes, coronada por tempestades, entre aluviones de arena, sumergida, en suma, en lo desconocido, era una obra digna de la imaginación de Julio Verne; pero no podía sufrir la crítica de los hombres de ciencia.

De todas maneras, el proyecto quedó terminado, y, como forma, resultó bastante agradable.

Cumplida mi misión, y prestado aquel servicio de amigo á un buen amigo y un buen compañero, le anuncié mi regreso á Londres para el día siguiente.

Él, siguiendo sus impulsos generosos, quería que los dos firmásemos el proyecto; pero yo decliné la invitación, fundándome, y así era la verdad, en que la idea no era mía, y que tampoco tenía mucha confianza en su realización; de suerte que hasta era caso de conciencia el no firmar yo lo que no creía que fuese cierto. Hermoso, sí; pero, á mi modo de ver, si no irrealizable, porque esta palabra es peligrosa, poco menos que irrealizable.

Nos despedimos con esto; me despedí afectuosamente de D. José Salamanca, que siempre me fué muy simpático, y volví á Londres. Por vez segunda pasé el estrecho sin marearme: acaso adivinaba el endiablado estrecho la que le estábamos preparando, y no quería ponerse mal conmigo.

*
* *

Otra vez á Londres, otra vez á la Exposición, otra vez á mis concienzudos trabajos.

La masa de prospectos, folletos, Memorias, artículos y datos de toda clase que yo recogí, era una masa verdaderamente enorme.

Lástima fué que todo aquello no diera ningún resultado práctico. Fué un trabajo completamente perdido, como explicaré más tarde.

Aquella soberbia *galería de máquinas* la sabía yo de me-

moria, como vulgarmente se dice. Cada monstruo de hierro era un amigo, del cual tenía yo un retrato exacto y fiel, y la mayor parte de las noches las pasaba haciendo apuntes y reproduciendo croquis de memoria; apuntes y croquis que comprobaba al día siguiente sobre el terreno, es decir, ante la maquinaria.

Otros muchos recuerdos tengo de Londres; pero son ya tan mínimos, que no me atrevo á consignarlos por escrito.

Todo acaba en este mundo, y acabó mi expedición, de la cual conservo memorias gratísimas. Cuarenta y tres años han pasado ¡y aún veo el palacio de Kensington!

A España, pues.

Al cruzar el estrecho, sufrí un nuevo mareo. Aquella vez no me tuvo consideración: sin duda llegó á su noticia que el proyecto de Brockman había fracasado por completo. Liquidemos este asunto.

Acogió el emperador bondadosamente las dos grandes carpetas en que la Memoria, los presupuestos, los planos, y hasta otra Memoria especial sobre el sistema de construcción, estaban contenidos.

Lo envió todo ello á informe de una Comisión nombrada por el emperador mismo, y la Comisión, en la cual no debían abundar los poetas, informó en términos desfavorables.

Al agua fué el pensamiento. Naufragó para siempre en las aguas revueltas del Canal de la Mancha.

De todo ello no quedó más que un precioso artículo, medio científico, medio fantástico, que escribió algunos años más tarde Leopoldo Brockman, y que publicó en no sé qué periódico de Madrid.

¡Pobre Brockman: qué alma tan noble y tan pura, qué carácter tan simpático, cuánto talento, cuánto ingenio, cuánta poesía, y cuánto tuvo que luchar en la vida!

La vida fué para él, y con él se portó, como hubiera podido ser y hubiera podido portarse la más cruel de las coquetas con el más fervoroso de sus amadores.

Al principio, sonrisas y caricias; simpatías por todas partes; una carrera brillantísima; una familia buena y cariñosa; una posición elevada en Italia; sueldos de no sé cuántos miles de duros: 14 ó 16.000; entusiasmos de D. José Salamanca; éxitos como ingeniero constructor; grande protección en la corte romana: la felicidad en pleno azul.

Y luego, en breve tiempo, todo cambia: amistades que cesan; horizontes que se ennegrecen; la salud que declina; las fuerzas que faltan, y la lucha por la vida, que arrecia, al mismo tiempo que las energías decaen.

Y al fin la muerte, cuando era muy joven todavía, cuando la esperanza con terquedad aleteaba.

Muchas veces he pensado que aquel proyecto del paso del Canal de la Mancha fué simbólico para el pobre Brockman.

¡Quién sabe! ¡Acaso desde entonces empezó á declinar la confianza de D. José en su ingeniero predilecto!

Volvamos á España, y recorramos el tiempo que media entre el año 62 y el año 68.

Aún me quedan muchos años de vida desde el 62 hasta el momento presente, sin contar con la prórroga que tengo solicitada.

JOSÉ ECHEGARAY

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

IV

NOVELAS DE CABALLERÍA Y PASTORILES

La crónica regia en España, escrita por caballeros ú oficiales de palacio, puede caracterizarse en dos direcciones: primero, la tendencia á la historia moderna y seria continuada por eruditos y eclesiásticos, como Zurita y Mariana; y en segundo lugar, la tendencia á las aventuras altisonantes y maravillosas que se agrupaban alrededor de la figura del héroe de la crónica personal. Desde este último progreso á las historias completamente imaginarias, desligadas de toda pretensión de verdad, ó siquiera de probabilidad, no había más que un paso. Como hemos visto, el carácter del pueblo siempre les había inducido á desarrollar sus formas literarias en la dirección de lo maravilloso. Su imaginación era tan fértil como florido era su lenguaje. Su mixtura céltica les había dado una devoción mística y abnegada hacia cualquier abstracción exaltada que les atrajese; y en el siglo xv, cuando el poder de los musulmanes se había reducido á una sombra en un rincón de la Península, y faltaron los episodios románticos de corte guerrero, los cristianos españoles se volvieron, con la avidez de un hombre hambriento á un manjar, hacia las fábulas heroicas que ya se habían hecho vulgares y fastidiosas para el resto de Europa.

Estas maravillosas aventuras de proezas imposibles, llevadas á cabo por imposibles caballeros, en pro de princesas igualmente imposibles, no fueron mucho más exageradas que lo habían sido las últimas crónicas personales de los españoles; y daban infinitamente más vuelo á la imaginación, porque volvieron á introducir los bienes parafernales de brujería y encantamiento, de cristianos abnegados y de corazón puro, combatiendo denodados contra los poderes sobrenaturales del demonio; y en su mayor parte se colocaban en vagas comarcas extranjeras, donde pudiera presumirse que ocurría algo extraordinario. Ya hemos visto que antes del siglo xv España había estado demasiado ocupada en las reales aventuras románticas con los moros, para prestar mucha atención á las historias puramente ficticias de caballería andante. Los juglares y recitadores habían importado de Francia los poemas épicos sobre Rolando y Carlomagno; y el heroico *Poema del Cid*, en que las aventuras maravillosas se agrupan alrededor de una persona real, había sido una imitación directa de aquéllos. Pero de las formas *genuinas* españolas, como he demostrado en las páginas anteriores, la principal manifestación de actividad literaria había sido el apólogo didáctico, el aforismo sentencioso y la crónica regia. Por el momento pospondremos la consideración del progreso de las novelas de caballería en España y la extraordinaria influencia que ejercieron al revivir el culto moribundo en el resto de Europa, y nos esforzaremos por encaminar cómo vino á España el germen de estas historias.

Siempre hubo mucha diferencia de opiniones con respecto al origen del elemento mágico en estos cuentos. Muchas autoridades han indicado que los dragones, anillos mágicos, amuletos y encantadores no hicieron su aparición en Europa hasta después que los guerreros cristianos hubieron vuelto de la cruzada en el siglo xii; mientras que en la primera forma conocida de historia oriental han sido parte integrante de la tramoya, como podéis ver en *Las mil y una noches*. El dragón,

dicen, sólo fué el caballo alado de los antiguos persas, que había sido llevado por los moros á España como elemento de ficción, y á través de Francia habían llegado al resto de Europa. No puedo estar de acuerdo con esta opinión, por razones que expondré más adelante. Otros aducen que los cuentos de magia, en unión de los héroes caballerescos y abnegados, son los descendientes directos de los *sagas*, cantados por los paganos septentrionales alrededor de sus héroes muertos y vivos; canciones que, según dicen, fueron llevadas á Normandía y Bretaña por los normandos, cuando vinieron hacia el Sur. Durante algunos siglos anteriores á las Cruzadas, los normandos cantaban las hadas y los dragones, y la intervención de sus deidades paganas en los asuntos cotidianos de los hombres. Por otra parte, la institución de la caballería como orden escogida de guerreros probados y abnegados fué indudablemente germánica, brotando naturalmente de las circunstancias de una raza organizada con arreglo á procedimientos militares, que se abrió camino durante muchos siglos entre pueblos enemigos, y por consiguiente que apeló con frecuencia al sacrificio individual por el bienestar común. El origen más probable del elemento mágico en los cuentos es la tradición céltica prehistórica. Esto no es, sin embargo, completamente incompatible con el debate noruego, porque muchos creen que los noruegos fueron de origen céltico. En todo caso, las historias, tanto de elementos mágicos como de caballeros heroicos, fueron narrados en céltico irlandés, y también probablemente en céltico británico, algunos siglos antes de las Cruzadas ó de la invasión normanda de Bretaña, como puede verse por las dos hermosas colecciones de esas historias: *Cuchulain* y *Gods and fighting meu*, recién publicadas por lady Gregory.

Además de estas fábulas tradicionales, cualquiera que sea su origen, repetidas de padre á hijo por espacio de innumerables siglos, surgió en el siglo XII en Inglaterra una serie concreta y encadenada de leyendas, vertidas al latín y más tarde

al francés por escritores anglonormandos. Aún es incierto si hubo realmente un rey Arturo de Bretaña. La *Crónica de Bretaña*, adaptada ó traducida por Godofredo de Mommouth en el siglo XII, de un antiguo libro británico, constituye una historia metódica de cierto portentoso rey Arturo, con el mago Merlín por consejero; y así hace Ricardo Wace el normando en el siglo anterior en su *Novela de Bruto*. Ambas habían introducido en su historia del rey la extraña leyenda de José de Arimatea, que se supuso que había poseído y había perdido el santo cáliz lleno de la sangre de Cristo, llamado el Sangreal ó Santo Grail (1). Se dijo que el santo caía en éxtasis al fin de cada siglo, y despertaba rejuvenecido; y en realidad, se afirmaba que trece siglos después de la crucifixión, á la cual había estado presente, San José se apareció en Inglaterra y comió á la mesa de un obispo. El espino de Glastonbury ha sido su báculo de camino, que plantó en el suelo donde se construyó la primera iglesia cristiana en Inglaterra. De todos modos, está inextricablemente embrollado en las leyendas con el más ó menos real rey Arturo y su ministro Merlín; y Arturo se dice que ha conservado un puesto vacante en el Santo Graal cuando éste sea encontrado y recobrado. Esta leyenda ó serie de leyendas, primero popularizadas en la escritura por los escritores anglonormandos y franceses del siglo XII, llegó á ser en el siglo XIII el asunto de una *Vida de Merlín*, escrita en prosa francesa por un tal Barron. Refiere cómo el demonio, alarmado por el gran número de convertidos cristianos hechos por San José en Bretaña, convoca un congreso de sus diabólicos compañeros para discutir la situación. Deciden enviar á uno de ellos á Inglaterra para casarse con una doncella cristiana y hacerse padre de un niño que destruyese alguna vez la raza humana. El demonio está representado como residiendo en la casa de un noble bretón, con tres hermosas hijas, y después de

(1) Recuérdese que de esta leyenda sacó una de sus mejores óperas Ricardo Wagner.—*N. del T.*

mucha estrategia ingeniosa, pero ineficaz, trata de tomar posesión subrepticamente de la mayor. La muchacha es encerrada en una cárcel por su supuesta incontinencia, y allí nace su hijo y es cristianado por el sacerdote con el nombre apropiado de Blas. Cuando el niño Merlín tiene un mes, la madre es condenada á muerte por su supuesta ofensa; pero el niño la consuela con la promesa de que la salvará, y se presenta delante de los jueces, y en una arenga elocuente para un niño de un mes, confunde al tribunal con las pruebas de que el nacimiento del juez principal no es del todo limpio; siendo el resultado que el juez primero, no queriendo poner á su madre en una situación desfavorable, deja en libertad á Merlín. En aquella época estaba declarada una guerra civil entre bretones y sajones; y el usurpador británico Voltigern, que ha despoñado á los dos príncipes, construye una elevada torre para su defensa; pero poco á poco, justamente cuando la última piedra está colocándose en la cúspide, la torre se desmorona. En vez de dejarla sin la piedra de remate, Voltigern convocó á una junta de astrólogos, que le dicen que la torre está encantada por un niño no engendrado por ningún hombre mortal; y mientras no se encuentre á ese niño y su sangre no se derrame en el almirez, la torre nunca estará en pie. Se dan órdenes para que se busque al niño por toda Bretaña, y Merlín, oyendo esto, se presenta espontáneamente y hace saber al usurpador que la razón para la inestabilidad de su torre es que dos dragones, uno blanco y otro rojo, están empeñados en mortal combate debajo de tierra. Al remover ésta, se ve que es cierto; y el terrible combate de las bestias míticas lo interpreta Merlín como si significase la rivalidad de los dos hermanos aspirantes al trono, los príncipes Pendragon y Uther. Poco después, estos dos príncipes desembarcan en Inglaterra desde Bretaña, donde se habían refugiado, derrotan á Voltigern y le queman en las ruinas de su torre. Pendragon sube al trono, pero pronto es muerto en la batalla con los sajones; y Uther se hace rey, con Merlín el encantador como primer ministro, suavizando algo el naci-

miento cristiano y el bautismo sus tendencias diabólicas, de suerte que se presente como una personificación del poder del demonio debilitado por el Cristianismo. Por consejo suyo, el rey Uther funda la sociedad de la Tabla Redonda, donde están sentados con el rey cincuenta ó sesenta caballeros, con un sitio vacío que se deja para el Santo Graal cuando se encuentre. Cuando Uther muere, Arturo, su hijo ilegítimo, se apodera del trono, con gran descontento del pueblo. Pero se revela como un caballero tan esforzado, que puede arrancar de la sólida roca la espada que el mago Scalibur había enterrado en ella, aunque doscientos y uno de los mejores caballeros de Bretaña habían tratado anteriormente de extraerla en vano; y es saludado por el pueblo británico como el rey héroe digno de reinar sobre ellos. Merlín llega á ser el primer ministro de Arturo, cambiando de forma á capricho para lograr sus fines, siendo tan pronto un enano, como una arpía, como un animal, empleando sus poderes mágicos en servicio de Arturo y para derrotar á sus enemigos. La esposa de Merlín, Bibiana, ha sido iniciada en los secretos de su brujería, para que pueda emplearlos en caso de necesidad; y como está ansiosa de ver cómo es la cosa, practica, en apariencia, uno de los encantamientos; pero en virtud de alguna equivocación, deposita al mismo Merlín en el interior de un árbol de espino blanco en medio de un espeso bosque, donde sus terribles gritos y lamentos resuenan á muchas leguas en contorno, sin que nadie pueda rescatarle. Esta fué la primera versión completa de la vida de Merlín, escrita en el siglo XIII por el francés Barron; y he reproducido la historia detalladamente, para que se vea cómo fué agrandándose por la imaginación popular y pueda trazarse su desarrollo ulterior. Hasta esta época no hubo mucho elemento caballeresco en la historia. Arturo fué aquí una vigorosa figura, como un semidiós noruego; pero las ideas de heroico enderezamiento de entuertos y pura abnegación no fué un rasgo especial. Ese había de venir un siglo después, y fué, acaso, más germánico ó francés que celta.

En el siglo XIV, Tomás Lonelich, más tarde escribiente en la corte de Enrique IV de Inglaterra—contemporáneo de Chaucer,—escribió en verso, que fué después traducido á prosa francesa, el primero del ciclo real asturiano de cuentos, llamado *El San Graal*. Allí la leyenda comienza por decir cómo San José de Arimatea había conseguido el santo cáliz de manos del Salvador y lo había llenado de la sangre que manaba de sus heridas. Los judíos se irritaron tanto con esto, que encierran á San José en la cárcel, donde Cristo se le aparece y le devuelve la copa. A la captura de Jerusalem por Tito Vespasiano cuarenta y dos años después, San José recobra su libertad y viaja por el mundo predicando el Evangelio. Los poderes del demonio conspiran contra él, y logra posesionarse del cáliz; y Merlín aconseja al rey Arturo fundar una sociedad de caballeros, que se sienten con él alrededor de su mesa, siendo su objeto recobrar el cáliz, jurando dedicar su vida, si fuese necesario, á ocupar el sitio vacante que queda en su mesa para el Santo Graal. La historia de Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda (1) consiste principalmente en las heroicas hazañas de los caballeros por recobrar el cáliz. Aquí vemos el elemento puramente caballeresco y abnegado añadido á las maravillas y magia de las leyendas célticas. La historia atraía vigorosamente el espíritu inglés del siglo XIV, y fué seguido por sectas de varios escritores, el más importante de los cuales es *Sir Lancelot del Lago y su hijo Sir Galahad*. Sir Lancelot del Lago se supone que es el hijo de un rey de Bretaña, que estando sitiado en su castillo, huye con su esposa Elena y su hijo Lancelot. Volviéndose, cuando llega á la cumbre de una montaña, á mirar el reino que ha perdido, cae

(1) Me parece que, una vez reconocido el origen de la leyenda, se comprenderá lo impropio de la traducción de la frase *Romid Table* por Tabla Redonda, traducción que yo acepto por haberse hecho tradicional, pero que yo creo debiera sustituirse por la traducción genuina, que es: *Mesa Redonda*, aunque acaso no se haya aceptado esto por sonar á cosa de fonda.—*N. del T.*

muerto de dolor; y su esposa, dejando á su hijo al borde de un lago, corre en auxilio de su marido. En el momento en que la madre vuelve atrás, la Dama del Lago, Bibiana, la esposa de Merlín, cuya desgracia con su magia ha consistido en encerrar á su marido en el espino blanco, surge de las aguas del lago, donde vive, y, cogiendo al niño, se hunde en el lago con él. Cuando Elena vuelve, ve que su hijo ha desaparecido. Lancelot es tratado con ternura por la Dama del Lago, y á la edad de diez y ocho años se agrega á la corte del rey Arturo para entrar en la Orden de Caballería. Cuando ha sido armado caballero, la esposa de Arturo, la reina Guinevère, se enamora de él; y sus amores é intrigas ocupan una gran parte del libro. La reina propone á Lancelot toda suerte de tareas aparentemente imposibles y de hazañas peligrosas, como prenda de su amor; y él arrostra mil peligros, humanos y sobrenaturales, para complacerla, conquistando reinos y apoderándose de coronas para ponerlas á sus pies.

Aquí tenemos primeramente como motivo el heroico sacrificio de un hombre, simplemente para satisfacer el capricho de una dama á quien ha entregado su vida. Guinevère nos parece, seguramente, una heroína amable ó digna para exigir esos sacrificios; pero eso probablemente agranda el sacrificio de un hombre que no está obligado, por deber, á servirle, y sólo lo hace por amor. Guinevère invade á Northumberland y se apodera del castillo de Berwick; pero al saber que Arturo sospecha de su fidelidad, ella y Lancelot deciden destronar á Arturo y coronar como reina á Guinevère, y la falsedad de Guinevère es revelada á Arturo por Morgana, su hermana, por medio de un caballero de la Tabla Redonda, llamado Sir Gawain. Arturo, en su rabia, congrega á sus tropas y marcha contra Lancelot, que está en Berwick. Mientras está peleando con su rival, Arturo sabe que Mordred, su hijo, se ha alzado en rebelión contra él, ayudado por los sarracenos españoles. Se precipita, pero es detenido, en la llanura de Salisbury, por su hijo y los rebeldes. Aquí cae, y su

cadáver no se encuentra nunca. Lancelot, en venganza suya, mata á su hijo Mordred; y, en vez de coronar á Guinevère, asciende al trono á un pariente de Arturo. Lancelot se hace después ermitaño, y á él se une el último caballero sobreviviente de la Tabla Redonda, mientras que Guinevère se hace monja; y, finalmente, Sir Galahad, hijo de Lancelot, con Sir Percival, recobra el Santo Graal.

Este es el segundo progreso en que el amor caballeresco se convierte en el motivo principal de la abnegación. En francés, y después de *Sir Lancelot*, vino *Tristan de Lyonesse*, el mejor de la serie, literariamente considerado. La mayor parte de la acción pasa en Cornwall; y de nuevo se repiten los encantos de Merlín, las esposas fieles y las tremendas aventuras de sus amantes para complacerlas ó resguardarlas del peligro. Estas son las principales historias arturianas (1) que en los siglos XIII y XIV absorbieron los espíritus de los lectores que existían en Europa, con excepción, acaso, de España. Otras eran de origen puramente francés, fundadas en la crónica apócrifa atribuída falsamente al obispo Turpin, referentes á las hazañas de Carlomagno y los doce Pares de Francia, especialmente el caballero Rolando; pero esta serie estaba relacionada con las supuestas hazañas de los franceses al implantar el Cristianismo en España con la punta de la espada, y las historias están, indudablemente, inspiradas por las *Canciones de Gesta* (ó recitados épicos referentes á los mismos acontecimientos) ó son oriundas de ellas más bien que de los cuentos reales de altruístico heroísmo individual. Por consiguiente, no insistiré sobre ellas, sino que volveré al tema de la verdadera novela de caballería y de magia, que se desarrolló, como he ex-

(1) Es cierto que en un período posterior (1450) la hermosa historia de Mallory, *Morte d'Arthur*, fué escrita en inglés; pero antes de esa época la caballería, como fuerza viviente, había desaparecido en Inglaterra, y la disciplina y el reinado de la ley habían ocupado su puesto, como medios de restricción social. El libro de Mallory se lee, como todavía se lee; pero como una historia, no como un evangelio.

plicado, principalmente en Inglaterra por los elementos mezclados, célticos y germánicos.

Estas novelas, interesantes, pero completamente irreales, satisfacían una necesidad, al estimular la imaginación, y proporcionaban, mientras fué necesario, un incentivo altruístico á la acción y una razón exaltada ó espiritual para la adhesión á un jefe; cosas ambas que eran muy necesarias en las guerras, tales como las cruzadas, donde cada caballero guiaba una partida casi independiente á la batalla, y donde había poca cohesión organizada en un ejército. Pero no era esto lo que ocurría en Inglaterra. Las batallas del Príncipe Negro en Francia, y aún más las de Enrique V, fueron ganadas principalmente por movimientos disciplinados y combinados, más bien que por encuentro heroico y personal; y cuando la disciplina y la ley se hicieron más fuertes, el sentido del deber reemplazó á la idea de la caballería como un motivo para la acción. Por consiguiente, aunque las novelas arturianas de caballería continuaron leyéndose como literatura, y especialmente la *Morte d'Arthur*, de Mallory, la misma caballería, como fuerza viviente, decaía en Inglaterra antes de terminar el siglo xv (1). Sin embargo, en España era muy distinto. Los milagros siempre atraieron al pueblo. Habían faltado en la literatura hasta el fin del siglo xiii, y, como he indicado, pron-

(1) Esto se observa por la manera desdeñosa con que el Huésped interrumpe á Chaucer en los *Cuentos de Cantorbery* cuando, en respuesta á la invitación de contribuir al entretenimiento de la compañía, el poeta comienza la rima caballeresca de Sir Thopas. El Huésped pierde pronto la paciencia con lo absurdo del cuento, é interrumpe así:

No more of this, for Godde's dignitec,
 Quod our hostè, for thon makest me
 So weary of thy very lerredeness
 That also wisly God my sohlè bless
 Myn earès achen at thig drasty speech,
 Now such a rhym the devil y beeteach;

y continúa suplicando al infortunado recitante que cuente algo sensible en que haya alguna alegría ó doctrina.

to mostraron su irreprimible inclinación á convertir su historia en novela en el transcurso de siglo y medio; y cuando llegó el momento, se apoderaron de la idea caballeresca más vigorosamente que ningún otro país.

¿Cómo estos cuentos célticos llegaron á España? Recordad que no había imprenta; pero, de todos modos, las leyendas inglesas que he descrito eran corrientes en España en el siglo XIV y, probablemente, mucho antes. Acaso los monjes del Cluny, que se congregaron en España en el siglo XIII, las importaron de Francia; acaso las turbas de peregrinos que venían á Santiago las contaban unos á otros y á sus huéspedes de España; acaso los caballeros ingleses y los soldados que vinieron con Eduardo I y su biznieto el Príncipe Negro las divulgaron, ó, finalmente, también se habían conservado quizás desde los tiempos prehistóricos en los pueblos célticos del Oeste de la Península, para revivirse por los ecos de los cuentos que habían sido sacados de ellos por sus lejanos parientes de Bretaña, Gales é Irlanda. En todo caso, llegaron, y el disoluto sacerdote-poeta, el Arcipreste de Hita, menciona estos cuentos británicos á mediados del siglo XIV. Al mismo tiempo, un poeta llamado Ferrus, escribiendo una rimada letra jocosa al famoso Pero de López de Ayala, el cronista y sátira, menciona á Arturo, á Lancelot y á Tristán de Lionesse. La *Historia de Merlín*, como sabemos, fué traducida al francés, italiano y latín, acaso al español, en el siglo XIV, y *Lancelot del Lago* fué traducido seguramente al francés ó al español casi al mismo tiempo, porque López de Ayala, en su famosa sátira rimada *Rimado de Palacio*, la menciona por nombre. Todo esto arguye que los cuentos arturianos se habían hecho bien conocidos, á mediados del siglo XIV, al pueblo que podía leer en España, y formaban la atracción intelectual de la época.

Si hubo un cuento francés ó inglés, ahora perdido, llamado *Amadís*, no lo sabemos. Pero lo cierto es que en el siglo XIV hubo un libro llamado *Amadís de Gaula* (ó *Gales*), corriente en España, que se menciona, por lo general, en unión de los

libros arturianos, y que parece haberse escrito en español. Quién lo escribió ó cuándo, nadie lo sabe y acaso nunca se sabrá; pero el libro, ó mejor dicho, la serie de libros, porque eran nueve en conjunto, estaban inspirados, indudablemente, por la serie arturiana que he descrito. La primera copia de *Amadís* que nos es conocida fué una portuguesa, adaptada ó preparada para un príncipe portugués en el siglo xiv por un tal Vasco de Lobeyra, que, según todas las probabilidades, debe haber tenido á la vista una versión española, ahora perdida, puesto que López de Ayala, en su ancianidad, deploraba el tiempo que había gastado en leer *Amadís* en su juventud, y no es probable que la versión de Lobeyra pueda haberse escrito antes de eso. Todo lo que sabemos de la cuestión es que *Amadís de Gaula* en el siglo xv hizo furor en España; y como había ocurrido con la serie arturiana en Inglaterra, le agregaron varias manos comentarios, hasta que brotó una literatura especial del *Amadís*, y se siguieron rápidamente una tras otra imitaciones por docenas.

Aquí había una forma que daba á los escritores españoles libre vuelo para su afición á lo maravilloso y su imaginación exuberante. Ni la probabilidad del incidente, ni la unidad de la acción, ni la precisión de la localidad les limitaban. Pero á estas cualidades agregáronse en el siglo xv, y casi simultáneamente, los grandes factores, que obraron más que ningún otro al implantar firmemente en España la idea caballerescas, que en lo sucesivo influyó tanto al señalar el destino del pueblo español. Estos factores fueron: primero, la invención de la imprenta; y segundo, la política meditada de Fernando é Isabel de unir los reinos separados que habían de constituir á España, fomentando el orgullo de la exclusiva ortodoxia religiosa, excitando en los corazones de todos los españoles, desde el gallego celta hasta el murciano semiafricano, esa exaltación espiritual y sed de distinción personal por el sacrificio que ya arraigó profundamente en el carácter nacional.

Así cuando *Amadís de Gaula* se imprimió en 1508, cayó en

suelo fructuoso. El último gobernante moro había sido expulsado de España, y en todo el reino la Inquisición quemaba judíos y herejes. Con la condenación de todo apóstata de la verdadera fe, el orgullo espiritual de cada individuo español de la mayoría aumentó. Todos los hombres eran sospechosos menos él mismo. Era de la verdadera aristocracia de Dios, ansioso de distinguirse á los ojos del Altísimo por el sacrificio y el sufrimiento. Ermitaños, videntes y soñadores maceraron su carne y se complacieron en la miseria, el frío y la suciedad por las cuales trataban de atraerse la visitación de Dios sobre sí mismos. La abnegación era el rasgo nacional. La distinción personal, por el paciente sufrimiento en la causa del bien contra el mal, era la palpitación de corazón que transmitía la sangre á los miembros de la nación. La literatura de la caballería, saliendo de la imprenta en el momento en que lo hizo, daba una nota que encontraba eco en todas las almas. Aquí se expuso, en la forma de historia maravillosa de aventura personal, la lección de que la fe y la constancia en el amor divino ó humano era al fin irresistible, de que el valor paciente é indomable resguardaba al guerrero de corazón puro que peleaba por el bien contra todos los dolos del demonio y de su hueste de malos brujos. Aquí había alimento mental que satisfacía plenamente el amor á las maravillas; aquí había alimento espiritual que hizo á todos los corazones españoles inflamarse con el conocimiento de que, aunque fuese ardua la forma de sacrificio heroica, sin embargo, al fin daba, seguramente, felicidad y distinción á los que peleaban brava y denodadamente. Era un ideal puro, bello y noble. Pero era un ideal, y nunca podía ser real, porque se dejaba á cada hombre que fuese juez de lo que *era* el bien, y la conducta en la vida se divorciaba de la religión. Una devoción exaltada, la seguridad mística del favor divino, la fiel aceptación de una doctrina y un ritual determinados, habían de encubrir toda clase de mala conducta ó lo que pudiera juzgarse mala. Y así España llegó á ser, en los siguientes ciento cincuenta años, un país donde la religión era

una cosa aparte, y no íntimamente relacionada con la conducta en el mundo; y las altas profesiones, perfectamente sinceras, iban acompañadas constantemente por la moralidad inferior.

Amadís de Gaula mismo y sus ocho ó nueve comentarios estaban modeladas casi exactamente con arreglo á los rasgos de las leyendas arturianas, en lo que respecta á la localidad y al incidente, pero con ciertas alteraciones de espíritu que indicaré ahora. La historia de Amadís es como sigue: Perión, rey de Gaula ó Gales, está casado con Elisena, princesa de Inglaterra. Tiene un hijo ilegítimo llamado Amadís, que al matrimonio del rey es abandonado en las orillas del mar, donde es rescatado por un caballero y llevado á Escocia. Cuando crece se llama el Caballero del Mar, y entra al servicio de Lisnarte, rey de Bretaña, de cuya hermosa hija, Oriana, se enamora. El destino le pone en contacto con su hermano de madre, Galaor, príncipe de Gaula, de quien después de combatir se hace amigo íntimo, y tiene noticia de las relaciones que les unen. En lo sucesivo buscan juntos aventuras combatiendo á encantadores, rescatando á sus damas de innumerables peligros, y finalmente, Amadís se hace rey de Gaula y se casa con la sin par Oriana. El texto, tal como ha llegado á nosotros en el español de Montalván, es rico en incidentes y exuberante de imaginación. A los lectores actuales las aventuras les parecerán aburridas y pueriles, y se extrañarán de cómo el libro y sus muchas imitaciones han arraigado en Europa como lo hicieron.

De los comentarios de *Amadís* no necesito decir mucho. *Palmerín de Oliva* y *Palmerín de Inglaterra* son quizás los más famosos. *Sergas de Espalandrín* y *Artus de Algarve* son algo menos. Pero la tramoya fué siempre la misma: caballeros andantes, príncipes, por lo general, pasaban por innumerables aventuras, y finalmente mataban á todos los gigantes y brujos enemigos suyos y de las damas á quienes amaban y con quienes después vivían felizmente. Es increíble con qué fuerza arraigaron estos cuentos en la imaginación de España en el siglo XVI.

Cuando Felipe II vino á Inglaterra á casarse con la reina María, varios de sus cortesanos escribieron relatos de lo que vieron, y el mayor placer de estos españoles era identificar las escenas de Amadís y las aventuras imaginarias de Arturo. En Winchester el principal objeto de interés para ellos fué la llamada Tabla Redonda de los caballeros, que todavía pende de la pared del castillo. Cuando el embajador español en Inglaterra deseó decir algo excesivamente acerbo sobre Isabel y su Gobierno, no pudo imaginar nada más eficaz que compararlos con algunos de los caracteres del *Amadís*. La constante alusión á estos libros en la correspondencia de la época demuestra que un conocimiento de las historias se consideraba como una hazaña literaria. No tenéis más que hojear el primer libro de *Don Quijote*, que satirizó las quimeras exageradas y la risible caballería de España, para ver cuán profundamente habían penetrado en la vida nacional. Todo el siglo XVI vió á España dominada por una idea impracticable. La persecución no tanto fué en pos del provecho mundano, aunque eso no se perdió de vista, como de la gloria; pero el origen de la grandeza de España, temporal y fluctuante, fué el orgullo de la elección y distinción especial por la fidelidad á un exaltado ideal místico, religioso ó amoroso; y toda la nación corrió atropelladamente tras un anhelo ilusorio de gloria (1), que, aunque todos llevaban como mira en su ímpetu, les condujo finalmente al pantano de la pereza, la ostentación, la profesión excelsa y la conducta moral inferior, á la ruina y la decadencia nacional.

Ahora es tiempo de volver á la influencia ejercida en Inglaterra por esta curiosa manía. Se ha indicado que la idea caballescica (aparte de la mera recreación literaria de libros como la *Morte d'Arthur*) había perdido su fuerza en Inglaterra.

(1) La frase inglesa *an illusive Will-o'-the-Wip* no puede traducirse literalmente, porque así sería: un ilusorio deseo de ¡paja larga! (*Wip*).—*N. del T.*

á mediados del siglo xv. La vida inglesa se había hecho práctica por esa época. El poder feudal de los nobles había decaído, la clase media se había hecho rica y fuerte, y la adhesión visionaria á una abstracción no afectaba al carácter sajón dominante. Pero casi simultáneamente con la popularización de las novelas caballerescas en España subió al trono inglés un rey de sangre gala, cuyos derechos hereditarios á la corona eran débiles ó nulos. Enrique VII, sabiendo que así era, soltó la afirmación de que descendía de los antiguos reyes británicos. Se construyeron para él genealogías rebuscadas, y para reforzar su influjo sobre la imaginación del pueblo hizo lo que pudo por resucitar la antigua tradición británica, y, sobre todo, las historias del heroico rey Arturo, de quien se declaró descendiente. A consecuencia de esto, había mandado hacer una gran mesa de madera de Westminster con los nombres del rey y sus caballeros pintados en ella. Llamó á su hijo mayor Arturo, príncipe de Gales, y el patrocinio que pudo prestar á la literatura se prestó á la resurrección y propagación de la idea caballerescas. En esto fué seguido en cierto modo por su hijo Enrique VIII; pero era demasiado tarde para que prendiese la heroica idea caballerescas. En el reinado de Isabel, Antonio Munday, una medianía más habilidosa, tradujo algunas de las novelas españolas caballerescas, y los caracteres del *Amadís* y, aún más, de *Palmerín de Inglaterra*, fueron bien conocidos de nombre en Inglaterra; pero su efecto sobre el pensamiento nacional fué casi nulo, porque la vida inglesa se había hecho demasiado real para tales visiones.

Pero hubo una variante de las novelas caballerescas y altruísticas, que vino de España á Inglaterra, y aunque era artificial ejerció una influencia considerable sobre la literatura inglesa. Me refiero á la novela pastoral. A primera vista, nada parecería más incongruente que el mezclar pastores y pastores con las historias de heroicos caballeros, bellas damas y terribles demonios. El ímpetu no fué indudablemente de origen español, sino clásico; porque las *Églogas* de Virgilio y su

escuela habían estado de moda siglos antes, y en manos de Sannazaro habíanse hecho populares en Italia, á principios del siglo xvi. Hubo en España antes de esto una ligera tendencia hacia la forma pastoril, en un libro más popular, escrito por San Pedro y llamado *La cárcel de amor*, que narra la historia de un joven á quien conduce encadenado por los desiertos de Sierra Morena un encantador de mala traza, que se supone representa el «deseo». El joven es conducido por el deseo al castillo del amor, donde se le hacen sufrir crueles tormentos. Al fin, apaciguado por sus melancólicos cuentos de verdadero amor á la pastora de sus pensamientos, su carcelero le suelta; y después de llevar á cabo muchas aventuras, muere á los pies de su dama. Esta *Cárcel de amor* fué traducida al inglés por lord Berners y publicada en Londres en 1540, llegando á ser un libro favorito. Pero la verdadera novela pastoril no apareció hasta mediados del siglo xvi, cuando el portugués Montemayor produjo un libro llamado *Diana*. A los modernos lectores pareceráles aún más artificial que la novela caballeresca; pero, por falsa que fuese, ocupó un elevado puesto por espacio de unos dos siglos, é implantó la moda juntamente con las obras italianas de la misma tendencia, hasta mediados del siglo xviii, al menos en Francia, donde los zagales de afectada sonrisa, y las pastoras vestidas de raso del período Watteau, perpetuaron los cuentos imaginarios de Cloe y Stepheron.

Era *Diana* de Jorge Montemayor, un progreso evidente sobre los insípidos modelos italianos que copió. Está parte en prosa y parte en verso, y mezcla la magia y la brujería con los cuentos de los pastores heridos de amor. No ha de indagarse por qué el estilo arraigó en Inglaterra. Los caballeros en busca de aventuras estaban completamente pasados de moda en la Inglaterra de Isabel, y algún vehículo completamente ilusorio se necesitaba para transmitir obras de pura imaginación. Pastores y pastoras en las imposibles condiciones arcadianas eran una antigua tradición clásica. Podían realizar cualquier aventura sin ofender la verosimilitud, toda vez que

ellos mismos eran inverosímiles, y estaban más penetrados que los caballeros andantes de las ideas altruísticas que nadie podía comprender en la tenaz Inglaterra. Así, cuando Bartolomé Young escribió su traducción de *Diana* al inglés en 1583, llamó de una vez la atención, aunque no se publicó hasta 1598, cuando se hizo extraordinariamente popular. El segundo libro de *Diana* se formó con una historia interpolada, llamada *La historia de la pastora Felismena*, que hace saber cómo una dama enferma de amor, abandonada por su inconstante adorado tormento, le sigue á tierras extranjeras en guisa de paje, y se sacrifica á él hasta el extremo de servir de mensajero para avivar su nueva llama. Esta última se enamora de la dama que va vestida de joven, y las complicaciones que se siguen son numerosas é intrincadas. En el capítulo sobre el drama indicaré lo que debe Shakespeare á este incidente para su intriga de los *Dos caballeros de Verona* (*Two Gentlemen of Verona*), que, como veréis, es idéntica á ella.

Shakespeare debe haber visto el manuscrito de Young, ó haber oído el cuento narrado, porque el libro no fué impreso en Inglaterra hasta después de haberse escrito los *Dos caballeros de Verona*. Pero otros que Shakespeare fueron atacados de la manía pastoral por leer á *Diana*. *El calendario del pastor* (*The Shepherd's Calendar*), donde Colín Clont y sus juegos pastoriles dan la vuelta á los meses del año con sus historias en verso, está claramente inspirado por ella; y en Francia y España, así como en Inglaterra, el escribir poemas é historias sobre pastores y pastoras imaginarios hízose universal. Cuando Sir Philip Sidney estaba á punto de morir, dió orden para que se destruyese su historia pastoril, llamada *Arcadia*, escrita para el entretenimiento de su hermana la condesa de Pembroke. Afortunadamente, su mandato fué desobedecido, y se conservó una de las joyas de la literatura inglesa. Está escrita premeditadamente en lo que se llama estilo enfuístico, afectado, oscuro y precioso, que había estado de moda en Inglaterra, como he indicado en el capítulo anterior, por la po-

pularidad de las obras de Guevara. Este estilo, que es también el del mismo Montemayor, es adecuado á los cuentos pastoriles completamente artificiales, aunque probablemente el gusto correcto y el buen juicio de Sidney no deseaban consolidar su fama para siempre con un estilo que peca contra la sencillez. Sin embargo, ha escrito en un inglés bastante puro y bello para que miremos con indulgencia su *Arcadia*. Si leéis la traducción de *Diana* hecha por Bartolomé Young, y luego leéis la *Arcadia* de Sidney, veréis que copia al pie de la letra. En realidad, en la lírica con que está interceptado el texto, aventaja en mucho al libro español, que no tradujo (entiéndase bien), sino imitó. Estas dos estrofas de Sidney, por ejemplo, son mejores que todo lo que pudo escribir Montemayor:

Of this high grace with bliss conjoined,
 No further debt on me is laid.
 Since that is selfsame metal coined,
 Sweet Lady, you remain well paid.
 For if my place gire me great pleasure,
 Having before me nature's treasure;
 Yn face and eyes, unmatched being,
 You have the same in my hands, seeing
 What in your face mine eyes do measure,
 Nor think the match unevenly made
 That of those beams in you do tarry.
 The glas to you but gives a shade,
 To me mine eyes the true shape carry;
 For such a thought, most highly prised,
 Which ever hath Love, yok despised,
 Better thau one captiv, perceiveth;
 Though ne the liryly form receiveth,
 The other sees it but disguised (1).

Durante todo el siglo XVI y XVII, en Inglaterra y Francia la forma pastoral de novela y poesía continuó en boga. Com-

(1) «De esta suma gracia unida á la gloria no recae sobre mí deuda alguna. Puesto que es el mismo metal acuñado, quedáis pagada, dulce Señora. Porque si mi situación me causa gran placer, por tener delante de mí el tesoro de la naturaleza, el ser simpar en semblante y ojos, vos tenéis lo mismo en mis manos, viendo lo que en vuestro semblante con-

pletamente divorciada de la verdad ó verosimilitud, permitió, con todo, que el sentimiento del amor, que es siempre real, fuese acompañado de tan ideales circunstancias. Pero como la fuerte escuela realista de Inglaterra ganaba terreno en el siglo XVIII, cuando la época de la reina Ana, nos trajo escritores de prosa fuerte, natural é inglesa; cuando Swift se mofó de los fingimientos; cuando Addison, Steele y Fielding contemplaban la vida tal como era, con ojos abiertos que veían, entonces las débiles imitaciones de lo que á lo sumo era un estilo artificial sólo lograban la irrisión; y Ambrosio Phillips, cuyo ridículo apodo ha agregado una expresión á la lengua inglesa, escribía sobre los amores ideales de pastores rústicos y pastoras harapientas, y el linaje de escritores pastoriles acababa en Namby Pamby, y murió como merecía.

MARTÍN HUME

templan mis ojos. Ni penséis que la pareja está desigualmente formada, la de esos rayos que de vos destellan. El espejo para vos no es más que una sombra; á mí, mis ojos me representan la forma verdadera: porque esa idea, la más sumamente enaltecida, mejor la comprende quien siempre ha despreciado el yugo del amor que un cautivo de él; aunque el uno recibe la forma viva, el otro la ve sin velos».

LA ESPAÑA NUEVA

SINTESIS DE LA HISTORIA ECONOMICA DE ESPAÑA

No existe duda alguna de que, antes del descubrimiento de América, España era un país muy próspero. Su unificación se realizaba dentro de las mejores condiciones, y fué precisamente debido á su potencia guerrera y económica por lo que el país pudo enviar tan lejos flotas importantes.

El descubrimiento de Cristóbal Colón debía enriquecer á la nación madre con sumas considerables. Desde 1500 á 1702 las colonias españolas enviaron 54.000 millones de oro, ó sea, por término medio, unos 270 millones por año, es decir, casi el tercio del presupuesto actual del país.

El acrecentamiento de riquezas minerales no ha sido el único resultado del descubrimiento de América. Los inmensos territorios exigían colonos; los jóvenes más activos, animosos, emprendedores, abandonaron la madre patria por el Nuevo Mundo, y esto durante muchas generaciones sucesivas. Frecuentemente, era lo mejor de la fuerza del país la que se escapaba como por una herida abierta. La raza española se fué así poco á poco debilitando por la succión americana de las energías más viriles. Por otro lado, los que permanecían en España recibiendo á montones el oro, iban perdiendo el hábito del trabajo, de la *Struggle for life*, limitándose al papel de consumidores de productos proporcionados por otras regiones. Todo

concurría, pues, á la decadencia del pueblo, á hacerle dependiente, cada día más dependiente, de las colonias nutrices.

«Sin ataque exterior ninguno, y por el solo efecto de la decadencia interior—dice Reclus,—la nación declinó en el mundo con una rapidez sin ejemplo. Después de la expulsión de los judíos, los ciudadanos más industriosos del país, toda actividad lentamente se apaga. Los talleres á millares se cierran en ciudades, en otro tiempo tan industriales, como Sevilla y Toledo. Los procedimientos técnicos se pierden por falta de artesanos; el comercio, entregado al monopolio, pierde los mercados y abandona los puertos; se dejan de explotar las minas y las canteras; muchas veces también—afirman los cronistas de aquellos tiempos—los campos de Navarra hubieran permanecido incultos al lado mismo de las ciudades, si los aldeanos bearneses no hubieran acudido á hacer la sementera y á recoger la cosecha. La juventud española entraba en los monasterios para gozar del privilegio de la ociosidad, y más de nueve mil conventos de varones, cuyos campos se cultivaban á expensas del resto de España, se establecieron en todas las partes del reino. Los españoles habían caído tan bajo, que llegaron á perder el viejo renombre de virilidad, tan justamente ganado. Después de la instauración de la Monarquía borbónica, cuando hubo necesidad de acudir á los extranjeros, franceses, italianos, irlandeses, para que ocupasen los altos puestos del Estado, fué porque los naturales, refractarios al trabajo y faltos de iniciativa, habían llegado á ser incapaces para la gestión de los negocios.»

Cuando se da uno cuenta del estado de apatía y de decadencia á que el país había llegado, parece casi increíble que haya podido levantarse de un modo tan rápido. Y este resurgimiento es innegable: es un hecho realizado ya. Sólo un conocimiento profundo del carácter español puede explicarnos este fenómeno, que sería tal vez imposible en cualquiera otro país. Pero continuemos trazando á grandes rasgos la historia económica de España.

Poco á poco las colonias dejaron de alimentar tan ampliamente las cajas del Estado; los particulares fueron obteniendo cada vez menos de las lejanas empresas; más tarde, paulatinamente, cada una de estas colonias fueron sacudiendo el pesado yugo de la madre patria, reclamando y obteniendo su independencia. Por fin, hemos presenciado en 1897-98 el último acto de esta larga tragedia, soberbia en esfuerzos inútiles, fecunda en actos de heroísmo.

Si el pueblo español no hubiera sido tan sobrio, tan poco exigente, tal vez no hubiera sido posible un tan pronto despertar. Mas habituado á contentarse con poco, supo soportar la creciente penuria, permaneciendo en la apatía, abandonando sus fuerzas. Quizás España es el único país del mundo donde se ha visto á los obreros abandonar su trabajo ordinario para ir á reclamar su parte, en la pitanza que se distribuía á los indigentes en ciertos días de la semana. La sobriedad española—que hacía decir á Wellington que allí donde un ejército francés tenía lo necesario, un ejército español nadaba en la abundancia y uno inglés moría de hambre,—esta sobriedad adormeció el espíritu de lucha é hizo mucho daño al país.

Y, sin embargo, por ciertos signos se vislumbraba que el país no estaba muerto, sino profundamente aletargado.

Napoleón no pudo conquistarle; y en las guerras que entonces tuvo que sostener España, pronto va á hacer un siglo, las energías se encendieron furiosamente, la nación entera se levantó en masa, sin excepción, sin traiciones odiosas, en un soberbio movimiento de viril patriotismo que asombró á Europa.

Desde entonces no se ha apagado la luz del progreso. Se han sucedido las generaciones en creciente superioridad, apareciendo cada una de ellas mejor armada para la lucha; buen número de jóvenes fueron enviados al extranjero, y con el buen sentido, el espíritu práctico y frío, el golpe de vista claro y preciso que caracteriza al español, han adquirido allí

una instrucción sólida, una base segura sobre la cual luego han trabajado fecundamente en su país. Así han conseguido las simpatías de los demás pueblos, que poco á poco han ido estableciendo numerosas empresas en la nación.

Pero, á la vez, esta energía se gastaba en luchas intestinas estériles, fenómeno muy frecuente en los países de variada configuración territorial y de diversidad de caracteres entre sus pobladores. A pesar de los graves inconvenientes de estas guerras civiles, en que el país malgastaba parte de su reserva de fuerza y vigor, el progreso era constante, sostenido, aunque muy lento. Venía á ser éste el período de preparación, de reflexión preliminar necesaria antes de todo paso decisivo y seguro, que predispuso á la nación para soportar el golpe final y liberador: la pérdida de sus últimas colonias.

No somos nosotros quienes hemos asistido hace pocos años á este hecho, y la simpatía de la Europa continental ha acompañado á los ejércitos españoles en esta desigual lucha. Después de la derrota, hubo verdadera ansiedad. ¿Cuál iba á ser el destino de este país?

Hoy la respuesta á esta pregunta es clara, y la contestación se impone á todos los economistas. El país se levanta con una vitalidad insospechable, quizá imposible en cualquier otro, y que en éste se puede explicar por tratarse de una raza sobria, sufrida y tenaz. Precisamente las mismas cualidades que prolongaron la apatía del país son las que ahora aseguran su rápido progreso. Como todo estímulo para obrar es tanto más enérgico cuanto más tiempo ha estado contenido, así el movimiento actual es tanto más vigoroso cuanto que la decadencia anterior había sido más profunda. Sola ahora España, aislada de sus antiguas colonias, desembarazada de su peso, resurge más potentemente, y disponiendo de un suelo lleno de riquezas de todas clases, entra en un período histórico que ha de ser el de la España nueva.

Este despertar es el que nosotros queremos dar á conocer; porque transcurridos ya cuatro ó cinco años, este período apa-

rece suficientemente definido para que pueda intentarse un estudio analítico verdaderamente completo del mismo.

*
* *

Para juzgar con entero acierto el valor económico de un país, pueden emplearse dos criterios seguros:

1.º El estudio de sus recursos financieros, que indican su potencia productora; porque cualquiera que sea la naturaleza del impuesto y su objeto, y la manera de hacer la imposición, el hecho es que tales recursos son una riqueza común creada por la actividad del país. Si ésta no se amengua, sino al contrario, se acrece, como en el caso de España, los recursos financieros caminan á la par con la productividad del país, y dan en cierto modo la medida de la actividad económica de la nación.

2.º El examen del curso de la Renta exterior y de sus fluctuaciones, que permite apreciar el pulso de la opinión general.

El conjunto de estos dos procedimientos, uno interno y otro externo, servirán para establecer nuestro juicio de una manera definitiva, si ambos se complementan recíprocamente.

El examen de los siguientes cuadros es, después de estas indicaciones, verdaderamente necesario.

INGRESOS DEL PRESUPUESTO ESPAÑOL

Años.	Millones de pesetas.	Años.	Millones de pesetas.
1889-90	703	1896-97	818
1890-91	755	1897-98	841
1891-92	662	1898-99	921
1892-93	651	1900	967
1893-94	732	1901	995
1894-95	782	1902	1.014 (1)
1895-96	792		

(1) Reservamos para el apéndice los datos relativos á los años 1903 y 1904.—(N. T.)

CURSO DE LA RENTA EXTERIOR

Años.	Fin de Junio.	Fin de Diciembre.
1890	76 $\frac{11}{32}$	75 $\frac{7}{8}$
1891	74 $\frac{5}{8}$	64 $\frac{1}{2}$
1892	65 $\frac{1}{8}$	63 $\frac{1}{16}$
1893	65 $\frac{7}{16}$	63 $\frac{3}{8}$
1894	65 $\frac{13}{32}$	73 $\frac{1}{2}$
1895	67 $\frac{3}{8}$	61 $\frac{15}{16}$
1896	64 $\frac{17}{32}$	60 $\frac{27}{32}$
1897	63 $\frac{3}{32}$	60 $\frac{27}{52}$
1898	34	46 $\frac{7}{8}$
1899	60 $\frac{1}{14}$	65 $\frac{3}{4}$
1900	71 $\frac{9}{16}$	69 $\frac{3}{8}$
1901	71	76 $\frac{5}{16}$
1902	81 $\frac{1}{4}$	87 $\frac{3}{4}$
1903	90	

Examinando estas cifras, se observa que en 1893 los ingresos llegan al *mínimum*. En estos momentos se encuentra el país en plena crisis. El Exterior gira entonces alrededor del entero 65, sin fuerza para traspasarle. Sin embargo, se acentúa un cierto movimiento en los negocios que hacen mejorar la situación y que elevan la Renta á fin del año siguiente á 73. Mas á pesar de esto, á pesar también del mejoramiento en la recaudación de los ingresos, la confianza general no está del lado de España, y el Exterior vuelve á descender á 60-65. ¿Es, quizás, la previsión de la guerra cubana la que desconcierta á la nación-madre, para que más tarde resurja con una vida económica enteramente nueva? La caída súbita del Exterior á 34 es la consecuencia final de la guerra y de los temores que inspira el trastorno del país.

Sin embargo, el buen estado de los ingresos continúa en progresivo aumento, y poco á poco la confianza empieza á renacer.

El Exterior sube lentamente, pero con firmeza, con la sola excepción del mes de Enero de 1901, en el momento en que la

crisis industrial general hace retroceder el curso de todos los valores.

Después de 1901, los recursos del Estado traspasan la cifra de 1.000 millones, y el curso de la Renta crece con una regularidad casi matemática hasta nuestros días.

Tal es el cuadro sintético económico de España en los trece últimos años.

Pero si concentramos nuestra atención en la España nueva, la que se ha formado después de la guerra cubana, á raíz de la amputación de las partes enfermas, y mientras se cicatrizaban las heridas, nos asombraremos de ver con qué energía, y sobre todo con qué regularidad, se ha realizado su progreso. Este no ha sido el resultado de alguna feliz casualidad, de una excitación pasajera, sino de una actividad reposada, pero vigorosa, del equilibrio de las fuerzas económicas de la nación, unidas en un impulso razonado, lento y seguro.

Pero no sólo existen estos criterios, que pudiéramos llamar clásicos, de los ingresos y de la Renta, para juzgar de la situación actual del país; á su lado existen otra multitud de hechos generales y especiales indicaciones que demuestran decisivamente el levantamiento de España, que reflejan el nuevo desenvolvimiento de la industria y el comercio, especie de revolución pacífica en la cual, sin duda, ha influido el ejemplo de los españoles establecidos en las antiguas colonias y en las recientemente perdidas, cuyas iniciativas fecundas dieron aliento á los que del otro lado de los Pirineos soñaban con el resurgimiento de la patria después de la derrota.

Efectivamente, el comercio exterior de España crece visiblemente; el movimiento de la navegación ha mejorado en proporciones enormes; los ingresos de las Compañías ferroviarias registran incesantes beneficios; la industria en general se ha desenvuelto notablemente, y por todas partes han surgido multitud de empresas mineras, metalúrgicas, financieras é industriales. Así es cómo aquella España de otros días, aquella España que para la generalidad de los espíritus no aparecía

sino bajo el renombre pintoresco de sus prestigiosas ciudades, de Madrid, Toledo, Sevilla, Burgos, Córdoba, Cádiz, Granada y Valencia, ciudades de maravillosa arquitectura, de «corridas» y bailes... ha sido reemplazada por una España diversa, dirigiéndose la atención hacia otras ciudades distintas, conocidas con los nombres de Barcelona, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, Vitoria, centros industriales que cada día registran nuevos éxitos. ¿No es éste el mejor signo de los tiempos presentes?

*
* *

Por lo demás, España, reuniendo todos estos elementos que hacen de ella un país admirable; esta España, cuyo pasado en la historia fué tan glorioso, es una tierra inmejorablemente predispuesta para constituir una nación moderna, industrial y comercialmente de las más florecientes. No faltaba más que la voluntad de llegar al rango de los Estados industriales, que no se ha manifestado sino hasta estos últimos años.

España tiene una superficie de 504.903 kilómetros cuadrados, con 3.318 kilómetros de costas, sobre las cuales se escalonan multitud de ciudades importantes. Posee una población de 18.218.000 habitantes, y tiene, por tanto, una densidad de 36,08 habitantes por kilómetro cuadrado.

Bajo su hermosísimo clima, se encuentran multitud de recursos naturales debidos á la fertilidad de su suelo, recursos cuya variedad en nada cede á la de sus riquezas minerales, verdaderos tesoros inagotables escondidos en las entrañas de su subsuelo. La vida resulta fácil y cómoda, tanto más cuanto el español hemos dicho que se distingue por una gran sobriedad. Pocas razas existen, por otro lado, que tengan una inteligencia tan pronta y tan abierta como la del pueblo español, capaz de fecundos esfuerzos. Los obreros, diestros y dóciles, son excelentes. Trabajan con gusto y se contentan con un salario modesto, gracias á la baratura de la vida popular en España.

E. M.—Junio 1905.

Son estos elementos suficientes para preparar el desenvolvimiento económico de la nación, á pesar de los obstáculos y dificultades geográficas que á veces la perjudican notoriamente.

Precisamente ha sido cuando España se encontraba en la situación más difícil, de 1895 á 1898, cuando han surgido los estímulos poderosos que han contribuído á su despertar enérgico y patriótico. No es un secreto para nadie que el renacimiento industrial y mercantil brotó de la decadencia financiera á que el país había llegado, y que hizo pagar el oro en Madrid con una prima media de 53,85 por 100 en 1898, prima que se elevó hasta ¡115 por 100!, y que había de producir un estado verdaderamente anormal para la economía de España. La elevación del cambio hizo los productos extranjeros de tal manera costosos, que se procuró buscar y utilizar los productos nacionales, y la importación extranjera disminuyó tanto más cuanto que la industria y el comercio del país no quisieron perder esta ocasión para levantarse. Por otra parte, la producción nacional, ventajosa para el extranjero por el buen mercado de la peseta, comenzó á ser aprovechada en mayor escala por los exportadores en cantidades considerables.

Claro es que, de acuerdo con los dictados de la ciencia económica, los felices resultados obtenidos con semejante movimiento producido por un elevado agio, no podían ser más que momentáneos, y que los precios debían aumentar en el mercado interior, bajo la influencia de la ley de la oferta y la demanda, así como por otras razones. No es menos verdad que el comercio y la industria españoles, puestos en actividad, aguijoneados por las necesidades del mercado interior, por el creciente aumento de la exportación, continuaron desenvolviéndose, persistiendo en su movimiento de avance, aun después de haber declinado bastante el cambio, y como queriendo conservar las posiciones adquiridas.

La España nueva nacía robusta, valiente, decidida. A su Gobierno tocaba ahora la suprema misión de dirigirla bien,

de estimular su desenvolvimiento, de evitarla nuevas caídas y de proporcionarla todas aquellas condiciones necesarias á su nueva existencia. La obra, verdaderamente dificultosa, puesto que entraña la reorganización financiera del país, ha comenzado ya; la hora de las reformas parece haber sonado, y no es, por tanto, dudoso de que empiece para España una vida nueva.

Feliz el pueblo en el que la energía y el sentimiento nacional es tan grande, que por sí solo basta para hacerle pasar de un modo tan rápido por tan diversas fases económicas.

Feliz su monarca, que presencia cómo con la aurora de su reinado coincide la transformación industrial del país, su entrada en la vida del progreso y el comienzo de una España nueva.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.—LA MARINA MERCANTE.

LOS FERROCARRILES

La configuración de España hace que este país sea, después de Montenegro, uno de los de Europa en que más difíciles son las comunicaciones naturales y más costoso el establecimiento de un buen sistema de medios de comunicación.

Se puede dividir al país en dos regiones distintas: las costas y el interior. Las costas ofrecen excelentes puertos naturales; pero á poca distancia del mar el terreno se eleva á grandes alturas, formando escarpadas montañas á manera de murallas. De aquí que estas costas sean menos visitadas por los navíos de lo que á primera vista pudiera pensarse, y que el comercio no sea tan importante como de la riqueza y la fertilidad del país fuera de esperar. La zona del litoral es muy estrecha, y los habitantes de las montañas encuentran dificultades para transportar á los puertos sus productos.

Por lo demás, la población cercana á las costas es menos numerosa que en el interior, á excepción de las ciudades industriales como las de Vizcaya. La tendencia general de la

población es hacia los centros fabriles. Así como al principio del siglo último la agricultura representaba más de la mitad de la población (1), actualmente apenas representa la cuarta parte. España se «industrializa», como veremos en uno de los capítulos próximos, por un movimiento enérgico que no ha contribuido poco á hacer más activo el comercio marítimo.

Un país como el de la Península Ibérica, encuadrado en una línea de puertos, en el número de los cuales están al Este: Barcelona, Tarragona, Valencia y Alicante; al Mediodía: Almería, Málaga, Cádiz y Huelva; al Norte: la Coruña, Santander, Gijón, Bilbao y San Sebastián, reúne las mejores condiciones naturales para que su comercio exterior sea predominantemente marítimo. España ha abandonado durante mucho tiempo esta fuente de riqueza, dejando la explotación de este comercio al pabellón extranjero.

Desde hace unos veinte años ha intentado progresos constantes en favor de su marina nacional, y en vísperas de la guerra americana estaba decidida á tomar una parte seria en los transportes marítimos, aumentando en primer término la flota mercante. Mientras que su comercio exterior se desenvolvía paulatinamente, adquiría cada año una posición mejor frente á la concurrencia extranjera; y aunque actualmente todavía no representa la bandera nacional más que el tercio del tráfico marítimo, el estado siguiente muestra con toda claridad el terreno ganado por el pabellón español, sobre todo en el comercio de exportación, á la vez que el aumento del extranjero no es proporcional al crecimiento progresivo de aquél.

(1) En el año 1826, la población agrícola contaba 8.130.000 almas, en 13.902.000 habitantes.

COMERCIO MARÍTIMO DE ESPAÑA

AÑOS	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		TOTAL
	Pabellón nacional. Tonelaje.	Pabellón extranjero. Tonelaje.	Pabellón nacional. Tonelaje.	Pabellón extranjero. Tonelaje.	
1855....	101.217	500.938	57.322	397.237	1.056.714
1880....	374.444	1.191.037	561.343	4.515.979	7.142.803
1901....	1.321.688	2.452.404	3.145.557	6.081.378	13.001.027
Aumento proporcional.	13	5	55	15	12.3

De otra parte, los transportes marítimos españoles alcanzan las cifras siguientes, importaciones y exportaciones reunidas:

TRANSPORTES MARÍTIMOS ESPAÑOLES

AÑOS	TONELADAS
1855.....	158.539
1877.....	406.000
1880.....	935.787
1897.....	2.419.000
1901.....	4.467.245

Como se ve, de 1855 á 1901 los buques españoles transportan veintiocho veces más, mientras que los navíos extranjeros sólo aumentan, en el mismo período de cuarenta y seis años, 9 $\frac{1}{2}$ veces.

La distribución por países del pabellón extranjero, en el comercio exterior de España, y en los años de 1880, 1900 y 1901, es como sigue:

EL PABELLÓN EXTRANJERO EN EL COMERCIO MARÍTIMO DE ESPAÑA

PABELLÓN	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN
	1880 — Toneladas.	1900 — Toneladas.	1880 — Toneladas.	1900 — Toneladas.	1901 — Toneladas.
Alemán ...	8.781	146.873	78.873	353.214	544.620 +
Austriaco .	3.404	23.808	2.132	21.781	—
Belga.....	19.974	49.868	86.304	246.331	244.595 —
Danés.....	9.784	45.602	11.464	34.734	—
Francés...	96.087	106.397	600.762	361.771	416.469 —
Holandés..	18.028	26.312	347.801	63.560	282.452 +
Inglés.....	900.909	1.294.009	2.814.246	5.610.516	6.286.283 —
Italiano...	57.024	175.213	8.557	200.454	?
Noruego..	»	243.780	—	100.454	789.465 +

El comercio marítimo español se realiza principalmente por los puertos de Bilbao (N.), que exportó en 1901 más de cuatro millones de toneladas de minerales; Barcelona (E.) y Cádiz (M.). Después siguen, por orden de importancia, Valencia, Málaga, Santander, Vigo, Coruña, Alicante, Almería y San Sebastián. Hay que advertir que el puerto de Gijón adquiere cada día mayor desenvolvimiento, así por sus instalaciones como por su tráfico.

Barcelona representa el tercio del movimiento marítimo español. En desquite, Bilbao llegará á ser seguramente uno de los puertos más importantes, cuando los trabajos comenzados en 1888 para la construcción del puerto exterior estén terminados. Ya se organizan nuevas líneas de navegación para dotarle de una completa y sólida organización marítima, en previsión de que se agoten sus minas, que le robarían la mayor parte de su importancia.

La flota mercante española se ha desenvuelto sobre todo, como hemos indicado, desde 1898. Hoy comprende 546 veleros y 574 vapores de 50 toneladas como *mínimum*, ó sea 1.120 navíos de un tonelaje total de 733.251; es decir, 55.195 toneladas de los primeros y 689.050 para los segundos, pertenecientes á Compañías que residen la mayor parte en Bilbao ó Sevilla (1). Numerosos elementos de esta flota mercante son de adquisición reciente y de origen principalmente inglés.

En 1880, las Compañías españolas no representaban más que el 13 por 100 del tráfico internacional; en 1895, el 19 por 100; y en 1902 alcanzan ya el 25 por 100. Hay, por tanto, un progreso visible en el comercio marítimo español, animado de un vigoroso espíritu de empresa. Hay que notar que el tráfico por veleros ha ido perdiendo importancia, adquiriéndola en cambio los vapores, como demuestran las siguientes cifras:

LA FLOTA MERCANTE ESPAÑOLA

Años.	Veleros.	Vapores.
1869..... Toneladas.	430.000	62.000
1897..... »	164.000	492.000
1901..... »	55.000	689.000
<i>Diferencias.</i>	— 375.000	+ 627.000

El tonelaje de vapor en 1901 era, por tanto, 12 $\frac{1}{2}$ veces mayor que el de vela. Desde hace treinta años se ha desenvuelto en una proporción de 110 por 100 (2).

(1) Las principales Compañías de navegación son:

Compañía Trasatlántica de Barcelona...	34 nav.	85.022 t.
D. Ramón de la Sota, de Bilbao.....	25 »	49.723 »
Compañía Bilbaína de Navegación.....	20 »	44.393 »
«Ibarra y Compañía», Sevilla.....	21 »	28.852 »

(2) La flota mercante del mundo también ve aumentar su tonelaje de vapor desde hace diez años: Alemania, 107 por 100; Holanda, 57 por 100;

En 1900, el movimiento de los puertos españoles fué el siguiente:

Entrada: 10.161 navíos, de los cuales 6.420 eran españoles (5.186 vapores), con un tonelaje de 7.332.737.

Salida: 14.789, de los cuales 7.044 españoles (5.837 vapores) y 12.692.916 toneladas.

*
* *

Desgraciadamente, las comunicaciones por agua en el interior del país están lejos de ser tan fáciles. La poca abundancia de aguas, debida al desmonte; la naturaleza de las grandes corrientes, que forman, cuando no torrentes devastadores, ríos sin régimen regular que los haga útiles y aprovechables para el riego de las varias comarcas; la elevación de las montañas, que impiden la construcción de canales, son otros tantos obstáculos que se oponen á aquella comunicación.

Las partes navegables de los grandes ríos son poco numerosas, y si no fuera por el Tajo y el Guadalquivir, el interior de la Península estaría privado de comunicaciones fáciles con el mar. El Ebro también es hasta Logroño navegable, y constituye el principal caudal de algunos canales.

Entre éstos, los más importantes son: el canal de Aragón, que, derivando sus aguas del Ebro cerca de Tudela, recorre una extensión de 10 leguas; el canal de Castilla, sin concluir; el de Manzanares (14 kilómetros de longitud); el de Guadarrama (17 kilómetros); el de San Carlos (11 kilómetros); el de Murcia; el de Tauste; el canal antiguo de Castilla, que va de Valladolid á Alar del Rey; el de María Cristina (25 kilóme-

Italia, 68 por 100; Rusia, 65 por 100; Noruega, 191 por 100; Suecia, 64 por 100; Dinamarca, 76 por 100; Portugal, 110 por 100; Grecia, 158 por 100; Japón, 231 por 100. La marina francesa ha disminuído en un 10 por 100 su tonelaje de vapor, por efecto del exceso de la importación sobre la exportación.

tros), etc., etc., que hacen un total de unos 700 kilómetros, que se vienen á sumar á los 1.300 kilómetros de ríos navegables.

*
* *

La misma disposición del suelo, que hace difíciles ó imposibles los transportes por agua, estorban también la creación de caminos largos y fáciles. El suelo es muy accidentado, demasiado pedregoso y duro.

Las carreteras del Estado medían en 1896 una longitud de 32.512 kilómetros; las provinciales, 6.832; y los caminos vecinales, 19.348. Pero en general, excepto las carreteras nacionales, son bastante medianas. Frecuentemente son simples caminos á través de montañas, por donde cualquier vehículo pasaría difícilmente, teniendo que transportar la carga en el lomo de las mulas.

Estos transportes resultan muy costosos, y no pueden, por tanto, aplicarse más que á materias de un valor intrínseco considerable. La hulla, el mineral de hierro, etc., no pueden explotarse en sitios en donde es preciso acudir al transporte á lomo, y bien puede asegurarse que toda mina situada á más de tres ó cuatro kilómetros de un medio de transporte fácil resulta muy ingrata su explotación. Claro es que los minerales de mercurio, cobre, plomo, calamina y otros de gran valor ya pueden tolerar transportes más caros.

*
* *

La explotación, por tanto, de las riquezas minerales, así como de las demás riquezas de España, exige una red extensa de ferrocarriles, con objeto de que estén servidas todas las partes del país. La nación así lo ha comprendido, y desde 1848 se comenzaron á construir numerosas líneas, cuyo desenvolvimiento, para el actual y futuro bien de España, se persigue sin cesar por las más importantes empresas. El cuadro siguiente muestra la progresión creciente de kilómetros construídos.

LA RED FERROVIARIA DE ESPAÑA

Años.	Kilómetros.	Años.	Kilómetros.
1848.....	28	1888.....	9.583
1858.....	855	1896.....	10.864
1868.....	5.384	1897.....	12.916
1878.....	6.687	1900.....	13.281
	1903.....	14.000 (cerca).	

Estas vías tienen diferentes anchos, desde 0^m,60 hasta 1,67, que es el normal para las grandes líneas.

Madrid ocupa el centro de la red, que se extiende como una tela de araña por todo el territorio nacional, representando una de las mayores riquezas del país. Sabemos todos las vicisitudes y obstáculos financieros por los cuales han tenido que atravesar los ferrocarriles españoles, de los cuales aún no se han librado enteramente. Su establecimiento ha sido verdaderamente costoso, dada la naturaleza accidentada del suelo y la roca dura de las sierras, que ha exigido verdaderas obras de arte. La inauguración de vías estrechas ha permitido en los últimos años disminuir los gastos de establecimiento. Así y todo, los capitales comprometidos en estas empresas son considerables, y se comprende, por tanto, el interés que inspirará su desenvolvimiento, que tiene que ser paralelo al del progreso económico y financiero del país.

He aquí una idea de las principales Compañías ferroviarias, de sus capitales y de su importancia:

LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES

COMPañÍAS	Acciones.	Obligaciones.	Capital total.	Kilómetros.	CONSTITUCIÓN
Norte de España.....	245.100.100	751.563.961	996.663.961	3.656	Madrid, 1858.
Madrid-Zaragoza-Alicante.....	236.583.699	685.745.599	922.329.298	3.650	Madrid, 1857.
Andaluces.....	36.000.000	155.000.000	191.000.000	1.067	Madrid-París, 1877.
Sur de España.....	10.000.000	21.626.900	31.626.900	296	Madrid-París, 1889.
Central Catalán.....	6.000.000	10.114.100	16.114.100	350	Barcelona-Lieja, 1890.
Madrid á Villa del Prado.....	6.000.000	1.800.000	7.800.000	74	Madrid-Bruselas, 1890.
Oeste de España.....	22.000.000	47.000.000	60.000.000	350	Madrid-París, 1888.
Cartagena (de la Sierra).....	1.825.000	2.700.000	4.525.000	65	Bruselas, 1895.
Valencia y Aragón.....	9.000.000	6.000.000	9.000.000	30	Bruselas, 1888.
Madrid-Cáceres.....	25.000.000	75.000.000	100.000.000	429	Madrid, 1880.
Extremadura.....	2.000.000	?	2.000.000	100	Brujas, 1892.
Andaluces (secundarios).....	2.001.000	1.000.000	3.001.000	25	Bruselas, 1896.
TOTALES.....	595.509.699	1.747.550.560	2.343.000.259	10.192	

Se eleva, por tanto, á la cifra enorme de dos mil y medio millones el capital interesado en estas Compañías. Este dinero, suministrado principalmente por los franceses y los belgas, está lejos de producir hoy un interés normal, habiendo pasado los establecimientos financieros iniciadores de estas empresas, por numerosas desilusiones y dificultades. Después de haber cesado las antiguas Compañías en el reparto de dividendos por los años de 1892-94 (1), ha llegado para ellas el período del «convenio», arreglos financieros de todas clases, que han repercutido en la cotización de sus valores, y cuyas causas son muy variadas. La primera de todas es que el trazado se hizo sin estudiar bien la necesidad á que iba á atender.

La prueba se encuentra en el reducido número de trenes que funciona en muchas de las líneas: en el Sur apenas hay sino un tren de viajeros por día. Hubiera sido preciso un mayor desenvolvimiento industrial para que estos ferrocarriles no hubieran permanecido inactivos, contribuyendo por su parte poderosamente á la explotación de las riquezas que duermen en las entrañas del suelo, y recibiendo en cambio, con un mayor ingreso, la remuneración de los capitales interesados en las Compañías (2).

Así, pues, el porvenir reservado á los ferrocarriles españoles, depende principalmente de este movimiento de progreso industrial iniciado claramente desde 1897 y 98, mientras por otro lado sufren las angustias y quebrantos del cambio, que amengua considerablemente sus ingresos, pues recibidos éstos en pesetas, siendo el capital interesado extranjero, los dividendos é intereses han tenido que pagarse en francos, así como la compra del material necesario á la explotación. La Compañía del Norte ha calculado que la depreciación de la moneda

(1) Norte, 1892; Madrid-Zaragoza-Alicante, 1893; Andaluces y Sud, 1894.

(2) Es una verdad innegable que en lugar de atender el trazado de las líneas á un criterio económico, ha seguido el político, pasando más bien por los grandes centros de población que por los núcleos productivos. (N. T.)

la ha producido en diez años, de 1892 á 1902, una pérdida de 127 millones de pesetas.

Ahora, es incontestable que los transportes por ferrocarril vienen, en los últimos años, desde 1897, en progreso constante, pareciendo haber llegado para estas empresas el período remunerador de su capital. Así se desprende del siguiente cuadro de los ingresos recibidos desde hace seis años, por las tres principales Compañías del Norte, Alicante y Andaluces; á saber:

LOS INGRESOS DE LAS COMPAÑÍAS DE FERROCARRILES

Años.	Millones de pesetas.	Aumentos.
1897.....	187	»
1898.....	202	15
1899.....	211	24
1900.....	218	31
1901.....	220.9	33.9
1902.....	235.5	48.5

Este aumento de 48 ½ millones en los ingresos de las tres principales Compañías desde 1897, ó sea en una proporción de 20,6 por 100, es tanto más digno de observar, cuanto que en el beneficio de los transportes de 1897-1898 hay que anotar el aumento debido á la guerra cubana, y en el de 1900 el ocasionado por la exposición de París. Y estas cifras aún parecen más elocuentes comparándolas, en igual período, con la disminución creciente de los ingresos de la mayor parte de las Compañías extranjeras, como los ferrocarriles franceses, los austriacos, lombardos, portugueses, etc.

El producto total de los ferrocarriles españoles en 1901 ascendió á 265.366.301 pesetas, por 261.372.689 en 1900.

He aquí un cuadro detallado de los ingresos de las tres principales Compañías en los cuatro últimos años, añadiendo los de otras dos igualmente en progreso.

LOS INGRESOS DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES
EN MILLONES DE PESETAS

COMPañÍAS	1899	1900	1901	1902
Norte	102.0	106.0	109.0	115.9
Alicante.....	89.0	92.0	94.7	101.7
Andaluces.....	18.6	19.3	19.2	21.5
Cáceres.....	3.7	3.9	4.3	4.6
Sur	1.9	3.1	3.3	3.8

Como se ve, el aumento desde 1899 es de 11 por 100 para Norte y Alicante; de 15 por 100 para los Andaluces; de 22 por 100 para Cáceres, y de 50 por 100 para el Sur de España. Entre las Compañías cuya vitalidad tiende á aumentar, se cuentan además las del Central Catalán, Madrid-Villa del Prado, Santander-Bilbao, Plasencia-Astorga, etc.

Este impulso progresivo continúa contrarrestado por influjo del cambio que las Compañías han tenido que pagar en 1902 al curso medio de 35,8 por 100, contra 38 y 39, es verdad, en 1891. Esta mejora puede servir para alentar las esperanzas surgidas; mas será necesario resolver este problema del cambio, para que los ferrocarriles entren en un período normal y se desenvuelvan con toda esplendidez y vigor.

En cuanto al reparto de dividendos, la Compañía de Madrid-Zaragoza-Alicante, desde 1899 ha vuelto á acordarlos sin interrupción (1), pues desde 1892, que cerró el pago por uno de 4,25 pesetas, no había repartido más. El Norte también parece que este año se encuentra en condiciones de concederle. Pero, generalmente, las Compañías españolas po-

(1) 1899: 9 pts.; 1900: 9 pts.; 1901: 12 pts.; 1902: 12 pts.

seen una administración prudente, aguerrida por la experiencia, que contiene el reparto de beneficios, pensando en los grandes gastos que exige la explotación, por el mayor desenvolvimiento del tráfico.

Por otra parte, el porvenir definitivo de los ferrocarriles españoles depende de la creación de líneas nuevas. No es esto una paradoja, porque bien puede afirmarse que si los ingresos no alcanzan la cantidad deseada, si el capital no obtiene el interés suficiente, es porque el país no cuenta con un plan perfecto de ferrocarriles, ni de caminos fáciles para auxiliar el desenvolvimiento de la producción nacional. La red actual, para aspirar al rendimiento máximo, debería completarse con una red secundaria de interés local, de vía estrecha, que conviertan la línea principal en una especie de espina de pescado, por el género de la línea de San Petersburgo-Moscou, que un capricho imperial ha hecho pasar lejos de todas las ciudades, á las cuales conducen á derecha é izquierda numerosas ramificaciones. Puede juzgarse del abandono del país en este punto, teniendo en cuenta que para 504.903 kilómetros cuadrados de superficie hay 14.000 de rails, y teniendo en cuenta que cada uno de éstos beneficia unos diez kilómetros, resultan 140.000; es decir, el 35 por 100 del suelo como máximo. El Gobierno español no ignora esto: por eso ayuda en todo lo que puede á las empresas ferroviarias. ¿No ha subvencionado ya con 30.790.000 pesetas la construcción de la línea del Sur, como ha acordado auxilios á las líneas de Zaragoza, Huelva, Cartagena, Córdoba, Ciudad Real y Gerona, etc.?

Por lo demás, la obra de ampliación de la red española se persigue seriamente; y sin tratar de exponer aquí las nuevas comunicaciones establecidas y las en estudio, así como las conexiones de doble vía, diremos que en 1901 se ha inaugurado la línea de Calatayud-Teruel-Sagunto (260 kilómetros); que la línea de Almorox se ha abierto á la explotación el 1.º de Agosto de 1902, y que la empresa de los Andaluces estudia la construcción de nuevas vías en este distrito eminentemente mine-

ro, de Cabeza de Vaca á Llerena, de Belmez á Horcajo, de Tobaría á la Carolina, constituyendo un conjunto que sería de utilidad inmensa para el desenvolvimiento industrial.

Cuando se examinan las cifras del tráfico español para el año 1901, se encuentran los resultados siguientes, que dan idea de su movimiento:

Viajeros por año.....	33.386.258
» por kilómetro.....	2.552
» por día.....	91.469
Toneladas por año.....	1.798.440
» por kilómetro.....	1.436
» por día.....	51.502
Ingresos totales.....	<i>Pesetas.</i> 265.336.301
» por kilómetro.....	20.284
» por día.....	727.030
» por habitante.....	14

En cuanto al material móvil, comprendía el año último 1.900 locomotoras, de las cuales 200 para trenes de viajeros, 684 mixtas y 1.016 para mercancías; 5.600 coches de viajeros, 1.500 furgones, 16.000 vagones de mercancías y cerca de 20.000 plataformas y vagonetas. El año último han hecho las Compañías grandes adquisiciones: sólo la de Madrid-Zaragoza debe recibir 1.345 coches y vagones y 47 locomotoras.

Respecto de esta Compañía, una de las que funcionan más normalmente, el resultado de los últimos siete ejercicios ha sido el siguiente:

LA COMPAÑÍA MADRID-ZARAGOZA-ALICANTE

AÑOS	Pesetas.
1896.....	78.643.070
1897.....	81.199.537
1898.....	87.014.085
1899.....	90.580.451
1900.....	93.491.080
1901.....	95.438.229
1902.....	101.341.000

El Norte, igualmente, no cesa de registrar aumento en los ingresos, como puede verse:

LA COMPAÑÍA DEL NORTE

AÑOS	Millones de pesetas.
1891.....	89.3
1894.....	84.0
1898.....	93.8
1899.....	104.4
1900.....	107.9
1901.....	109.4
1902.....	115.9

Indudablemente, parece que ha sonado para la industria de transportes la hora del progreso. El aumento creciente de los ingresos es el resultado del renacimiento industrial del país. El mejoramiento de los últimos balances de las Compañías tienen su causa en los progresos últimos de la industria, del comercio y de la agricultura, porque el aumento del transporte obedece á una mayor producción y consumo, que habla muy elocuentemente á favor de las energías recientemente despertadas, y que si perseveran en su vitalidad, dentro de poco se tocarán sus admirables resultados.

J. HOGGE FORT F. V. DWELSHAUVERS-DERY

EL IMPERFECTO Y EL FUTURO DE SUBJUNTIVO EN EL QUIJOTE

Bajo esta denominación siguen estudiándose en nuestras gramáticas las tres formas verbales, *ra*, *ría* y *se*, *amara*, *amaría* y *amase*, para eterno baldón de nuestros arrestos científicos en achaque de lingüística. Ni *amara* ni *amaría* son imperfectos, ni *amaría* es subjuntivo, ni estos tres tiempos significan lo mismo, para que sigan unidos en feroz maridaje bajo una misma denominación. En ello convienen Bello y Benot, y todos los extranjeros. Dejemos por ahora la forma *amaría*, que es de indicativo, y estudiemos un poco las otras dos, y con ellas sus compuestos correspondientes *hubiese amado* y *hubiera amado*.

Las formas *amase*, *hubiese amado*, siempre son subordinadas de pasado, esté expreso ó tácito el verbo subordinante; y esto, en todos los monumentos antiguos, antes del clasicismo y en el clasicismo, y hoy día; es decir, que es un imperfecto del subjuntivo ó, mejor dicho, del conjuntivo.

Proviene *amase* de *ama-vi-ssém*, que tenía el mismo empleo y valor. Conviene entender bien este empleo para no confundir este tiempo con *amara*, como se confunde hoy, y no se confundía en tiempo de Cervantes. *Amase* —repito— es siempre conjuntivo, es decir, subordinado de otro verbo con *que* expreso ó tácito, é indica tiempo pasado. Véanse estos ejemplos del Qui-

jote, entre otros mil (1): «Consideren lo mucho, que *estuuo* despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que *pu-diesse* (I, 3, 13). Y sus historias ya que no las *quemassen*, *me-recian* que a cada una se le *echasse* un sambenito, o alguna señal, en que *fuesse* conocida por infame (II, 6, 20). Y la bolsa de dinero, que le *dio* don Quixote, para lo que *se ofreciesse* (I, 7, 26). No *estaua* tan claro, que *pudiesse* echar de si rayos algunos (II, 8, 27). Y diziendo que *auia visto* en ella, para no ponerla en el numero de las otras, que *alargasse* la satira, y la *pusiesse* en el ensanche, sino que *mirasse* para lo que *auia* nacido (II, 8, 27). *Abraso* el templo famoso de Diana... solo porque *quedasse* viuo su nombre en los siglos venideros (II, 8, 28). Y el dia siguiente, sin acontecerles cosa, que de contar *fuesse* (II, 8, 30). Sin *auer hablado* antes a su señora, pidiendola *fuesse* seruida, de (I, 10, 32). Sin esperar son de trompeta ni otra señal que los *auisasse* (II, 14, 51). Sobre que medio se podria tomar, para reduzir a don Quixote, a que *se estuuiesse* en su casa quieto y sossegado, sin que le *alborotassen* sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo *salio*... que *dexassen* salir a don Quixote, y que Sanson le *saltiesse* al camino... y *trabasse* batalla con el... y le *venciesse*... y que *fuesse* pacto y concierto, que el vencido *quedasse* a merced del vencedor (II, 15, 53).»

Así como el presente de subjuntivo se subordina al de indicativo, así el imperfecto *amase* se subordina á los tiempos pasados, siempre con *que* expreso ó subentendido: «Ni *procuro* que nadie me *tenga* por discreto (II, 1, 4). *Mandó* a un Capellan suyo se *informasse* del Rector de la casa (II, 1, 3): *suple que*. De cuyo consejo *salio*... que *dexassen* salir a don Quixote (II, 15, 53).» Hoy dicen: «*Salio*... que *dejaran*». En Cervantes *amara* jamás se emplea en este caso: nunca es conjuntivo de pasado.

*
* *

(1) El primer número indica el capítulo; el segundo, el folio de la edición de Cuesta de 1608 y 1615.

En las condicionales, *amase* se halla en la hipótesis de tiempo pasado, y de ella pasó más tarde á la apódosis; pero sólo, cuando hay también *amase* en la hipótesis, sin duda por atracción, así como *amara*, que pasó de la apódosis á la hipótesis. En Berceo siempre hay *amase* en la hipótesis de pasado, nunca *amara*. «Si tu nunca *moriesses*, viuir yo non podría» (*Loor* 97). «Si nacido non *fuesse*, mucho mejor auria» (*Mil.*, 756). Lo mismo en el *Poema del Cid*: «Dios que buen vassalo, si *ouiesse* buen sennor» (20). «Que si non la *quebrantas* por fuerça, que non gela *abriese* nadi» (34). Otro tanto sucede en el *Quijote*: «Si a los oydos de los Principes *llegasse* la verdad desnuda, otros siglos correrian (II, 2, 8). Y que si le *pareciesse* que tenia juyzio le *sacasse*, y *pusiesse* en libertad (II, 1, 3). Quando yo *quisiesse* oluidarme de los garrotazos que me han dado, no lo consentiran los cardenales, que (II, 3, 11). Que no diran cosa por otra si *rebertassen* (II, 7, 23). Bonico soy yo para esso, mal me conoce: pues a fê que si me *conociesse*, que me *ayunasse*» (I, 25, 115).

Sólo cuando hay *amase* en la hipótesis, puede ir *amase* en la apódosis, como en los citados ejemplos. Es queja general que en estos últimos años ha cundido en España el uso de *amase* en la apódosis de las condicionales fuera del caso dicho. Efectivamente, se suele oír y leer: «si al menos hubiera tenido la cordura del silencio, *hubiese* conservado la vida», «yo te *hubiese* escrito si hubiera tenido ocasión». Cervantes hubiera empleado *hubiera* en la hipótesis y en la apódosis, en ambos casos. Que si le *pareciesse* que tenia juyzio le *sacasse*; y no siendo pasado conjuntivo, *amara*: Que *dixera* el señor Amadis, si lo tal *oyera* (II, 6, 20). Nótese bien la diferencia: en el primer ejemplo es puro conjuntivo ó subjuntivo, subordinado, se subentendiendo el *que*: *que le sacasse*; en el segundo es potencial, no subordinado á otro verbo, sin *que*.

La confusión que actualmente cunde entre *amara* y *amase*, fuera de las condicionales, es la causa de emplearse *amase* en la apódosis de las condicionales fuera del único caso en que se

ha empleado hasta ahora. Y esta confusión es de grandísima trascendencia para el castellano. No se trata de una palabra exótica que hiere más ó menos con desapacible dego los oídos de los puristas; trátase de dos formas verbales de vital importancia en la sintaxis castellana; mejor dicho, de tres, porque, como veremos, también el *amare* anda aquí en cartas.

A juzgar por la tendencia que arrastra á esa confusión, las formas en peligro son *amara* y *amare*, precisamente las más idiomáticas de nuestro romance y las de matiz más delicado. Es que no existen tales formas en francés. Son flores demasiado exquisitas para el gusto nivelador y cosmopolita de ciertas gentes, que quisieran reducir el habla á cuatro fórmulas breves comerciales, y para quienes el inglés de oficina es el ápice del ideal. Mal año para la estética del lenguaje, para la literatura. Pero no de sólo pan vive el hombre; y si los comerciantes sajones prefieren la brevedad seca y escueta de una fórmula, los meridionales han sido siempre artistas y han concedido al elemento estético del habla lo que se le debía conceder, si el hombre es algo más que un alcahalero ó que un trujamán. Si algo se nos da por el arte, debemos oponernos con todas nuestras fuerzas á que cundan entre nuestros escritores esas teorías cosmopolitas de lengua internacional, reducida á descarnados guarismos. Venga, nora buena, esa lengua para el comercio; pero déjenos para la literatura y para la vida nuestra rica y hermosa lengua castellana. Y para ello todos nuestros esfuerzos estarán muy bien empleados en desterrar el abuso, que hoy va cundiendo, de confundir *amara* con *amase* por una parte, y por otra estas dos formas con *amare*. Los americanos, á quienes achacan algunos el que vayan corrompiendo el castellano, pudieran con mayor razón achacárnoslo á los españoles en este y otros puntos.

*
* *

Hoy ponen los autores como sinónimos *amara* y *amase* como imperfectos de subjuntivo; es decir, subordinándose á

otro verbo, y correspondiendo al imperfecto y al pretérito de indicativo. Horrible confusión, que ha llegado ya al extremo de que ni los gramáticos la tengan por tal. En Cervantes, en los clásicos y en los monumentos más antiguos, yo no he hallado *amara* con semejante empleo. Sólo hay excepciones raras (*Cid*, 3319, 3591), y casi siempre en la apódosis de las condicionales, donde equivale á la acepción potencial que vamos á ver siempre en esta forma *amara*, y que puede compararse con «Si non errasset, *fecerat* illa minus» de Marcial (I, 22). Así en Berceo: «Si a Millan crouiessen, *ficieran* muy mejor» (*S. Mill.*, 288). Hoy se dice: «dijo *que vinieras*»; Cervantes diría: «dijo *que vinieses*».

Amara viene de *ama-ve-ram* = había amado, y este valor de pluscuamperfecto lo tuvo *amara* hasta el siglo xvii, en que cayó en desuso tal vez por emplearse en tantas otras acepciones. En Berceo: «Lo que les *prometiera* el padre verdadero Tardar non gelo quiso por al dia tercero» (*S. Dom.*, 370). En *Calila e Dymna*: entendio que el su saber non le tenia pro, pues que non *usara* del» (*Prólogo*). En esta acepción han vuelto á resucitarlo modernamente, y no lo tengo sino por muy loable, pues conviene á veces echar mano de esta forma breve, para la velocidad en la frase y para la poesía, en vez del compuesto *había amado*.

No así el empleo de *amara* por *amé*, *amaba*, *he amado*, confusión en que han caído algunos, sin que les valga el que antiguamente se empleó por el pretérito: «El padre le *echara* fuera, | que nada le huvo hablado, | A los dos *metiera* juntos... | Al Cid *metiera* el postrero» (M. PELAYO, *Antología*, VIII, 55). Emplear *amara* por todos los tiempos pasados de indicativo sería el caos.

*
* *

El empleo propio de *amara* es el de un *subjuntivo potencial*, que difiere de *amaría*, verdadero potencial de indicativo, en que, como toda forma de subjuntivo, siempre lleva envuelta la

idea de apreciación subjetiva, de la que carecen las formas de indicativo, las cuales anuncian el hecho objetivo sin apreciación alguna subjetiva. Por ser *amara* un *potencial*, conviene con *amaría*, y por eso dijo tal vez Cuervo (1) que se emplea en nuestros clásicos «en frases que pudiéramos llamar *potenciales*, en las cuales se representan los hechos como meramente *posibles*». Por ser *subjuntivo*, es decir, por llevar consigo la duda, el deseo ó cualquiera otra apreciación subjetiva, difiere *amara* de *amaría*, y en este sentido pudo añadir el mismo Cuervo que se emplea: (en frases...) «que son en cierto modo oraciones condicionales incompletas, por faltarles una hipótesis vaga, que varía según los casos». Digo que en este sentido, porque de otra manera no veo que tales oraciones lleven *hipótesis vaga* de ninguna especie, fuera del dudar, desear, etc., del carácter subjuntivo.

Véanse ejemplos con ese doble matiz de potencial y de subjuntivo, pero sin hipótesis alguna. En *Calila e Dimna*: «ca seríe atal como el mercadero perdidoso que vendio sus piedras por vidrio que non valia nada, é *podiera* haber del precio de las riqueza para en toda su vida» (c. 2). Aquí se está viendo cómo del valor de pluscuamperfecto sale el de potencial subjuntivo, *habia podido*, *hubiera podido* ó *podiera*. «E podriera *pesar*. «Non *debieras* tu decir cerca del pozo, pues yo habia de ir al caño (id.): *no debías haberme dicho*. «Desi temime que non *podiera* sufrir la su vida (de religioso), et que me tornaria á la costumbre» (id.). «Et que dejaria algunas cosas que tenia comenzadas et habria fechas ante de que *hobiera* galardón». En estos mismos ejemplos se halla la distinción entre *amara*, subjuntivo ó subjetivo, y *amaría*, indicativo ú objetivo.

Vengamos al *Quijote*: Assi es, dixo el Barbero, y *holgara* mucho saber, que trataran aora los dos (II, 2, 7). —En la manta no hize yo cabriolas, en el aire si, y aun mas de las que yo

(1) Bello-Cuervo: *Gramát. cast.*, 7.^a edic., nota 94.

quisiera (II, 3, 11).—Dizen algunos, que han leydo la historia, que se *holgáran*, se les *huuiera olvidado* a los autores della algunos de los infinitos palos, que (II, 3, 11).—Tambien *pudieran* callarlos por equidad (íd.).—Esso *fuera* hazer milagros (II, 3, 12).—Pero a buen seguro que el te *perdonara*, porque (II, 6, 20).—mas tal te *pudiera* hauer oydo, que no te *fuera* bien dello (íd.).—y cosas te *pudiera* yo dezir... que te *admiraran* (II, 6, 21).—venia tal el triste, que no le *conociera* la madre que le pario (II, 7, 23).—assi *pudiera* cantar el romance de Calainos, que todo *fuera* uno (II, 9, 31).—dize que *quisiera* passarle en silencio temeroso de que no auia de ser creido (II, 10, 32).—y quien os *viera* a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha (II, 10, 36).—y si ello es encantamento como v. m. ha dicho, no auia en el mundo otros dos a quien se *parecieran* (II, 16, 54).—Esso *tuuiera* yo por afrenta, mas que quantas *pudieran* dezirme (II, 31, 117). que en el particular de mi asno que no le *trocara* yo con el rozin del señor Lanzarote (íd.).—Al mismo Duque de Alua se la *quitara*, para darsela al señor maesse Pedro (II, 25, 96).—que persuasion *fuera* bastante para persuadirme que (II, 25, 97).—el sentido, que no se lo *sacara*, ni las *entendiera* el mismo Aristoteles, si *resucitara* para solo ello (I, 1, 1).—donde puso el amor toda la gloria que yo *acertara* a desearme (I, 24, 102).

*
* * *

Es muy propio *amara* de la apódosis de las condicionales, precisamente por esta potencialidad dependiente de la condición; pero de la apódosis pasó también á la hipótesis; al revés de *amase*, que de la hipótesis pasó á la apódosis: pero aunque *fuera* de mezcla, *cumpliera* mi palabra (II, 41, 154).—y sino lo *cumpliera*, me parece que *rebertara* (II, 41, 157).—y si yo *fuera* tan agorero como otros, tu pusilanimidad me *hiziera* cosquillas en el animo (II, 41, 154).

Con otra forma en la hipótesis, no hallo *amara* en la apó-

dosis; pero sí en la hipótesis, cuya apódosis tiene *amaría*, *había de amar*: Mira Sancho, yo bien te *señalaría* salario, si *huiera hallado* en alguna de las historias... exemplo (II, 7, 24). que si *huiera dicho* de mi cosas, que no fueran, muy de christiano viejo... que nos *avian de oyr* los sordos (II, 3, 12). *Amaría* no puede ir en la hipótesis, porque toda hipótesis subjuntiva lleva consigo el subjetivismo del que la enuncia; en cambio, *amara* cabe muy bien en los dos miembros.

He dicho que hoy *amara* equivale á *amase* en la acepción de subordinada subjuntiva de tiempo pasado. En el *Quijote* no hallo ni un solo ejemplo de *amara* en tal acepción y empleo, ni tampoco en los demás clásicos ni en los autores anteriores al siglo XVI. «De la apódosis pasó *amara* á la hipótesis, y de las oraciones condicionales á las puramente subjuntivas», dice Cervo. No son, pues, sinónimos *amara* y *amase*. En Berceo nunca se confunden, ni *amara* es subordinada subjuntiva, ni está en la hipótesis de tiempos imperfectos ó perfectos, es decir, pasados; en todos estos casos hay *amase* (LANCHETAS).

*
* *

En el subjuntivo optativo las formas *amase* y *amara* y sus compuestas indican lo inútil del deseo, cuyo cumplimiento ya no se espera: Y *pluguiera* á los altos cielos que el amor no me *tuuiera* tan rendido, y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta hermosa donzella *fueran* señores de mi libertad (I, 16, 57). Al revés, se espera como posible el cumplimiento del deseo, cuando se expresa con formas de presente-futuro: *Plegaos* señora de membraros (I, 2, 4).—A Dios *plega*, que esta llegue á vuestras manos (I, 27, 126).—Oy dia a tantos de tal mes, y de tal año tomô la possession desta insula el señor don Sancho Pança, que muchos años la *goze* (II, 45, 169).—*llore*, o *cante* Altisidora, *desesperese* Madama..., que yo tengo de ser de Dulcinea (II, 44, 168).

La forma *amara*, como subjuntivo optativo, indica pesar

de un hecho no cumplido, y no pende de otro verbo: es forma elegantísima: Pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaua las *Lagrimas de Angelica*. *Lloraralas* yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huiera mandado quemar (I, 6, 20).—que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. *Hablara* yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? (I, 19, 73): expresión aplicada por Covarrubias al «que viendo que se trata de su negocio, no alega de su justicia». Véase el Soneto: O quien *tuuiera* hermosa Dulcinea (VII), todo en optativo. En Berceo: «Mas plus seli *valiera* que souiesse quedado». (*Loor* 58.)

Con *amase*: y oxala *parasse* en ellos lo que amenaza esta auentura tan desuaturada (II, 68, 261): se subentiende *que*. Y *que no viesse* yo todo esso Sancho (II, 10, 36).

*
* *

El llamado futuro de subjuntivo *amare* y su compuesto *hubiere amado* no existieron en latín, y de las demás románicas sólo en portugués y en vácaco. Deriva del futuro perfecto subjuntivo *ama-ve-ro*. En castellano todos convienen en que también es subjuntivo y futuro, aunque no futuro perfecto. Lo han llamado algunos subjuntivo hipotético ó condicional; pero subjuntivos é hipotéticos ó condicionales son también *amase* y *amara*, además de que no siempre *amare* es condicional, ni pertenece á las oraciones condicionales. Futuro simplemente tampoco es, además de que el llamado presente *ame* es un futuro.

Como hipotético pide en la apódosis futuro de indicativo ó imperativo, ó presente de subjuntivo cuando sustituye al imperativo. En el *Cid*: «Si essa despensa nos *falleciere* o nos *menquare* algo, | Bien las abastad, yo assi uos lo mando» (258). En el *Quijote*: Y si yo no me *declarare* entonces podra enmendarme (II, 7, 23).—si alguna cosa *faltâre*, y si *fuere* necesidad seruir a tu magnificencia de escudero, lo tendrê a felicissima

ventura (íd.).—si tu me los *relatares*, como ellos fueron, sacare yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon (II, 10, 32).—si acaso *viniere* a verte, quando estês en tu insula alguno de tus parientes, no le desheches (II, 42, 160).—Si *truxeres* a tu muger contigo... enseñala, doctrinala (íd.).—Si acaso *enwiudares* (cosa que puede suceder) y con el cargo *mejorares* de consorte, no la tomes, tal que (íd.).—Quando *pudiere* y *deuiere* tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente (II, 42, 160).—Si acaso *doblares* la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiua, sino con el de la misericordia (íd.).—si ella *fuere* de tanta hermosura como significays, de buena gana... confessaremos la verdad (I, 4, 13).

Comparado con *amara*, se ve que en éste lo condicionado puede ó pudo ó podría ser, de verificarse la condición; pero que ésta no se verificó, ó no se verificará. En cambio, con *amare*, lo condicionado se espera y supone como cierto, dado que se verifique la condición, la cual por su parte no se supone que haya de verificarse ó dejar de verificarse. Es decir, que la condición es puramente hipotética con *amare* y negativa con *amara*, así como es positiva con indicativo. Son las tres clases de condicionales castellanas. En *amara* se trasluce su origen de pasado, en *amare* la contingencia propia de lo futuro, y de lo futuro precisamente no conocido, y que no está en nuestra mano. Compárense. Indicativo: Si por buena fama, y si por buen nombre *va* solo v. m. *lleua* la palma a todos los Caualleros Andantes (II, 3, 10).—mas si v. m. *quiere* saber todo lo que ay..., yo le *traere* aqui luego al momento quien se las diga (II, 2, 9).—si â ti te *mantearon* una vez, â mi me *han molido* ciento (II, 2, 8). Con *amara*: si yo *fuera* tan agorero como otros, tu pusilanimidad me *hiziera* algunas cosquillas en el animo (II, 41, 154).—Mala Pascua me *dê* Dios..., si le *trocara* por el (II, 13, 44). Con *amare*: si tu me los *relatares*... sacare yo (II, 10, 32).

Por la misma idea de contingencia pura, no puede emplearse nunca *amare*, cuando pende de otro verbo, es decir, cuando

había de ser puro subjuntivo ó conjuntivo. No cabe decir *dudo que viniere*, como se dice *dudo que venga* ó *dudé que viniese*. Por consiguiente, hay un caso en que la tercera clase de condicionales, la de pura hipótesis, no puede llevar *amare*, y es cuando la oración condicional pende de otra ó por la idea tiene que ser subjuntiva: en este caso se emplea *amase*: Y pareceos que fuera acertado, y bien hecho que si los del Toboso *supiessen* que estays vos aqui con intencion de yr a sonsacarles sus Princessas... *viniesen* y os *moliessen* las costillas a puros palos, y no os *dexassen* huesso sano? (II, 10, 33).—quiero que sepas, que si a los oydos de los Principes *llegasse* la verdad desnuda... otros siglos *correrian* (II, 2, 8).

* * *

Véase ahora *amare* fuera de las condicionales, siempre como un futuro contingente: En verdad te digo, que de todo aquello que la muger del juez *recibiere*, ha de dar cuenta el marido en la residencia uniuersal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no *se huuiere hecho* cargo en la vida (II, 42, 160).—Al culpado que *cayere* debaxo de tu juridicion... y en todo quanto *fuere* de tu parte... muestratele piadoso (íd.).—Toma con discrecion el pulso a lo que *pudiere* valer tu oficio (II, 43, 161).—uno ha de ser el mejor, y del que *abatieres* seras aborrecido, y del que *levantares* en ninguna manera premiado (íd.).—teniendo yo el mando, y el palo haré lo que *quissiere* (íd.).—el bien que *viniere* para todos sea, y el mal para quien lo *fuere* a buscar (I, 20, 77).—o haz lo que *quisieres*, que yo hare lo que *viere* que mas viene con mi pretension (I, 20, 77).—acabe norabuena donde *quisiere* (I, 20, 79).—de lo que acerca desto les *huuiere sucedido* (II, 11, 37).—Assi que de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto, y trabajo en que me *dexares*, gozando del bien que me *truxeres* por cuerdo, o no sintiendo el mal que me *aportares* por loco (I, 25, 109).

Pero hay un modismo propio de la forma *amare*, fundado

precisamente en este valor de *futuro contingente* desconocido, y es el de las oraciones concesivas: dude quien *dudare* (I, 50, 193): es decir, quienquiera que sea el que quiera dudar.—sea quien *se quisiere* (II, 59, 228).—lleguen por do *llegaren* (II, 60, 229).—sea lo que *fuere* (I, 34, 173).—se puso a escriuirla: salga lo que *saliere* (II, 3, 12).—sease ella señoría, y venga lo que *viniere* (II, 5, 17).—pero vengan sobre lo que *vinieren*, ellas vienen lo mas galanas señoras del mundo (II, 10, 34).—pese a quien *pesare* (II, 7, 25).—sea el que *se fuere* (I, 16, 54).

Esta contingencia futura, este valor de concesión por desconocerse la cosa, dándose tan sólo como posible, indican que esta forma es potencial, y la más potencial, la de lo puro contingente: es, pues, *un subjuntivo futuro potencial ó contingente*.

Tal es la razón de que no esté bien empleado *amase* por *amare*, cuando se trata de lo futuro. Es un solecismo decir: «si *hubiese* teatro esta noche, iré»; «si *hubiese* llegado mañana Fulano, iré á verle»; debe decirse: «si *hubiere* teatro» ó «si *hay*», «si *hubiere* llegado»; pues se trata de futuro, no de pasado, que es lo que indican *hubiese* y *hubiese llegado*. Ya hemos visto el único caso en que se debe emplear *si amase* como condicional, cuando pende de otro tiempo, que es cuando no se dice *amare*.

Conviene repetir el principio práctico de Bello (470): «Siempre que á la forma en *ase*, *ese* vemos que consiente la lengua sustituir la forma en *are*, *ere* (acerca de lo cual no cabe error en los que tengan por lengua nativa la castellana), podemos estar seguros de que esta segunda es la forma propia». Porque *amare* sólo cabe en el futuro potencial, cuyo dominio le quiere usurpar hoy el *amase* pasado, con grave perjuicio de nuestra lengua.

Hemos visto que *amase* está hoy malamente desposeyendo á *amara* y á *amare* de sus propios lugares. Este hecho es una corruptela, que nos pueden echar en cara los americanos á los españoles, en cambio de las que nosotros les achacamos. Los delicados matices de *amara* y *amare* están en vías de desapa-

recer. Yo me barrunto que la culpa está en que el francés no tiene estos tiempos, y que los malos traductores y los que piensan en francés al hablar en castellano, se atienen al *amase* de munición, por no conocer bien los resortes que posee nuestra lengua. Añádase á esto la deficiencia de nuestros estudios gramaticales. En pocas gramáticas se deslindan bien los valores de estas formas, y la nomenclatura imperfectísima con que son llamadas perpetúa la ignorancia y aun la canoniza. Poniendo *amara* y *amase* como *imperfectos de subjuntivo*, nadie duda de que pueden emplearse indistintamente; llamando á *amare* futuro ó condicional, queda confundido con otros tiempos. Pero ¿quién ha deslindado hasta hoy las clases de las oraciones condicionales? Que yo sepa, nadie: en Bello este campo es un berenjenal; en otros, un desierto.

JULIO CEJADOR

LOS DUQUES DE RIVAS

ANGEL Y ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA, COMO POETAS

Angel Saavedra, Duque de Rivas.

Nació Angel Saavedra en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres los Excmos. Sres. D. Juan Martín Ramírez de Saavedra, duque de Rivas, grande de España, y doña María Dominga Remírez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. No fué D. Angel primogénito, por lo que no le correspondían los títulos y mayorazgos que llevó y poseyó por muerte de su hermano, acaecida el 12 de Mayo de 1834. Educado primero en su patria, que lo había ya sido de Séneca y Lucano, Averroes y Aviara, Juan de Mena y Góngora, pasó después á Madrid, al Real Seminario de Nobles. Guardia de Corps en 1807, luchó durante la guerra de la Independencia como bravo, y herido gravemente en Ocaña, salvado por milagro de una muerte cierta, marchó al lado de su madre á Córdoba; se repuso, volvió á la campaña, fué encargado del negociado de Estado Mayor, y como tal escribió unas curiosas relaciones de la guerra. Votó como diputado en las Cortes del 20 al 23 la incapacidad de Fernando VII, y condenado á muerte, emigró, hasta que la famosa amnistía de Cristina le abrió las puertas de España.

Presidente del Consejo de Ministros, embajador de España en París; pintor, para ganarse el sustento, en Malta y Orleans; condecorado con el Toisón de Oro, la Legión de Honor y otras

cruces extranjeras; caballero de Malta, director de la Real Academia Española, presidente de la de Bellas Artes de San Fernando, individuo de número de la de la Historia... todo esto hizo y todo esto fué el tercer duque de Rivas.

Mentira parece tuviera tiempo para escribir, y, sin embargo, fué valiente soldado, hábil pintor y distinguidísimo poeta.

Murió el 22 de Junio de 1865, en Madrid, y está enterrado en Rivas, aldea junto al Jarama, señorío antiquísimo de su familia, que poseyeron sus ascendientes Gracián Ramírez, fundador de la iglesia de Atocha; el famoso Francisco, conquistador de Málaga y marido de doña Beatriz Galindo, *La Latina*, maestra de Isabel la Católica, y el no menos célebre D. José Ramírez de Saavedra, segundogénito del conde de Castellar, y primer marqués de Rivas, por Felipe IV.

Dejó nueve hijos, cinco varones y cuatro hembras, todos de su único matrimonio con Encarnación Cueto, hermana del primer marqués de Valmar.

Enrique R. de Saavedra, Marqués de Auñón, Duque de Rivas.

D. Enrique Ramírez de Saavedra y Cueto, primogénito varón del tercer duque de Rivas, nació en Malta durante el destierro de su padre, el 13 de Septiembre de 1828. Estudió la carrera de leyes en Sevilla y en Madrid; graduóse de abogado, y antes se dió á conocer como poeta con el título de marqués de Auñón, que le cedió su padre en 1850, y que ilustró en el siglo xvii el gran D. Rodrigo de Herrera,

Insigne en letras y en virtudes claro,

como escribe Cervantes en su *Viaje del Parnaso*.

Concejal del Ayuntamiento de Madrid, teniente alcalde, diputado á Cortes el año de 1857, figuró algo en política; pero más aficionado á las letras, ingresó en la Real Academia Española á la muerte de D. Agustín Durán, siendo hoy el segundo

de los académicos desde el reciente fallecimiento de su consuegro D. Juan Valera, que ocupaba ese lugar inmediato al del nonagenario conde de Cheste.

El general Narváez, que le apreciaba mucho, le envió á la corte de Víctor Manuel, para contenerle en sus miras ambiciosas y usurpadoras de los derechos de la Santa Sede; pero la Revolución de Septiembre de 1868 le obligó á dimitir su cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del rey de Italia.

De Florencia fué á París al lado de doña Isabel; aconsejó su abdicación; acompañó al príncipe de Asturias, luego Alfonso XII, en su visita á Pío IX, y con él desembarcó en Barcelona el año 75. Cánovas le ofreció la cartera de Estado, que rehusó; y elegido senador por Madrid, fué nombrado senador vitalicio. Coronó á Zorrilla en Granada.

Es gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, gran cruz y collar de Carlos III y caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro.

Vive en Madrid, casado con una hermana del marqués de Montelo, de la que le viven dos hembras, doña Consuelo y doña Clemencia, marquesa de Villasinda.

Ha publicado tres tomos de poesías, uno de *Historias novelescas*, dos de *Cuadros de la fantasía y de la vida real*, y otras obras sueltas, entre ellas su autobiografía, inserta en el número de *Gente Vieja* correspondiente al 30 de Marzo de 1905.

*
* *

De mano maestra—como él sabe hacerlo—indicó nuestro incomparable Menéndez Pelayo la diferente índole literaria de los dos duques de Rivas (padre é hijo), al escribir en el Prólogo á la segunda edición de las poesías de otro noble prócer, pariente de entrambos, el marqués de Heredia, las siguientes palabras: «Limitándonos ahora á las bellas letras, baste recordar al duque de Rivas, el más español de todos los ingenios de esta Era, el de más lozana, generosa y simpática inspira-

ción; á su hijo, poeta tan *subjetivo, delicado y soñador* como fué su padre *objetivo y legendario*».

Resplandece, en efecto, el más puro españolismo, el amor más ferviente y desinteresado á la tierra en que nació, en las hermosísimas producciones de D. Angel Saavedra. Y es tanto más significativo este amor, cuanto que el insigne autor de *Don Alvaro* no pudo gozar la quietud y sosiego de una vida tranquila, no pudo

*dormir anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba,*

como diría Lista, su gran amigo, sino que las vicisitudes de la política y el nobilísimo amor del Duque á la libertad, en sus años mejores, y el deseo de premiarle tantos sacrificios en la madurez de su vida, le mantuvieron alejado de su España querida, y especialmente de las dos poblaciones de ella que parece haber amado con mayor pasión: Córdoba y Sevilla. Y ensancha el alma de los que nos honramos con haber nacido en España ver al pie de los Romances del *Moro expósito* la indicación de las poblaciones extranjeras (Malta, París, Tours) en las que sucesivamente fué desarrollando la narración hermosa de su poema legendario, y el pensar que la ausencia del nativo terruño producía en aquella alma tan poética y tan noble el mismo efecto que, según nuestro cantar, produce el aire en los grandes incendios. Este españolismo suyo le llevó á ser el cantor de las grandes figuras de nuestra Historia: de D. Pedro I de Castilla, de D. Alvaro de Luna, de la gran Reina (ó Rey, como diría nuestro Cavanilles) Isabel la Católica, del gran Carlos I, de su hijo D. Felipe, de su biznieto *El ingenio de esta Corte*, de San Francisco de Borja, de D. Antonio de Fonseca, de don Alonso de Córdoba, del conde de Benavente, del de Villamediana, de D. Juan Enríquez de Lara, tan simpático en su vida como desgraciado en su trágica muerte, y del gran Castaños. Este españolismo le llevó á dedicar al *Moro vengador de su linaje*, al insigne Mudarra, el más extenso de sus poemas. Este

españolismo palpita en todas sus obras, si se exceptúa una pequeña parte de sus composiciones líricas inspiradas en el eterno tema del amor, igual en todos los tiempos, lugares y climas, y en los que dió rienda suelta aquella alma vehemente á las dulcísimas impresiones de pasión tan humana.

Este españolismo, finalmente, le llevó á ser poeta objetivo y legendario.

Para demostrar este carácter en las Poesías del duque de Rivas, sería preciso citarlas íntegras casi todas. Copiemos, sin embargo, algunos trozos, sin trabajo ninguno, pues en huerto repleto á poca costa se llenan las cestas de frutas sabrosísimas.

Léase, por ejemplo, este retrato de nuestra gran Reina Católica:

En un camarín pequeño,
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
Enfrente de un oratorio
De concha, nácar y bronces,
Donde la imagen brillaba
Del Redentor de los hombres;
Y á la luz de dos bujías,
De aquel breve cielo soles
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;
Sentada en la regia silla,
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y León, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado
 Con castillos y leones
 De perlas, esmaltes y oro
 En recamadas labores,
 Era su traje. En su pecho
 Brillaban, como en la noche
 Los luceros rutilantes,
 Las cruces que en los pendones
 De las órdenes guerreras
 Son de la victoria norte.
 Y de flamencos encajes
 Que regia diadema coge,
 Una delicada toca
 Ornaba su rostro, donde
 Formando un todo divino
 De altos celestiales dotes,
 El más claro entendimiento,
 La virtud más pura y noble,
 El esfuerzo más gallardo
 Resplandecían conformes.

No es menos hermoso el retrato de su nieto el emperador
 y rey. Es el cuadro de Tiziano, puesto ante nuestros ojos por
 la magia del verso:

En una anchurosa cuadra
 Del alcázar de Toledo,
 Cuyas paredes adornan
 Ricos tapices flamencos;
 Al lado de una gran mesa
 Que cubre de terciopelo
 Napolitano tapete
 Con borlones de oro y flecos;
 Ante un sillón de respaldo
 Que entre bordado arabesco
 Los timbres de España ostenta
 Y el águila del Imperio,
 De pie estaba Carlos quinto,
 Que en España era primero,
 Con gallardo y noble talle,
 Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de Oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero,
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnosos cuello.

No es menos hermoso, aunque esté trazado con menos cariño hacia el personaje, el de Don Felipe el Prudente. Hay en este retrato más de Quintana que de Sánchez Coello.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;
Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecían;
Otras, vagos, indecisos
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditación continua,
Huellas de ardientes pasiones,
Mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello
Y barba pobre y mezquina,
Le daban á su semblante
Expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido,
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toisón de Oro la insignia.

¡Qué movimiento y qué vida hay en este trozo en que se describe el que presenciaban los sevillanos del siglo XVI el día en que Hernán Cortés zarpó de sus orillas!

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró la vista:

Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas,
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas,

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cría,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia,

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías,
Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frailes, legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tías;

Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algarabía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

La misma pluma que con tal bizarría y movimiento trazó este cuadro, supo encontrar modo de hacer llegar al alma del lector este otro, describiendo el gran desengaño que trocó en el austero San Francisco de Borja al distinguido cortesano que se llamó marqués de Lombay:

La obligación y el respeto
Que al regio cuerpo se debe

Pronto al prelado, cabildo
Y caballeros compelen
A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al marqués llaman. Mas éste
Ni ve más que un desengaño,
Ni oye más que una solemne
Voz del cielo; ó ya es un tronco
Que ni ve ni oye ni siente.

Un su gentilhombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece
Que está abrazado de un roble
Que raíz profunda tiene.

En esto un paje la tapa
Del féretro, de repente
Cierra, con cuerdo discurso
Porque aquella infección cese.

Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces,
Cerraduras y batientes,

Tiembla el marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentilhombre
Flojo y desplomado viene.

Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.

En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve,

Se pone en pie, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste

Bóveda la clava y dice
 Con acento tan ferviente
 Y una expresión tan sublime
 Que hasta las piedras conmueve:
*«No más abrasar el alma
 Con sol que apagarse puede;
 No más servir á señores
 Que en gusanos se convierten.»*

Hermosísimo es aquel pasaje del romance *Recuerdos de un grande hombre*, en el que después de pintarnos á Colón y á su hijo llegando al convento de la Rábida, dice el Duque:

Fray Juan Pérez de Marchena,
 Guardián entonces por dicha,
 Junto á los viajeros pasa
 Volviendo de decir misa;
 Y curioso contemplando
 Su apariencia peregrina,
 Informóse del socorro
 Que cortésmente pedían.

Y por un secreto impulso
 Que en favor de ellos le anima,
 Inspiración de los cielos
 Que su nombre inmortaliza,

O porque era religioso
 De caridad y de eximia
 Virtud y muy compasivo
 Con cuantos allí venían,

A aquellos huéspedes ruega
 Que en su pobre celda admitan
 Parte de su escaso almuerzo
 Y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite;
 Y por la escalera arriba,
 El religioso delante

Y el hijo y padre en pos iban,
 Formando un sencillo cuadro
 Cuyo asunto ser dirían
 El talento y la inocencia
 Con la Religión por guía.

¡Hermoso símbolo de aquella época, en que *el talento* de Don Fernando de Aragón y *la inocencia* de la incomparable Isabel de Castilla eran guiadas y conducidas á empresas épicas por nuestra Religión sacrosanta!

Los estrechos límites que su índole impone á este trabajo impiden cosechar en el largo é interesante poema del *Moro Expósito* algunas de las muchas descripciones bellísimas que le amenizan. Sólo citaré dos que parecen completarse. Es la primera aquella terrible en que el buen señor de Salas, Gonzalo Gustios, recibe el trágico regalo que le ha preparado el malvado Giafar:

Sí; el noble Lara, el desdichado padre,
Vió de sus siete hijos las cabezas
Encima del bufete, en una fila,
Y por orden de edad, ¡ay triste!, puestas.

Aunque desfiguradas y espantables
Cual de lejos traídas y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras,
Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situación horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

Un esclavo que, oculto allí con otros
Por orden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel día
Hasta las circunstancias más pequeñas.

Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza;
Luego un temblor ligero, imperceptible,
Apareció en sus miembros, y en violenta

Convulsión terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luego
Los tiernos hijos á nombrar comienza,
Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez ¡ay! su respuesta:
¡Diego!... ¡Martín!... ¡Fernando!... ¡Suerol!... ¡Euricol!...
¡Veremundo! ¡Gonzalo!; y cuando llega
A este nombre dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,
Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido fuego fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva
A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez, sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra.
Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

Otra es aquella escena admirable en que, llegados Muddarra y Zaide á la presencia de Gonzalo Gustios, éste oye y abraza á su hijo, que viene á vengar el honor de la familia, no pudiendo verle por la ceguera que padecía.

En conjeturas varias divertido,
Aun Lara estaba en su sillón de roble,
Disfrutando con Nuño y rodeado
De escuderos y armados servidores;
Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse, cauto, se dispone;
Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pie, cuando en desorden

Ante él la mora y castellana gente
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: —Ese es tu padre;
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y, absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.

No había terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó ¡¡padre!!, y, prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo, conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí rompe:
—¡Oh Zaide!... ¡oh bienhechor!... ¡oh tierno amigo
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble,

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos mozos la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,
Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego, reconoce

Toda su dicha, y, embargada el alma,
En el sillón, sin fuerzas, derribóse...

Estos cortos fragmentos, copiados al azar del tesoro poético del duque Ángel, dan una idea ligerísima, pero exacta, de lo que fué aquel pintor inmortal en verso castellano, aquel en cuyas obras reviven, para no morir nunca, pasajes de nuestra historia nacional, que si hoy la crítica relega algunos de ellos á la poética región de las leyendas, vivirán eternamente en la memoria y en el alma de nuestro pueblo, mientras sea nuestra lengua el habla hermosa de Cervantes y de Lope.

*
* *

Pasar de las obras del duque Angel á las del duque Enrique es descansar de las fatigas de un largo viaje después de contemplar hermosos panoramas y de codearnos con toda suerte de gentes en el primorosísimo gabinete de alguna dama tan ilustrada como aristocrática. Ese efecto nos ha hecho siempre; y cuenta que es impresión que hemos recibido con frecuencia, pues no sabemos dejar de las manos unas y otras composiciones.

El alma del duque Enrique es una de esas privilegiadas y superiores que repelen de sí todo lo que sea tosco ú ordinario. Por eso es poeta *subjetivo*, y sólo pueden entenderle las almas soñadoras y delicadas. Los versos de su padre pueden gustar (y de hecho gustan) á toda clase de gentes; los suyos son letra muerta para ciertos entendimientos positivistas ó para ciertos paladares atrofiados con el bodrio intelectual que hoy (con raras é ilustres excepciones) se sirve en los periódicos y folletos. Por eso, críticos tan insignes como Valera (verdadero hombre del Renacimiento, por la delicadeza de su finísimo gusto, y verdadero hombre de su siglo, por abarcar como nadie toda la producción poética moderna) encomian y gustan mucho de las pocas pero bellísimas poesías que forman el tesoro del simpático y cultísimo duque.

Cuatro son, en opinión de Valera, las mejores composiciones de aquel poeta: *El canto de la sirena*, *El beso*, *Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* y *Dos ángeles*. Nosotros añadiríamos á éstas *A un árbol*, *Humo y ceniza*, *El zapato* y la campoamoriana *Juramentos de amor*.

El principio de *El canto de la sirena* no puede ser más dulce ni más poético:

Ya asoma la luna
Por la cumbre del monte vecino,
Su rostro divino
Refleja en la mar.
Mi Delio reposa
En su barco, que envuelve la bruma,

Y ya puedo, cantando amorosa,
Batiendo la espuma,
Su sueño arrullar.

¡Bendita la noche,
Y benditos los tibios fulgores
Del astro de amores
Que argenta tu sien!
Entre olas levanto
Mi cabeza á su lumbre indecisa,
Y suspenden, si entono mi canto,
Su arrullo la brisa,
La mar su vaivén.

En *El beso* están templados los ardores de la pasión con la delicadeza de una versificación elegantísima, no cayendo en lo que hace temer el título.

No apartes de mí los ojos,
Que en mi amorosa locura,
Ni quiero causarte enojos
Ni mancillar tu hermosura.

El aura besa la flor,
Y su cáliz queda ileso;
Que no es afrenta al honor,
Laura, un beso.

.....

De vagas tintas suaves
Se reviste el horizonte;
Ya apenas cantan las aves,
Ya se hunde el sol tras el monte.

Cesa el tumulto del día,
Y yo de amarte no ceso:
Dame, por Dios, Laura mía,
Dame un beso.

Aunque el soberbio escenario que inspiró al poeta *La contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* pudiese hacer sospechar á quien no le conoce que se extasiaba demasiado en la contemplación del panorama que ante sus ojos tenía, bien pronto le advertirá el final de que lo que principalmente quie-

re mostrarnos es el estado de su espíritu en aquella noche tan poética.

Plácida noche, tu piadoso manto
Cubra mi pequeñez: no en mente humana
La excelsitud de tu misterio cabe;
Mas tu sosiego y paz, tu dulce encanto,
Mi triste corazón comprender sabe.
Bañad, bañad mi frente,
Astros con que la noche se engalana:
Polvo seré mañana
Que esparcirá en sus ráfagas el viento.
Mas vosotros, del vasto firmamento
Diadema prodigiosa,
Bellos faros de lumbre misteriosa
En esos insondables oceanos,
Mientras el orbe aliente
Gloria seréis de Dios omnipotente,
Y asombro de los míseros humanos.

Ese mismo sentimiento subjetivo y personal late en la fantasía *Dos ángeles*, con acentos tan sentidos como bien expresados:

Todo, sombras quiméricas
Que en torno de mi frente
Giran; mundo fantástico
Rodando por mi mente
En loca confusión,
O recuerdos dulcísimos
De tiempos que pasaron,
De celestiales ámbitos
Que mis alas cruzaron,
Vagos sonos angélicos
Que aun sueña el corazón.

Místico sér, purísima
Emanación del cielo:
Si tu mirada fúlgida
Es iris de consuelo,
Mi espíritu sostén;

Perdido en negro piélago,
 Abismos sólo alcanza;
 Vuélvele tú benéfico
 La luz de la esperanza
 Y con la blanca túnica
 Al fin toca mi sien.

El duque de Rivas sabe poetizar hasta aquellas acciones que al parecer distan más de la Poesía; oídle cómo sueña después de sabrosa comida.

Fumaba yo tendido en mi butaca,
 Cuando al sopor de plácido mareo,
 Mis sueños de oro realizarse veo
 Del humo azul entre la niebla opaca.

Mas ni la gloria mi ambición aplaca,
 Ni hallo dicha que colme mi deseo,
 Hasta que al fin por el ambiente creo
 Verte mecida en vaporosa hamaca.

Corro hacia ti, mi corazón te invoca:
 Y cuando el fuego del amor me hechiza,
 Y van mis labios á sellar tu boca,
 De ellos ¡ay! el cigarro se desliza;
 Y sólo queda de ilusión tan loca
 Humo en el aire y á mis pies ceniza.

Bien quisiera que los trozos de obras del duque Enrique que acabo de citar fueran incentivo, en quien no las conoce, para que las leyera y saboreara.

*
 * *

Parece que al comparar y diferenciar las obras de uno y otro poeta ha de inclinarse el ánimo hacia alguna de las dos tendencias, y considerar inferior al que descuelle en el campo opuesto. Felizmente, no es este el caso. Gran deleite pueden dar á nuestra alma las páginas históricas ó legendarias que con áurea pluma nos dejó el duque Angel; pero deleite no menor proporcionarán las páginas íntimas y personales que con tanta lealtad como elegancia presenta su hijo. Los sentimien-

tos heroicos, guerreros y patrióticos se vigorizarán en nosotros si saboreamos con frecuencia las composiciones del autor de *El Moro Expósito*; los dulcísimos, amorosos, tiernos y delicados se refrescarán y adquirirán nueva lozanía con la lectura de las obras del autor de *El Canto de la Sirena*.

No olvidemos que, según dijo D. Aureliano Fernández Guerra, «los grandes ingenios... á veces se completan, nunca les son embarazo, sino compañía» (los unos á los otros). Y con frase hermosísima amplió este pensamiento nuestro Menéndez Pelayo, escribiendo en su estudio sobre *Enrique Heine* estas palabras: «Muchas puertas llevan á la encantada ciudad de la fantasía; no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu».

NARCISO JOSÉ DE LIÑÁN Y HEREDIA

Madrid, Abril de 1905.

LA SÍLABA

I

MONSIEUR JOURDAIN había estado hablando cuarenta años *en prosa* sin saberlo.

En esta época de los llamados en la jerga literaria analfabetos, es ya dar un gran paso hacia adelante el hablar de

las sílabas

cuando hay tantos casi personajes que han estado toda su vida descomponiendo en sílabas las palabras sin percatarse de lo que hacían.

Pero, entremos en materia.

Con sólo un poco de atenta práctica puede cualquiera observar que, para pronunciar cada una de las cinco vocales, hay que dar á los órganos de la palabra una posición especial; y que la respectiva vocal no suena si la posición es diferente.

Diga quien quiera

a — u

o — u

e — u

i — u;

y, sin ningún esfuerzo, echará de ver, poniendo una mano en las mejillas, que los órganos, desde la posición necesaria para la *a*, pasan á otra muy diferente para decir *u*; y que lo análogo sucede para pronunciar las otras combinaciones propuestas de vocales,

o u, e u, i u,

y las demás que quieran asimismo examinarse:

e a, e o, e u, etc.

Así, pues, por apropiados movimientos de la lengua, los labios, los carrillos, la laringe (bien que éstos no se ven, pero con un poco de práctica llegan á sentirse)... los volúmenes de aire contenidos dentro de las cavidades de la boca, toman las dimensiones necesarias para reforzar el número de las vibraciones especiales productoras de cada vocal.

Claro es que sin los admirables é ingeniosísimos aparatos de medida inventados por los físicos, habría sido imposible determinar la índole de los sonidos de la palabra; pero, por fortuna, ya no es posible dudar de la naturaleza científica de esos sonidos.

La esencia de las vocales está en ser vibraciones isócronas de carácter pendular. Y no vibraciones cualesquiera, sino vibraciones especiales de las llamadas hipertonos (*harmoniques* de los franceses), reforzadas por el aire contenido en volúmenes adecuados dentro de las cavidades de la boca y de las cavidades adyacentes.

Para la *u*, por segundo, 470 vibraciones simples.

»	»	<i>o</i> ,	el doble,	940	»	»
»	»	<i>a</i> ,	»	1.880	»	»
»	»	<i>e</i> ,	»	3.760	»	»
»	»	<i>i</i> ,	»	7.520	»	»

Cada vocal exige, pues, posiciones distintas de los órganos de la fonación; y, según lo antes indicado, resulta fácil adquirir la certeza de que cada vocal requiere, para reforzar las vibraciones que la producen, un volumen especial del aire contenido en la boca.

II

Hasta aquí no aparece dificultad notable.

Pero la importancia que entraña la teoría de la fonación, y, sobre todo, la de las vocales, exige el estudio detenido de

otros fenómenos de índole muy distinta: esto es, de las SUCESIONES de los sonidos.

1.º Ya sin soluciones de continuidad.

2.º Ya con ellas.

Desde una posición de la boca propia para pronunciar una vocal, puede en muchos casos pasarse, sin solución de continuidad, á otra posición adecuada para pronunciar otra vocal, como, por ejemplo,

en los diptongos AU, AI de *aura* y *aire*;
 en los triptongos UEI, UAI de *buey*, *averiguáis*;
 en los tetraoptongos IOAI, IOAU de los endecasílabos

Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora;
 Del quinto Carlos el palacio AUGUSTO;

y en el clásico pentaptongo IOAEU del verso

Volvió á Eurídice el misero los ojos;

etc., etc.

Asimismo, sin solución de continuidad, puede pronunciarse una consonante (por ejemplo, cualquiera de las *bien* ó *mal* llamadas explosivas, P, B, M...) á cuya articulación siga una vocal:

pa, pe, pi, po, pu;
 ma, me, mi, mo, mu;
 mi mamá me mima; etc.

Estando la boca cerrada, como es necesario para pronunciar una consonante labial explosiva, se separan de golpe los labios, como sea conveniente, para pronunciar

la P, la B, la M,...

y á esta articulación, sin parada ninguna, sigue la vocal correspondiente.

Por último: también sin solución de continuidad, puede en muchos casos pasarse desde la posición necesaria para pronunciar una vocal á la enunciación de una explosiva, como sucede en

APTitud, silePSIS, eclIPse, óPTica, abRUPTo,
EMPEzar, EMBestir,...

en donde la boca, desde las posiciones convenientes para pronunciar las vocales

a, e, i, o, u,

se cierra seguidamente para que resulte la pronunciación de

ap, ep, ip, op, up, ...
em, ...

La *p* es consonante labial que no puede pronunciarse sin cerrar los labios; y, claro es que, cuando los labios se cierran, cesa de haber sonido.

La misma oclusión repentina se verificará si á una vocal siguiese cualquiera de las consonantes que (como la *p*) se llaman explosivas; v. gr.:

AB-rogar,
SUB-rayar,
HIM-no,
GIM-nasia,
EM-pezar,
EM-bestir, ... etc.

III

Y ya nos encontramos aquí con el fenómeno de la *solución de continuidad*, de cuyo examen no es posible prescindir en la determinación de las sílabas, por más que las pausas nada tengan que ver con los sonidos; pues no puede haberlos mientras haya pausas.

Cuando decimos

ap, ep, ip, op, up,

es evidente que, después de cerrados los labios, hay un instante de parada en que cesa todo sonido de los órganos de la fonación.

Esto tiene necesariamente que suceder cuando se trata de articulaciones que no pueden ser duraderas, como las de la *b*, la *p*,... y las de otras consonantes que requieren el contacto instantáneo de ciertos órganos, ya para iniciar, ya para finalizar una sílaba, ó ya para ambas cosas á la vez.

La rapidez con que hablamos, ó más bien nuestra falta de hábito en notar estas carencias momentáneas de sonido, nos inhabilita casi para percibir las.

Pero el raciocinio (cuando no nuestra sensibilidad) nos convence de que, sin remedio, existen estas pausas y sus consiguientes instantes de cesación de sonido.

En toda oscilación de un péndulo, éste, en la segunda mitad de su marcha, camina hacia arriba con velocidad decreciente hasta la parte más alta de su curva, donde se queda un instante EN QUIETUD para luego descender con velocidad creciente hasta la parte más baja de la misma curva, desde donde, en sentido contrario, asciende para volver á PARARSE y descender de nuevo, etc.

Estas PARADAS pendulares no se perciben con los ojos, pero ¿habrá alguien que no se vea obligado á concebirlas? Y análogamente, ¿habrá quien no admita la cesación de todo sonido cuando los órganos de la fonación cesan de funcionar, por breve que sea el tiempo de parada?

No obstante, á veces, las pausas silábicas se notan sin dificultad, si la recitación se hace muy despacio:

SUB-ra-yar,
AP-to,
OP-to,
PROS-PEC-TO,
EM-pie-za,
EM-bis-te,

mi ma má me mi ma.

En este último ejemplo, pronunciado el primer *mi*, se juntan los labios para pronunciar el primer *ma*; pronunciado éste, vuelven á juntarse para enunciar el segundo *ma*; etc.

SUB-ro-gar,
SUB-REP-ti-cia-mente, etc.

Las pausas en los versos son paradas á veces muy perceptibles:

him-nos-sin-fin-al-bien-he-chor-del-mun-do.

Aquí morirá Sansón ||
con todos sus filisteos; ||
él || por amigo de Dios, ||
y por enemigos || ellos. ||

Esta cuarteta será todo lo mala que se quiera, pero las pausas se perciben perfectamente en ella.

IV

Las sílabas nacen de esta necesidad de que á las emisiones de sonidos sigan pausas, ya por ejemplo cuando se emite

una vocal solamente,

ó bien

una consonante seguida de vocal,

ó bien

una consonante seguida de vocal y consonante,

ó bien cuando resultan las demás combinaciones constituyentes de las sílabas.

La sílaba tiene condiciones orgánicas; y, si no se observan estas condiciones, no hay sílaba.

Para que muchas vocales constituyan sílaba formando dip-tongo, triptongo, tetrap-tongo, pentap-tongo... es preciso que las vocales se sujeten á condiciones orgánicas.

Así, pues, para pronunciar ciertas vocales tenemos que abrir menos la boca que para pronunciar otras.

Y, así también, cuando se enuncian muchas vocales en una sola emisión de voz, hay que abrir la boca, y, en caso necesario, reducir luego su cavidad; pero no abrirla, reducir su espacio y volverla á abrir.

Por esto la *a* suele estar en el centro de las combinaciones.

Volvió á Eurídice el mísero los ojos.

En la pronunciación de la segunda sílaba

ioaeu

abrimos un poco la boca para emitir el sonido *i*; se abre en seguida un poco más para pronunciar la *o* siguiente, más aún para pronunciar la *a*; empieza á cerrarse para la *e*, y se reduce finalmente la abertura bucal para la *u*. Y no podría volverse á abrir en la misma sílaba.

Por consiguiente, hay muchas clases de sílabas.

1.º Sílabas constituídas por una sola vocal aislada:

o-í-a, hu-í-a.

Más cerca cada vez el son *o-í-a*.

GARCI-LASSO

2.º Sílabas en que dos vocales se pronuncian en una sola emisión:

¡AY!, deU-do, PAU-ta, bai-le.

3.º Sílabas que empiezan por una consonante cuyo sonido es prolongable seguida de una ó varias vocales:

vio-a-eu.

Volvió á Eurídice el mísero los ojos.

4.º Sílabas que acaban en articulación cuyo sonido puede prolongarse:

par.

5.º Sílabas que empiezan con una articulación instantánea:

bio-ay:

Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora.

6.º Sílaba terminada con una articulación instantánea:

frac, galop, club.

7.º Combinaciones de los casos anteriores:

CLAUSTRO, CLAUSTROS;
 MONSTRUO, MONSTRUOS;
 ATLAS, TRANSATLÁNTICO;
 CLUBS;
 COMLOTS;
 Guardia de Corps;
 el vapor Liniers;
 los VOLSCOS;
 los BOERS;
 Hay que variar á esta pila los ZINCS.

La sílaba no es, pues, una reunión de signos escritos.

Sílaba es una emisión vocal ó reunión de varias vocales, ya precedidas, seguidas, ya precedidas y seguidas de articulaciones prolongables ó instantáneas.

vocales aisladas.....	o-í-a;
vocales unidas.....	¡ay!
consonante y una ó más vocales.....	va, voy, buey;
consonantes y una ó más vocales.....	fra, frai;
vocal y consonante.....	as;
consonante, vocal y consonante.....	mal;
consonante, vocal y consonantes.....	vals, zincs;
consonante, vocales y consonante.....	cual;
otras combinaciones.....	{ TRIA en PATRIA; TRUOS en MONSTRUOS.

V

Como se ve, no puede quedar duda de que para que muchas vocales constituyan sílaba, formando diptongo, triptongo, tetrapptongo, pentapptongo... es preciso que las vocales se sujeten á condiciones orgánicas. Y, si no se observan estas condiciones, no hay sílaba.

No cabe pronunciar muchas vocales en una sola sílaba, si para ello hay que abrir, cerrar y volver á abrir el ángulo maxilar. Únicamente caben en una sílaba dos de esos movimientos; pero no los tres.

Porque sólo hay dos movimientos, resultan versos los citados

Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora;
Volvió á Eurídice el misero los ojos.

Por eso en

Amiga y discípula

forman diptongo la *a* y la *i* consecutivas; pues, abierta la boca para la *a*, cabe cerrarla para la inmediata *i*.

Mas ya no puede formarse triptongo en

Amiga y antigua discípula;

pues, abierta la boca para la *a* final de *amiga*, hay que cerrarla para la conjunción *i*, y volver á abrirla para la *a* inicial de *antigua*; y no caben en una sílaba tres movimientos antagonistas del maxilar.

Si decimos

tristón ú optimista,

la *u* puede unirse en diptongo á la siguiente *o*, porque la boca no tiene que hacer movimientos antagónicos; pero no podría haber triptongo si dijéramos:

pesimista ú optimista;

porque tendríamos que abrir la boca para la *a* final de PESIMISTA, cerrarla para la *u* y volver á abrirla para la siguiente *o*.

VI

Baste con esto para la inteligencia de lo referente á las condiciones orgánicas, y pasemos á las condiciones acentuales que se oponen á la formación POR SINALEFA de las sílabas métricas en la versificación.

Este problema es uno de los más difíciles de la prosodia

castellana; y está tan erizado de dificultades y excepciones, que no puede ser tratado incidentalmente.

Pero, de un modo muy general, cabe decir que la vocal final de una palabra forma SÍLABA POR SINALEFA con la vocal de la palabra siguiente cuando ninguna de las dos vocales tiene acento prosódico; y que no hay diptongo, ni por consiguiente sílaba, cuando tiene acento prosódico la vocal inicial de la segunda palabra de las dos contiguas.

Si no hay acento, pues, cabe el diptongo; por ejemplo:

joven y alegre,
setentón ú octogenario;

pero no cabe unir en diptongo dos vocales consecutivas si la segunda está acentuada:

joven y || ágil,
joven y || alta,
violín y || arpa,
él y || ella,
amor y || odio,
ácido || úrico,
uvas è || higos,
diez ú || once.

Por eso resultan malos los versos en que se unen por sinalefa una vocal sin acento con otra acentuada:

Ya no ME AMA Rogundo; me abandona;
Las cenizas del héroe encierra LA URNA,

y suenan admirablemente bien aquellos en que no hay sinalefa:

Diosa de juventud, púdica Hebe;
Y sus cenizas yacen en la URNA.

Las contracciones

M'AMA, L'URNA

no pueden ser más deplorables.

VII

Las lenguas de gran vocalidad apetecen la sinalefa. En español la ansiamos. El italiano la solicita. El inglés, por lo contrario, se complace en el adiptongo. Los franceses evitan uno y otra.

Ni la pausa que exige el sentido estorba al diptongo por sinalefa:

¡El mundo! ¡El mundo!—Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman.
Dadme una seña.—Esta mano.

Entre nosotros es frecuentísima la sinalefa de *dos* vocales. No lo es tanto la de *tres*; mucho menos la de *cuatro*, y rara la de cinco. ¡¡Rarísima la de *seis*!!

- o a E.* El muro de Magón abierto á España (*triptongo*);
io i. ¡En qué silencio y majestad caminas!
io e. Se estremeció el profundo.
o a Eu. Del Nilo á Eufrates fértil é Istrofrio (*tetraptongo*);
io au. Del Quinto Carlos el palacio Augusto (*tetraptongo*);
io ai. Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora (*tetraptongo*);
io a Eu. Volvió á Eurídice el misero los ojos (*pentaptongo*);
ue a Eu. Fue á Europa asombro de Bailén el triunfo (*pentaptongo*);
ie a Eu. Sacie á Europa.
ueo a Eu. Y el móvil acueo á Europa se encamina (*hexaptongo*).

Y ¡naturalmente! en virtud de lo dicho sobre las condiciones orgánicas, cuando la sinalefa condensa muchas vocales, es preciso que la *a* y la *o* estén hacia el centro de la combinación, y la *i* y la *u* en los extremos. Si acontece que la *u*, y especialmente la *i*, ocupan el centro, no hay sinalefa por triptongo ó tetraptongo:

- a i o.* PáRA y óyeme, ¡oh sol!!...
oi o. Gran número de vates: soy obscuro;
e i e. Dejaron de tirarle y en profundo;
o i hé. Silencio quedó el campo y Héctor dijo;
ia u ho. Tibia u honesta.

No es, pues, precisamente el tiempo ó duración lo que cons-

tituye cada sílaba, sino la no ejecución de movimientos antagonistas por el aparato vocal.

Así, cuando en un período nos hallamos con un punto final entre vocales que debe unir la sinalefa, el tiempo que invertimos para indicar la terminación del sentido puede ser muy grande, y, como los calderones en la música, durar al arbitrio del recitador. Y cuando en un drama la sinalefa se reparte entre dos actores, no puede menos de ser comparativamente considerable el tiempo que se emplee en ella:

—Dadme una seña.—Esta mano.
—¿A la una?—En punto.—¡Ay, qué miedo!

Repárese que el poeta pudo haber dicho:

—Dadme una seña.—Mi mano.
—¿A la una?—Justo.—¡Qué miedo!

donde ya desaparecían las sinalefas efectuadas por dos actores. ¡Tan fáciles son al oído, que nadie se toma el trabajo de evitarlas!

VIII

¿En qué consiste, pues, la sílaba?

No depende sólo de la uniformidad de series consecutivas que tienden á la igualdad de los tiempos invertidos en producir vocales, consonantes y pausas, sino también en la conformidad con UN TIPO MENTAL de las posiciones orgánicas no antagonistas, que nos es conocido por el hábito y la educación, ya consciente, ya inconsciente.

¿Sabemos ó, más bien, sentimos que la boca no se abre, se cierra ó reduce y se vuelve á abrir jamás en una sílaba?

Pues bien: dice la sensibilidad, generalizando á su modo: «Cuando no se hagan semejantes tres movimientos antagonistas, el resultado de nuestra enunciación es una sílaba».

¡Admirable noción de lo inconsciente!

E. BENOT

CRÓNICA LITERARIA

El centenario del *Quijote*.—Lo que ha sido y lo que debió de ser.

El acontecimiento literario del mes de Mayo último ha sido la celebración del tercer centenario del *Quijote*. Iniciada por D. Mariano de Cavia la idea de conmemorar esta fecha, algo incierta, puesto que no se sabe en qué mes de los primeros de 1605 salió de las prensas de Juan de la Cuesta la primera edición príncipe del *Quijote*; apoyada por los periódicos, aceptada por el Gobierno, se nombró para llevarla á la práctica una Comisión ó Junta, según se acostumbra, y el aniversario de aquel suceso, que bien puede decirse que es el primero en la historia de la Minerva española, se ha celebrado con varias solemnidades literarias y algunos festejos públicos. Hemos tenido batalla de flores, retreta militar, fiesta coral en la Plaza de Toros, sesiones solemnes del Claustro universitario y de la Academia Española, sesiones en otras Academias y en el Ateneo, Exposición cervantina, coronación de la estatua de Cervantes, representación en el Teatro Real de algunas escenas del *Quijote* arregladas para el caso, y aun puede que se me quede algo en el tintero, pues no tengo el programa á la vista.

Más censuras que alabanzas ha habido para estas fiestas del centenario. Ha parecido á muchos la conmemoración asaz menguada. Hubieran deseado mayor solemnidad, más pompa, entusiasmo más general y caluroso. Mas estas censuras, que muy profusamente han andado impresas en los papeles públicos, no deben admitirse sin hacer en ellas un expurgo más ri-

guroso que el famoso escrutinio á que se vió sujeta la librería de Don Quijote, y aun es de pensar si lo que quede de tales razones después de bien expurgadas será cosa de admitirlo ó de echarlo finalmente al carnero.

En este caso, como en los muchos que nos ofrece á diario la vida española, lo primero que salta á la vista es nuestra afectación y falta de sinceridad. Nos engañamos unos á otros, y empezamos por engañarnos á nosotros mismos con una porción de tópicos sonoros. Nos pierde la afición á la prosopopeya. Ahora se ha descubierto que los homenajes á literatos vivos ó muertos, cuando salen bien, son un medio fácil y expedito de regenerarse los pueblos y cobrar nueva vida. Lo vimos recientemente con ocasión del homenaje á Echegaray. Salieron bien aquellas fiestas literarias, ó con las letras relacionadas, y hubo quien dijo que allí empezaba nada menos que la regeneración de España, como antes habían dicho otros que al festejar á Echegaray festejábamos nuestra decadencia. Estas cosas se dicen frecuentemente; y como todos los que leemos periódicos y asistimos á asambleas políticas y literarias estamos acostumbrados á este estilo enfático y pomposo, no nos llaman mayormente la atención. Lo dudoso es que haya quien crea tales cosas, si tiene algún discernimiento y las medita un poco.

La verdad es lo que dijo hace tiempo el Sr. Silvela: que somos un pueblo sin pulso, poquísimo inclinado al entusiasmo, dado á rebajar hombres y cosas más que á enaltecerlos, aficionado á poner peros y á tomar á burla lo que se presente, sea lo que fuere. Por otra parte, la falta de entusiasmo público en el centenario del *Quijote* se explica perfectamente. Son muchísimos los españoles que no lo han leído ni saben apenas quién fué Cervantes. Hasta entre personas no completamente iletradas abundan las que no han leído la historia del ingenioso hidalgo, ó la han leído mal y de prisa ó á trozos. Literatos hay que se jactaban no ha mucho (cuando no se había pensado aún en el centenario) de no haber leído la obra maestra de

Cervantes y aun de no hacerla caso. Y entre los mismos que se han entusiasmado como pedía la ocasión, al celebrarse el centenario, hay muchos cuyo entusiasmo ha revelado lo mismo que la indiferencia y apatía de los otros: que no estaban familiarizados con el *Quijote* ni se habían empapado de él. Sin gran temeridad puede pensarse de algunos que lo leyeron de prisa y corriendo para ponerse á la altura de las circunstancias y poder escribir un artículo.

A esto se une cierto mal gusto lugareño ó provinciano que nos hace preferir en estas solemnidades las fiestas vistosas y de aparato. Hay muchos pueblos donde no parece completa la función del Patrón si no se queman fuegos artificiales en gran cantidad. De igual manera en los centenarios, homenajes y solemnidades semejantes se inclinan con exceso muchas gentes á las procesiones más ó menos históricas, á las manifestaciones públicas y á otros actos por el estilo, que á veces tienen algo de carnavalesco y que á menudo no guardan relación alguna con aquello que se celebra ó conmemora.

A mi parecer, no hay que censurar el centenario porque haya habido pocas fiestas de esta clase ó hayan sido poco brillantes, sino por haberse omitido lo que era más adecuado al suceso literario que se conmemoraba.

Creo que conviene mucho separar en estas conmemoraciones aquello en que consiste propiamente la conmemoración, de los festejos públicos que pueden acompañarla, aunque no sean parte indispensable de ella. Los festejos son tarea edilicia, y hubieran debido encomendarse al Ayuntamiento ó dejarle que los organizara como supiera, pudiese y quisiera. Diré de pasada que el Ayuntamiento, sin estar formado de literatos, tuvo más acierto que la Junta del centenario, pues el proyecto de aquél, no llevado á la práctica, de establecer cinematógrafos populares que reprodujeran las principales escenas del *Quijote*, guardaba una exacta relación con el centenario, y hubiera contribuído más á excitar la curiosidad del público hacia el libro inmortal de Cervantes, y aun á darle alguna noción de él,

aunque fuese vaga é imperfecta, que la batalla de flores, la fiesta de los coros y la retreta, festejos que poquísimo ó nada tenían que ver con el centenario del *Quijote*.

Para que estas conmemoraciones llenen su fin y sirvan de algo, lo primero que se necesita es fijar bien la índole de lo que en ellas va á celebrarse, y hacerse cargo del estado social en el momento y lugar en que aquéllas se celebran. ¿Qué era el centenario del *Quijote*? Era la memoria, el recuerdo de un gran acontecimiento literario y tipográfico. Su fin era que los españoles recordasen con satisfacción y orgullo que tres siglos ha, por aquella fecha aproximadamente, salió de las prensas de Juan de la Cuesta uno de los más famosos y mejores libros que se han escrito. La naturaleza de la conmemoración estaba marcada por este antecedente; debía ser, ante todo, literaria y tipográfica, tipográfica también.

Atender al estado social era asimismo importante para que resultase bien el centenario y no fuese fiesta de unos pocos leídos y letrados, sino del mayor número posible. Ese estado social es bien notorio que es un estado de incultura, de ignorancia del *Quijote* por parte de muchos. Para que los españoles se acordasen del *Quijote* al cumplirse los tres siglos de su publicación, era indispensable que se enterasen de él los que lo ignoraban del todo ó á medias. El centenario debía tender, pues, á dar á conocer el *Quijote*, á divulgarlo.

Mi programa del centenario hubiese tenido pocos números. En el día señalado, todos los maestros de España hubiesen dado una lección de vulgarización sobre el *Quijote* y Cervantes; no una conferencia erudita y pretenciosa, sino una sencilla lección acomodada á las inteligencias infantiles. Hubieran contado lisa y llanamente los maestros, que hace tres siglos vivía en España un sujeto llamado Miguel de Cervantes, que fué soldado y estuvo en Lepanto, y fué cautivo en Argel; que fué escritor, y escribió el *Quijote*; hubieran explicado en pocas y claras palabras á sus discípulos lo que eran los libros de caballerías, y algo del argumento del *Quijote* y de la esti-

mación universal que ha alcanzado. Si se desconfiaba de que todos los maestros pudieran llenar este cometido, no difícil de cumplir si lo concebimos con llaneza, limitado á las proporciones modestas de una plática escolar, de un cuento histórico y real, se hubiera podido hacer redactar por un literato experto una brevísima biografía de Cervantes y una somera exposición del *Quijote* que cupiesen en poquísimas cuartillas y no tuviesen otro fin que el de vulgarización, el de servir de guía á los maestros que la necesitaran, enseñándoles cómo se puede decir bien, en sencillas y breves palabras y en la forma más atractiva posible, lo elemental, lo conocido, lo más esencial acerca del *Quijote* y de su autor.

En todos los centros de enseñanza, altos y bajos, se hubiera dado una lección semejante, acomodada en cada uno á la índole y conocimientos de la masa escolar, pero con el mismo sentido de vulgarización, si bien dejando al profesor ó disertante libertad é iniciativa para que, dentro del sentido general de estas conferencias, diese á la suya el giro que juzgase más conveniente, y aun la relacionase, si había oportunidad para ello, con las materias de su facultad ó enseñanza. Esas breves lecciones ó conferencias, esos sermones del *Quijote* se hubieran extendido á los cuarteles, á los establecimientos penitenciarios, á todos los centros oficiales donde existiera una masa de gentes que bien podía necesitar enterarse del *Quijote* para recordarle, ó á la cual pudiesen estimular para el recuerdo tales pláticas. Y saliendo de la esfera inmediata del Estado, se hubiera procurado, de realizar este plan que yo imagino, que en los establecimientos particulares de enseñanza, en las sociedades y círculos que á ello se prestaran, se recordase también el *Quijote* por la persona que fuese más capaz para ello, procurando siempre que estas conferencias ó lecciones fueran, no para lucimiento del disertante, sino para provecho y enseñanza del auditorio; huyendo de hacer retórica, de alambicar el pensamiento, de buscar la quinta esencia del asunto, de perseguir á toda costa la novedad; hablando, en fin, sin temor de repetir

cosas sabidas por los doctos, ni de exponer datos elementales, dejando para las academias de los sabios y de los literatos las altas labores de investigación y crítica, el filosofar sobre el *Quijote*, el estudiarle á fondo en la historia literaria y, en relación con ella, el agotar los conocimientos bibliográficos. En este círculo selecto de entendidos y especialistas, toda la originalidad que se quisiera (y quien dice originalidad, mienta el peligro de la extravagancia); en aquella otra amplia esfera de vulgarización, llaneza y sentido práctico, procurando, claro está, decir las cosas del mejor modo posible, de la manera más comprensible, bella y atrayente que á cada uno se le ocurriera.

A esta propaganda oral del *Quijote*, que hubiera hecho enterarse ó acordarse de él á muchos miles de españoles de todas edades y condiciones, posible es que á centenares de miles, se hubiese unido la difusión del libro, y aquí entra la parte tipográfica del centenario. De dos maneras hubiera debido contribuir la imprenta al recuerdo de la impresión del libro célebre. La primera y principal de ellas hubiese sido una edición popular del *Quijote*, una verdadera edición monstruo por el número de ejemplares, que hubiese podido alcanzar la cifra de un millón ó más de ellos, y se hubiese repartido en las escuelas y demás establecimientos de enseñanza, en los cuarteles, establecimientos penitenciarios y benéficos; en suma, en todos los establecimientos donde se hubiesen pronunciado las breves conferencias sobre el *Quijote* de que antes se habla, y aun en muchos otros, como fábricas, talleres, etc., donde tal vez no hubiera sido fácil organizar los sermones del *Quijote*. Esta edición colosal ó serie de ediciones, hechas bajo el mismo plan y con semejantes tipos en diferentes imprentas, hubiera tenido el fin de que todo español que supiera leer y careciese de medios para comprar libros recibiera un ejemplar del *Quijote*. Algún literato notable, de los de más sugestivo y limpio estilo, hubiera debido escribir para esta edición popular una breve introducción biográfica de Cervantes y bibliográfica del

Quijote, que en las menos páginas posibles, y sin pretensiones eruditas, dijera amenamente lo más elemental de lo que conviene saber acerca del primero de los libros españoles y de su autor.

Además de esta edición popular, hubiera podido hacerse una edición monumental que excediese, á ser posible, en belleza á las que existen, y para la cual se hubiera podido y debido recabar el concurso de los grandes pintores y dibujantes españoles. De la parte literaria de esta edición, para adornarla con todos los primores de la erudición y de la crítica, se hubiera encargado á los más notables cervantistas y á las mayores autoridades actuales de nuestra historia literaria, distribuyendo convenientemente entre ellos el trabajo. Menéndez Pelayo, por ejemplo, hubiera podido dirigir este *Quijote* del centenario.

Sin duda, esa segunda parte del homenaje tipográfico era más difícil de realizar que la primera. Pero aunque hubiésemos tenido que contentarnos con la edición popular, que era, después de todo, la principal en el centenario, se hubiera conseguido mucho. Y si lo que faltaba para la segunda era tiempo, se hubieran podido iniciar al menos los trabajos para llevarla á cabo.

Esos hubieran sido los números fijos del centenario del *Quijote*, tal como yo lo concibo. Aparte de eso, las Academias y Corporaciones literarias hubiesen podido contribuir á la conmemoración en la forma que mejor les pareciese, y el Gobierno, el Ayuntamiento y las Sociedades particulares habrían organizado los festejos que hubiesen juzgado más decorosos y oportunos para distraer á los forasteros y á los madrileños.

Es posible que ese programa del centenario, programa desinteresado de un suceso que ya pasó, le parezca á alguno un programa demasiado seco y docente, un programa de maestro de escuela. A mi juicio, hubiera tenido más importancia y hubiera dado mayor impulso á la cultura que las fiestas á que acabamos de asistir.

No debe confundirse, sin embargo, en un exagerado desprecio todo lo que se ha hecho al conmemorar como se ha podido, con poco estudio, poca preparación y poco entusiasmo público, la aparición del *Quijote*. Algo quedará del centenario. Quedará el discurso de Menéndez Pelayo, que es lástima no se hubiera impreso con la suficiente antelación; quedará el de Valera, quedarán algunos libros notables por diversos conceptos, como los de los Sres. Navarro Ledesma, Unamuno, Salillas y varios otros merecedores también de elogio; quedará, como muestra de lo que puede hacerse en el teatro en casos tales, la representación de los pasajes del *Quijote*, que arreglaron para las tablas el Sr. Sellés, los hermanos Quintero y el Sr. Ramos Carrión; escenas que, en vez de representarse únicamente en una función de gala del Teatro Real, hubiera debido procurarse que se representaran á la vez en todos los teatros de Madrid, y en el mayor número de los de España en que hubiese sido posible hacerlo, á no ser que se hubieran puesto en escena otros pasajes del *Quijote*. Y puede que una memoria más diligente que la mía prolongase algo más la lista de las cosas dignas de recuerdo en el centenario.

Aunque éste no haya sido en conjunto muy brillante, y hayan faltado en él cosas tan esenciales, á mi parecer, como las que antes digo, no debemos afligirnos demasiado por ello, sino tomarlo con paciencia y filosofía. Los errores y deficiencias en que se haya incurrido no son irreparables, ni aun para la generación actual; pues en este caso no hay que esperar á que pasen cien años para hacerlo mejor. Próximo relativamente está el tercer centenario de la muerte de Cervantes, que falleció, como es sabido, el 23 de Abril de 1616. Tal vez hubiera sido preferible elegir esta fecha, que, á diferencia de la del nacimiento del autor del *Quijote* y la de la publicación de este libro, es determinada y segura, para la conmemoración que acabamos de celebrar, y que no ha sido conmemoración exclusivamente del *Quijote*, sino, en general, conmemoración cervantina. En los once años que faltan, bien se puede ir pen-

sando la manera de organizar ese centenario mejor que el reciente. Si nuestra regeneración depende de celebrar estas fiestas y celebrarlas bien, si puede esperarse de ellas un resurgir de las virtudes del alma nacional, bien podemos esperar esos once años, y por satisfechos nos deberemos dar si no tenemos que aguardar más tiempo á regenerarnos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—OCULTISMO: La resurrección religiosa.—COSTUMBRES: Los caballeros del robo en los Estados Unidos.—El amor en el Código.—SUPERSTICIONES: Los amuletos.—LITERATURA: *Les plaideurs*, de Racine.—PSIQUIATRÍA: Psiquiatría y neuropatología.—SOCIOLOGÍA: La familia y la sociedad en los animales y en los vegetales.—PSICOLOGÍA: La psicología de las pasiones, según Nietzsche.—IMPRESIONES Y NOTAS: Clasificación de la locura.—Decadencia de la literatura yanqui.—El método hipnótico en Pedagogía.—Las bibliotecas del porvenir.—El krausismo en España.—Los microbios y la moneda.

OCULTISMO

LA RESURRECCIÓN RELIGIOSA.—Un fenómeno de incalculable alcance se produce en estos momentos al mismo tiempo en Inglaterra y en los Estados Unidos: la resurrección del sentimiento moral y religioso, en forma tan espontánea y entusiasta, que ha llamado la atención de los espíritus observadores; el director de la *Review of Reviews*, de Londres, Stead, ha estudiado de cerca este movimiento en el país de Gales, y da cuenta del mismo en *La Revue*, de París.

El *despertar*—dice—es una verdadera epidemia que se propaga como el cólera, y cuya aparición es tan misteriosa como la de la gripe; fenómeno tan inusitado tiene derecho á ser examinado por cuantos se interesan en la evolución de la sociedad humana. En medio de una época escéptica y materialista, vemos vastas multitudes de hombres y mujeres, pero más de hombres que de mujeres, trastornar de pronto su vida ordinaria para obedecer á lo que ellos llaman influencia irresistible del espíritu de Dios. Se trata de hombres modernos que leen diariamente sus periódicos, que viajan por la electricidad y ha-

blan por teléfono, con Universidades, colegios y bibliotecas; ejemplares, en fin, de nuestra raza ordinaria, sensual y materialista.

Ningún suceso ha ocurrido que explique la formidable explosión del *despertar*: si el borracho renuncia á su cerveza, el jugador á sus cartas; si el deudor paga sus deudas y el joven disipado se casa con su querida, y si toda la comunidad se pasa la noche cantando salmos é improvisando oraciones, no es debida esta transformación á que se haya descubierto que estamos viviendo al borde del infierno, como sucedía en otros tiempos, pues jamás se ha tenido menos miedo que hoy á los abismos eternos; la nota del *despertar* es el «amor», la aceptación del amor divino y la observación cotidiana de la ley del amor en todas las relaciones de la vida. El perdón de todas las ofensas es la consigna del *despertar*, y este perdón es real y efectivo, pues sin él es inútil rogar á Dios. Muchas veces se han suspendido los Oficios en las iglesias porque el conductor de almas, Evan Roberts, adivinaba que allí había quienes se odiaban mutuamente. «Aquí no puede haber bendición de Dios—decía—mientras no hayáis hecho las paces; hay aquí dos hombres que se aborrecen: si no quieren perdonarse, que se vayan; pues mientras sigan aquí sin perdonarse mutuamente, el espíritu de Dios no descenderá entre nosotros.» El efecto de estas palabras era maravilloso: á veces los rebeldes se iban; otras veces confesaban su culpa en alta voz, y se abrazaban sollozando; y entonces brotaba de todos los labios el himno alegre del amor triunfante. Y el *despertar* es, como una revolución, eminentemente contagioso.

El Sur del país de Gales es una región hullera, y su población se compone en general de celtas que hablan el dialecto gaélico y conservan sus antiguas instituciones nacionales, especialmente el *Eisteddfodd*, Congreso anual para los concursos de poesía y canto. El anglicanismo es la religión oficial; pero las dominantes son las no conformistas, sobre todo la calvinista; en política son liberales, y lo característico de la región

es el gusto por el canto, teniendo cada aldea su bardo y cada villa su coro; los celtas son una raza emotiva más pronta que la flemática inglesa al influjo de las lágrimas y de la poesía.

Cuando Stead llegó al valle de Rhondda, el *despertar* era objeto de todas las conversaciones: los patronos le dijeron que había mejorado la calidad y la cantidad del trabajo; los hombres iban á su dura tarea contentos, y en las galerías donde antes sólo se oían blasfemias para arrear á los caballos, ahora no se oían sino cantos religiosos; hay menos borrachos, menos holgazanes y menos jugadores. Según Stead, el *despertar* impresiona de tal modo el ánimo, que se siente uno sobrecogido por la presencia de lo desconocido; hay algo en él del otro mundo: no se puede decir en qué consiste, pero es algo que vive y se mueve y nos arrebatá. El más obstinado materialista no podría menos de sentirse impresionado por la sinceridad patética de aquellas gentes, ni de reconocer que sacan de su fe una fuerza que les da la alegría de vivir, que él con su materialismo no podía darles.

Lo más extraordinario en las asambleas del *despertar* es la falta absoluta de dirección y de autoridad. Comienzan por cantos preliminares, y se abren con la lectura de un capítulo de la Biblia y un salmo; luego, durante dos horas ó más, cada cual sigue su inspiración; y lo sorprendente es que todo marcha sin barullo ni confusión: las tres cuartas partes de la Asamblea cantan, pero nadie tiene libros de cánticos ni nadie señala ningún himno; se canta, se reza y cada cual sigue su inspiración; como estudio de la psicología de las multitudes, no hay nada semejante. Si uno de los asistentes, llevado de sus sentimientos, reza demasiado tiempo, ó si alguien hablando no da la nota precisa, uno de sus vecinos, cualquiera, empieza á cantar; entonces hay un momento de vacilación; los presentes no saben si oír al que habla, unirse al que reza ó acompañar al que canta: si se deciden por oír ó rezar, el canto cesa; si se deciden por cantar, el coro se hace cada vez más intenso, hasta que acaba por ahogar todo otro sonido, y los mil ó mil quinientos

hombres, mujeres y niños allí reunidos incorporan su voz á la de los iniciadores del canto.

Las oraciones suelen ser «autobiográficas», y algunas vivamente dramáticas; las «hermanas del canto», que son cinco, desempeñan en la asamblea importante papel, y sus solos son maravillas de invocación dramática y musical, interrumpidos á veces por explosiones de lágrimas y sollozos, en cuyo caso la asamblea entona un canto apasionado y consolador, hasta que la solista, arrodillada, recobra aliento y prosigue su canto. Allí no hay averiguaciones ni forma alguna de confesión; la lucha con el demonio, para salvar el alma del penitente, se realiza en plena asamblea, y á veces el espectáculo es indeciblemente trágico; al final de la reunión, Evan Roberts pide á todos los que crean en el Salvador que se levanten; casi todos lo hacen, y las oraciones por los que siguen sentados se elevan tumultuosas hacia Dios clemente; poco á poco los sentados se levantan á su vez como movidos por invisible fuerza, y oleadas de notas de triunfo brotan de las bocas de todos, siendo aquello realmente admirable y profundamente conmovedor. En todo ese inmenso calofrío, esos sollozos, esos cantos, esas plegarias, esas exaltaciones de la multitud, se siente la influencia penetrante de alguna realidad invisible, que ahora por primera vez es palpable, aunque intangible, en medio de aquellas asambleas; ellos llaman á esa realidad el Espíritu de Dios; «los que no han sido testigos—dice Stead—pueden llamarla como quieran; yo me uno á los que estaban allí».

¿Cómo ha empezado esa extraña resurrección de la religión? Por la oración continua seriamente concertada. Un pastor galo, del condado de Cardigan, vió aparecer la cruz en las horas de la mañana; y, sintiéndose animado de nuevo celo, se puso á predicar lleno de ardor; una joven le fué á consultar sobre su salvación, y él le aconsejó recibir á Jesús como Salvador y Señor, sometiéndose enteramente á Él y orando hasta que su alma se pusiera en estado de recibir las condiciones de Dios; así lo hizo, y una vez preparada, se levantó en una re-

unión con el rostro encendido, diciendo: «Si nadie se levanta, yo obedeceré; amo á mi señor Jesucristo con todo mi corazón». Y ese fué el principio del *despertar*, y esa continúa siendo la fórmula consagrada.

Evan Roberts, un místico, tiene una historia de apóstol, llena de visiones y éxtasis, asegurando que ha visto á Dios muchas veces, hablando con él horas enteras; él es el director del movimiento religioso, infundiendo á todos su fe y su entusiasmo. Stead hace notar la coincidencia de que todo *despertar* súbito de cualquiera religión católica ó anglicana, calvinista ó luterana, ha sido seguido en Inglaterra de un acontecimiento capital en el orden político ó en el del progreso de la humanidad; así sucede en el siglo XII con los Cistercienses y la Gran carta; en el XIII con los frailes y el Gobierno parlamentario; en el XIV con Wicleff y la insurrección de los aldeanos; en el XVI con Tyndale y la Reforma; en el XVII con el Puritanismo y la caída del despotismo, más la fundación de la Nueva Inglaterra, y con el Kuaquerismo y la Revolución de 1688, más la fundación de Pensylvania; en el XVIII con el Metodismo y la Era de la democracia y la reforma; y en el XIX con el americanismo y la Era de la democracia; ¿con qué gran movimiento estará ligado el despertar del país de Gales? En el fondo todo despertar religioso es idéntico á los demás: todos representan la primavera de la fe en el corazón del hombre, el súbito descubrimiento de que el hombre no tiene la vida para satisfacción de sus sentidos, sino para servir á su Criador, no siendo el tiempo otra cosa que el vestíbulo de la eternidad.

COSTUMBRES

LOS CABALLEROS DEL ROBO EN LOS ESTADOS UNIDOS. — Hay más de un modo de robar—dice Claudio Anet en *La Revue*,— más de una manera de explotar una ciudad. No se podría imaginar hasta qué grado de refinamiento se ha llegado en el

arte de hacer pasar el dinero ajeno al bolsillo propio; los ladrones se han hecho ingeniosísimos, y después de los escandalosos procesos de Chicago, New-York y San Luis, no cometen ningún descuido y procuran no dejar ningún cabo suelto, ni libros de cuentas, ni cheques, ni depósitos de dinero en los Bancos. Claudio Anet, después de estudiar la explotación que el coronel Butler hace de la ciudad de San Luis, dedica un curioso artículo á la organización del robo en Minneápolis, la capital de Minnesota, capital de más de 200.000 habitantes.

El papel de Butler en San Luis lo desempeña en Minneápolis el Dr. Ames; pero no se crea que la inmoralidad de una ciudad es resultado de la acción de un hombre: los elementos necesarios para la corrupción están allí; y lo que hace el genio ó el ingenio del hombre es organizarlos. El Dr. Ames es un verdadero doctor que, terminados sus estudios en Chicago, se estableció en Minneápolis. Pronto tuvo clientela; si le iba á consultar un bebedor, le daba de beber; si una mujer le confiaba alguna secreta miseria, la compadecía en vez de sermonearla. La virtud es generalmente gruñona, y hace mal, porque el vicio es amable y seduce.

Con sus procedimientos el Dr. Ames se hizo popular, y para sacar partido de su situación presentó su candidatura y fué elegido varias veces, llegando á ser dos veces alcalde demócrata y otra alcalde republicano, lo que prueba que sus convicciones no eran muy profundas: lo que buscaba era un puesto donde hacer dinero; pero fracasó dos veces en su intento de ser elegido gobernador de Estado, pudiendo darse en 1900 por hombre políticamente agotado.

Pero llegan las elecciones presidenciales de 1900, y Ames se presenta candidato á la alcaldía como republicano; se le discutió por su inconsecuencia, pero fué elegido; y como ya tenía experiencia, resolvió no perder el tiempo, organizando la administración municipal de modo que le enriqueciera rápidamente. ¿Qué fuentes de renta segura puedo desviar de su

cauce?—se preguntó.—Las casas de juego y las de prostitución. ¡Manos á la obra!

El Dr. Ames empezó por destituir al jefe de la policía, poniendo en su lugar á su hermano el coronel Ames, asistido por un tal King; despidió á 117 agentes, reemplazándolos por hechuras suyas, y en lugar de perseguir el juego lo autorizó, pero con la condición de que se pagara un impuesto de vigilancia; las casas de juego se multiplicaron, llegando á ser 200, y el Dr. Ames y sus acólitos prosperaron maravillosamente.

En cuanto á las mujeres, hay que notar que en la mayor parte de las ciudades americanas, por no transigir con el vicio, se niega su existencia y oficialmente no se reconoce; pero en Minneápolis había en ciertos barrios lo que allí llaman «el mal social», casas autorizadas para el comercio sexual, que pagaban 500 francos mensuales al Municipio; este era un impuesto regulado que no podía tocarse. Por eso Ames prefirió animar á las mujeres á poner tiendas de dulces, de tabaco, de bebidas ó de modas, pretexto para que el público pasara á la trastienda; estas casas se multiplicaron y fueron una buena fuente de renta para el doctor; pero como esto no le bastaba, declaró que para ayudar á las otras desgraciadas las libertaba de tener que pagar los 500 francos mensuales, obligándolas á pagarlos una sola vez cada dos meses; la otra mitad la percibía él.

Pronto fué insuficiente el médico Gardner para el servicio de higiene, y hubo que agregarle otros dos; pero las visitas de reconocimiento se reducían á visitas de cobranza, y cada mujer tenía que dar de 25 á 100 francos por cada visita, y la bolsa de Ames y de sus cómplices se iba redondeando. Para acabarla de llenar se organizó una inteligencia criminal entre la policía y los malhechores, y los robos menudearon y los crímenes quedaban impunes.

La banda no tenía que temer de sus víctimas, gentes á quienes nadie hacía caso, jugadores y prostitutas, que se dejaban saquear fácilmente; pero la discordia se introdujo en las filas

de los servidores del Dr. Ames, y el médico Gardner y algunos agentes fueron despedidos. Se rompió la inteligencia, se fueron las lenguas, y el escándalo fué tremendo. El descontento en Minneápolis creció, se formó un partido contra el alcalde explotador, y se dió la batalla en la elección del Gran Jurado, en la que salió triunfante la candidatura de Clarke, un hombre honrado, resuelto y tenaz, como se necesitaba para luchar con el alcalde de Minneápolis.

Clarke tomó á su servicio agentes privados de policía secreta, y en el verano de 1902 recogió numerosas pruebas de robos y malversaciones en la administración municipal; le ofrecieron 15.000 duros porque cesara en sus investigaciones, y se trajo de Chicago á un presidiario peligroso para asesinar al digno Clarke; éste no se rindió al soborno ni á las amenazas, y el Gran Jurado abrió sus sesiones, condenando al médico Gardner y al coronel Ames, el hermano del alcalde. En el Ayuntamiento entró el pánico; dos jefes de servicio se fugaron, y el mismo Dr. Ames, viendo el giro que tomaban las cosas, escapó de Minnesota.

El concejal Jones, un hombre honrado, reemplazó al alcalde, y pudo convencerse no sólo de la explotación indigna de que la ciudad era víctima, sino de lo difícil que es poner remedio á una corrupción semejante. El sindicato de los jugadores le ofreció una transacción, y Jones se negó á todo; los robos menudearon, aterrando á la ciudad, pero no por eso cedió Jones. Las ruedas de la administración municipal andaban tan torcidas, que era obra de romanos enderezarlas; pues si los funcionarios corrompidos eran fácilmente sustituibles, no era tan fácil corregir la costumbre adquirida por el público de sobornarlos, necesitándose una virtud á toda prueba para resistir á las tentaciones y á las acometidas de quienes habían aprendido á comprarlo todo.

*
* *

EL AMOR EN EL CÓDIGO.—La proposición de Pablo Hervieu, votada por la subcomisión de reforma del Código civil, que tiende á inscribir *el amor* entre las obligaciones recíprocas de los esposos al lado de las de *ayuda y asistencia*, ha sido en Francia ampliamente discutida.

Como siempre — según dice en la *Grande Revue* Marcelo Prevost, — se ha empezado por considerar el aspecto cómico de la reforma. En Francia se toman las cosas en serio, pero después de haberlas sacado todo el jugo cómico. En esta ocasión el asunto se prestaba perfectamente á la ironía y á la caricatura, tanto más cuanto que la palabra *amor*, tan íntima y tan dolorosa por otra parte, es el tema de las novelas más sosas y de los más alegres *vaudevilles*. Los periódicos se llenaron ocho días de glosas irónicas sobre el amor del Código, y luego, agotado el tema por su lado bufo, se empezó á estudiar por el lado serio. La palabra *amor*, que empezó por hacer reír, concluyó por hacer llorar. Las mujeres, sobre todo, estaban alarmadísimas.

La introducción del amor entre las obligaciones recíprocas de los esposos constituye, en efecto, una reforma grave que tiene su repercusión en otros artículos del Código. No se trata del sueño de un poeta ó de un novelista, sino del acto reflexivo de un legislador. Las discusiones adquirieron gran importancia, y cada cual fué exponiendo el pro y el contra de la cosa, viéndose que el asunto no era tan sencillo ni tan fácil como se presentaba en los primeros momentos.

Las principales objeciones eran dos: la primera, la indefinición de la palabra *amor*; la segunda, el desarrollo del divorcio, convertido, por el carácter especial del agravio, en verdadero repudio.

La palabra *amor* no está, en efecto, claramente definida; pero lo mismo sucede con la mayor parte de las palabras que expresan conceptos generales. Por fortuna, todo el mundo las comprende y está de acuerdo sobre ellas, especialmente cuando no se trata de venir á un acuerdo concreto, expresado en una

definición. Cuando una mujer dice: «Mi vida conyugal es intolerable, porque mi marido no me ama», nadie dice que esa sea una afirmación extraña, que exija amplios comentarios. Y, sin embargo, lo cierto es que dos mujeres diferentes, de diverso temperamento, con esas mismas palabras expresarían agravios muy distintos: la una querrá decir que sufre porque su marido se olvida demasiado del débito conyugal, y la otra que se siente humillada por ver reducido su papel de esposa al de hembra de su marido; no pueden darse al amor sentidos más opuestos. Todo eso es cierto, como lo es que el amor conyugal es difícil de definir; pero en cambio las faltas á ese deber son siempre fáciles de precisar, como sucede con las referentes á la *ayuda* y á la *asistencia*.

La segunda objeción tiene mayor alcance práctico, y emana principalmente del elemento femenino. Varias señoras de las que se ocupan con más calor de las cuestiones [feministas han sido *entrevisteadas* (no hay otro modo de decir en castellano que han sido sometidas á una *interview*) sobre las consecuencias de la introducción del amor en las leyes, y sus respuestas revelan la mayor alarma. La inscripción de una nueva obligación entre los deberes conyugales es un nuevo motivo de querrela, llegado el caso, de un esposo contra otro, y, por lo tanto, un nuevo agravio invocable para el divorcio, teniendo este agravio la particularidad de poder ser invocado por la voluntad de uno solo de los cónyuges, y equivaliendo, en definitiva, bien pesado todo, al repudio.

La mujer tiene aversión, y es natural que la tenga, á todo cuanto aumente las facilidades para romper el pacto matrimonial; roto el matrimonio, la mujer, en efecto, es la que sale perdiendo en general: físicamente, pierde su valor por haber dejado de ser soltera, mientras que el marido no pierde nada; y materialmente, si carece de fortuna personal, se ve en el mayor apuro, lo que no le ocurre al hombre; de ahí que sea partidaria de la indisolubilidad del vínculo, ó, por lo menos, de que á su rompimiento se opongan las mayores dificultades, so-

bre todo por parte del hombre. El mismo Pablo Hervieu reconoce la diferencia, y para evitar la desigualdad que resulta de esta situación para una mujer repudiada, establece en su proyecto que el hombre que se case con una soltera no podrá gozar de las mismas facilidades para romper su matrimonio que si se hubiera casado con una divorciada ó con una viuda.

Marcelo Prevost, que parece partidario de la reforma, espera que el tiempo ayudará á la obra de los legisladores, tanto por la educación de la opinión como por la multiplicación de los medios de ganarse la vida que se ofrezcan al sexo débil. Pero ¿es que realmente puede llamarse educación de la opinión á esa labor que tiende á la demolición de la familia? ¿Es que no le sobra razón á la mujer para preferir la indisolubilidad del vínculo con todas sus consecuencias? ¿Es que la verdadera educación de la opinión no debía hacerse en sentido opuesto al que pretenden darle Naquet y Prevost?

SUPERSTICIONES

LOS AMULETOS.—Continuando la *Revista Penitenciaria*, de Madrid, el interesante estudio que sobre las «causas sociales del delito» ha emprendido, recogiendo todos los datos dispersos que ha encontrado en la Península sobre el *mal de ojo*, datos que nosotros hemos procurado resumir en los números anteriores (1), acomete la tarea de dar á conocer las diversas especies de amuletos que se emplean para evitar el mal de ojo.

En Avilés se emplean los *puñeres*, manecitas de azabache engarzadas en plata, que llevan los niños sujetas con una cadenita ó cordón á la muñeca ó cosido al justillo; este amuleto salta en pedazos si alguna aojadora les «echa mal güeyo»; los

(1) V. LA ESPAÑA MODERNA, números de Enero, Febrero y Marzo de 1905.

que hacen mal de ojo, en efecto, según el informe de Gordaliza del Pino (León), parten el corazón de la criatura, para evitar lo cual se les pone á los niños una higa de azabache, que es la que sufre el maleficio, partiéndose en pedazos en lugar del corazón. El azabache se emplea como amuleto en Galicia, Asturias, León, Zamora, Palencia y Almería (1). La preferencia dada al azabache es debida al color negro, que produce la «repulsión cromática» del aojamiento.

Como amuletos odoríficos, por la repulsión olfatoria que producen, se encuentran el ajo, el estiércol de puerco y el de gallina: se usa el ajo en Coruña, Orense, Pontevedra, Santander y Soria; el estiércol de puerco, metido en una bolsita, en Asturias; y el de gallina, en Santander. Es creencia común que si se frota la tierra con ajo, trazando un círculo, queda éste libre de que en él se metan culebras, alacranes ni víboras. La acción de los amuletos olfatorios es menos extensa que la de los cromáticos, pues éstos mantienen á distancia los espíritus malignos, y hasta les impiden ver la cara de los niños cuando se están criando, como sucede en Sayago, mientras que aquéllos repelen el aojamiento cuando su acción está en condiciones de ser ejercida.

Además de estos amuletos repelentes, existen muchos otros: en Cartagena ponen en el traje del recién nacido una bolsita con una cabeza de lagarto y un diente de animal dentro; en Arjona se cuelga de la muñeca del recién nacido una quijada de liebre; en Santander, una mano de topo; en Albacete, la mano izquierda y la pata derecha de un lagarto vivo; en Almería, las manos y los pelos de un tejón; en Guadalajara, Albacete y Cádiz, el rabo de una lagartija; en Salamanca, la «uña de la gran bestia» ó el onagro; en la Coruña, el colmillo de cerdo, y en Almería, el de jabalí.

Es característica en las higas la forma penetrativa en re-

(1) Debe añadirse por lo menos Salamanca, Valladolid y Cáceres, donde nos consta que se emplean corrientemente las higas de azabache.

presentación del fascinum; el acto del *corte de mangas* es un amuleto accional que se usa en Cáceres y Coruña y se ve representado en dos frescos del Escorial. La forma cornularia de muchos amuletos responde al sentido penetrante ó fálico de ese gesto obsceno: así, en Zamora, se usa el cuerno de azabache; en Palencia, Ciudad Real y Sevilla, un cuernecito de ciervo; en Segovia, de marfil; en Cáceres, de hueso ó de metal, etc.; el alicornio de Asturias y la media luna de Salamanca, Cáceres y Badajoz tienen la misma significación. Los casos en que la higa no tiene el sentido del falo erecto ó fascinum son raros, como cuando se usa la castaña de Indias.

Las substancias preferidas para las higas son el azabache, el marfil, el hueso y el coral; y como colores, el negro y el encarnado.

También se encuentran usados como preservativos del aojamiento la sal (Pontevedra, Orense y Murcia), el pan (Lugo, Madrid, Palencia, Toledo, Guadalajara, Murcia, Cádiz, Almería, Sevilla y Jaén); el empleo de estas substancias debe obedecer á su simbolismo, ofreciéndolas al enemigo para desarmarle, y quizá á la virtud que por el bautismo se atribuye á la sal y al sentido religioso que se da al pan.

Otros amuletos son también un pedazo de ombligo disecado metido en la bolsa de los Evangelios, que se usa en Vizcaya, y una moneda agujereada, que se emplea á veces en la Coruña; en Extremadura y Salamanca se usan también amuletos astrológicos, consistentes en una media luna, en asténicos y en signos zodiacales; las medallas se han generalizado extraordinariamente como amuletos religiosos, pudiendo decirse que son de uso corriente en toda España, si bien no en todas partes se las emplea con ese fin.

También están muy generalizados los símbolos religiosos, especialmente los acericos ó bolsitas con los Evangelios; pero este uso, aunque en su origen es posible que se relacione con los amuletos, no tiene hoy, especialmente en las Provincias Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, el

sentido supersticioso de la higa, sino más bien la significación puramente religiosa de una profesión de fe de que es testimonio, ya que el niño por sí no puede darlo, la bolsita de los Evangelios que lleva pendiente del cuello ó cosida á su justillo por los cuidados y por la fe de sus padres.

LITERATURA

«LES PLAIDEURS», DE RACINE.—Félix Decori, el ilustre abogado parisién, estudia en la *Grande Revue* la comedia *Les plaideurs*, de Racine. Racine había tenido un pleito, del que nunca había entendido una palabra, ni los jueces tampoco, y lo perdió. Desconcertado por el fracaso, fuése á la posada del Carnero, donde se reunía con Boileau, Molière, Lafontaine, Chapelle y Furetiere, y les contó su desgracia. La tertulia se desató en anécdotas y chistes sobre las gentes de toga, y Boileau, que tenía un hermano escribano, refirió la historia de la duquesa de Crissé, una pleiteante empedernida que había gastado en pleitos su fortuna y la de sus hijos, hasta el punto de que el Parlamento, hartado de verla todos los días, dictó una sentencia prohibiéndola volver á pleitear sin antes pedir consejo por escrito á dos abogados: indignada la señora, fué á quejarse al hermano de Boileau, y como un magistrado que estaba con éste la dió algunos buenos consejos, ella se irritó, se echó encima de él y le dió de bofetadas. Con este y otros relatos Racine hizo su cosecha, y pronto germinó en su espíritu el plan entero de *Los pleiteantes*.

La obra de Racine no tiene la importancia ni el alcance que *Las avispas*, de Aristófanes; *Los pleiteantes* no tenían más pretensión que la de ser una bufonada; y aunque, en efecto, la pieza tiene demasiado de bufa para ser una verdadera comedia, es también sobrado seria en ciertas escenas para poder pasar por una simple bufonada. Este carácter híbrido le perjudicó, y á la segunda representación hubo que abandonar la

obra, que estaría hoy olvidada si una verdadera casualidad no la hubiera resucitado.

Luis XIV se aburría en Saint-Germain, y para distraerle fué allá la compañía del hotel de Bourgogne. Se trataba de hacer reír á S. M., y se le sirvió una tragedia en cinco actos; como era natural, el rey no tuvo ocasión de reírse; entonces los cómicos tuvieron la ocurrencia de representar *Los pleiteantes*, y entonces el regio semblante se desarrugó, y llegó un momento en que S. M. soltó una carcajada. ¿Qué hacer? En la Monarquía, cuando el rey ríe, la Corte ríe; cuando la Corte ríe, los refinados de la ciudad ríen; cuando ríe la ciudad, el pueblo ríe; y cuando ríe el rey, y ríe la Corte, y ríe la ciudad, y ríe el pueblo, ¿qué tiene que hacer la posteridad sino reír? ¡Y la posteridad ha reído!

Racine reunió en Chicaneau, creación de Rabelais, todas las exageraciones de los pleiteantes, haciendo de él el prototipo del pleitista; á su lado colocó á la condesa de Pimbèche, que era la reproducción de la duquesa de Crissé, con su traje color de rosa seca y su antifaz atravesado sobre la oreja, haciendo de abogados Juanito, un principiante, y el Intimado, machucho en todas las marrullerías de la profesión, tal como se ejercía en el siglo XVII, con toda clase de gestos y ademanes, con discursos interminables atiborrados de citas latinas; figuraos todo eso dicho en tono altisonante por un hombre con una peluca de martillos que le bajaba hasta el pecho, con enormes anteojos de cuerno montados en la nariz y con la cabeza rematada por alto gorro cuadrado, y podéis imaginaros la caricatura resultante.

Los abogados no dejaban nunca de desplegar todos sus medios ante los tribunales; uno de ellos pleiteaba en un asunto de sucesión por un niño de cinco á seis años, y para mejor conmover á los jueces le había hecho comparecer ante el tribunal; su arenga excitó la emoción de todos: á los magistrados se les saltaban las lágrimas; el público lloraba francamente, y el abogado, en su peroración, para acabar el efecto, cogió al ni-

ño y lo tendió hacia el tribunal, como hace el Intimado de Racine con sus perrillos; el niño se puso á llorar, y todo el mundo sollozaba, cuando de pronto el abogado contrario, viendo que su causa iba á quedar ahogada en aquel mar de lágrimas, dijo al niño:

—Pero, amiguito, ¿por qué lloras?

—¡Porque me pellizca!—replicó el niño.

¿Qué podían hacer los magistrados al oír aquellos alegatos? Lo que Pedro Dandin hacía: dormir. Cuando el abogado aburre al juez, el juez se duerme, y ambos quedan en paz. En el Parlamento de París, un día en que el abogado era demasiado latoso, la tercera parte de los jueces dormía, otra tercera parte conversaba y sólo otro tercio atendía al orador; impacientado el primer presidente, Aquiles Harlay, ante aquel espectáculo, exclamó con voz severa:

—Si los señores que están hablando hiciesen como los que están durmiendo, los señores que están escuchando podrían oír.

Los jueces no han gustado nunca de largas alegaciones. Decori recuerda que cuando él empezó á ejercer había un joven abogado muy charlatán y un anciano presidente muy espiritual, que jugaba con el abogado como el gato con el ratón. Un día llega el abogado y toma la palabra:

—Señores—dice,—tengo el honor de presentarme ante el tribunal...

—Maestro—dice el presidente,—el asunto es muy sencillo y requiere pocas explicaciones: ¡dos minutos de defensa!

—Sin embargo, señor presidente, preciso es que yo explique...

—¡Dos minutos!

—Sin embargo, señor presidente...

—Maestro, ¡que están empezando á correr!

Aquél era un magistrado flaco, de gesto tajante y seco; otro, grueso y melifluo, llegaba al mismo resultado por otro camino: cuando veía levantarse al abogado, le miraba bona-

chonamente con mirada lacrimosa, y con dulce voz le proponía en dos palabras el pacto siguiente:

—Maestro, ¡nada de discursos, nada de condena!

¿Qué hacer? El abogado envainaba su defensa, y ganaba su proceso sin haberlo defendido, quizá por no haberlo defendido.

En la obra de Racine aparecen las ridiculeces y las faltas de la gran familia judicial; pero se equivocaría grandemente quien juzgara á esa familia por la caricatura que de ella ha hecho Racine. Hoy no se pronuncian aquellos discursos enormes, hinchados y atiborrados de citas clásicas griegas y romanas, y los jueces tampoco se duermen nunca en la audiencia. Sin embargo, termina diciendo el ilustre abogado parisién: «Para mostraros mi gratitud por haberos dignado leerme, dejadme daros un consejo, un pequeño consejo desinteresado, un consejo de abogado: No pleiteéis nunca».

PSIQUIATRÍA

PSIQUIATRÍA Y NEUROLOGÍA.—Tal ha sido el tema tratado por el profesor Morselli en su discurso inaugural del XII Congreso de la Sociedad freniátrica italiana celebrado en Génova, y del que extractamos lo más interesante tomándolo de la *Rivista d'Italia*, que lo ha reproducido íntegro.

El nombre de *freniatria*, propuesto por Carlos Livi, expresa etimológicamente la fusión de las dos ramas de estudios, la psiquiatría y la neuropatología, porque indica la unidad del órgano con la función, del cerebro con el pensamiento, del sistema nervioso con las más altas facultades del espíritu. A la *psiquiatría* pura pertenecen los grupos de las variedades extremas de la personalidad, de las anomalías constitucionales primigenias de la psiquis, de las vesanias simples ó típicas, no explicables todavía con seguro fundamento anatomo-patológico; todos estos grupos vienen de año en año disminuyendo, conforme se conoce mejor la naturaleza de los disturbios men-

tales y de su correlativo orgánico. A la pura *neuropatología* pertenece en cambio una categoría particular, quizá más numerosa, de enfermedades: las que afectan á la periferia y á los centros inferiores del sistema nervioso, donde faltan las manifestaciones psíquicas. En Italia están tan convencidos de la imposibilidad de distinguir neta y totalmente ambos dominios, que hasta el nombre mismo de las cátedras de Psiquiatría, recientemente establecidas, ha sido cambiado, llamándose hoy oficialmente *Clínicas de las enfermedades nerviosas y mentales*. La unión didáctica de ambas enseñanzas corresponde á la unidad fundamental de la psicología con la neurología, tanto en el dato anatómico y fisiológico como en el patológico y clínico. En los últimos Congresos médicos, el profesor Fürstner, de Strasburgo, alienista eximio, habló elocuentemente contra la tendencia separatista, mientras el Dr. Schultze, de Bonn, clínico eminente, se declaró abiertamente contra la fusión. Por eso importa dilucidar el problema.

La separación no puede ser absoluta: la psiquiatría pasa á ser neuropatología, como ésta se convierte en patología común; no hay límites fijos ni puede haberlos. ¿Dónde, por ejemplo, termina la pediatría? Según unos, á los siete años; según otros, en la pubertad; los especialistas del sistema nervioso saben que las perturbaciones nerviosas ó mentales de los púberes y jóvenes no son ya las infantiles, pero no pueden decir: aquí acaba la pediatría y empieza la clínica médica y la psiquiatría. La mayor prueba de la unidad de ambas naturalezas, orgánica y funcional, nos la dan la psiquiatría y la neuropatología. Separarlas escuetamente parecería excesivo aun á los que, siguiendo á Wundt, admiten por lo menos el paralelismo físico y mental que se extiende misteriosamente á todos los seres.

La Psiquiatría, definida por Meynert como la «clínica de las enfermedades del cerebro anterior», es para Morselli «la parte de la medicina que estudia las desviaciones de la mente humana producidas por las anomalías y enfermedades de su

fundamento orgánico: el cerebro». Ningún hecho psicopatológico puede ser comprendido sin recurrir á explicaciones anatómo-fisiológicas; y bajo cualquier aspecto que se consideren las dos especialidades hermanas, se las ve enlazadas íntimamente: en la *nosografía* ó descripción de las enfermedades, los síntomas mentales ó psíquicos aumentan en la neuropatología cuanto mejor se conocen las enfermedades nerviosas, como en el cuadro de las enfermedades psíquicas se estudian los fenómenos de la inervación y de la vida vegetativa; en la *nosología* ó distinción de las enfermedades hay muchas indecisas que pasan de un campo á otro, habiendo algunas *neurosis* que debieran figurar entre las *psicosis*, y recíprocamente; en la *etiología* ó tratado de las causas, la unificación se impone, estando las causas morales de las enfermedades nerviosas en proporción con las causas físicas de las enfermedades mentales; en la *patogénesis*, que indaga los procesos morbosos, no hay ya distinción posible, pues siempre son los mismos procesos de infección, de intoxicación exógena ó endógena, de flogosis, de degeneración conectiva ó parenquimal; en la *terapia* misma ambas especialidades se vienen unificando cada vez más, pues si la psiquiatría recurre á medios físicos, la neuropatología pide auxilio al elemento moral.

Muchos síntomas de la locura que parecían exclusivamente psíquicos se reducen á elementos fisiológicos, como ciertas perturbaciones del movimiento ó de la sensibilidad se han convertido en fenómenos psíquicos; el histerismo en las magistrales lecciones de Charcot era una *neurosis* pura; pero las investigaciones sobre el hipnotismo, en las que venció la escuela psicológica de Nancy á la neurológica de la Salpêtrière, vinieron á parar á la actual definición del histerismo como «una enfermedad de ideación», compuesta de elementos morbosos psíquicos de naturaleza intelectual; de este concepto sale la interpretación psicológica de toda la sintomatología del histerismo: la anestesia de la sensibilidad es una restricción del campo de la conciencia; la hiperestesia y la hipocondría es la in-

vasión de elementos subconscientes ó inconscientes en la esfera lúcida de la conciencia; las parálisis son pérdidas de la representación de los movimientos, inhibiciones de la idea negativa y autosugestiva de no poderse mover. ¿Y en la fenomenología histérica normal? ¡Cuánta psicopatología! El carácter, la sugestibilidad, las ideas fijas, las abulias ó insuficiencias de voluntad, las fobias ó miedos morbosos, las obsesiones, los estados angustiosos, los sueños, los sonambulismos, los delirios transitorios, los contactos pasionales; y luego la hipnosis, la catalepsia, el éxtasis, el contagio moral y el mimetismo, el automatismo escribiente; y después la clarividencia, la medianidad, la telepatía y todo el cúmulo de fenómenos, reales ó imaginarios, que tienden á lo ultrapsíquico. Oppenheim dice: «el histerismo es una enfermedad psíquica que encuentra su expresión clínica en anomalías del carácter y de la disposición del ánimo»; y venimos á parar en que la neurosis se ha hecho primero neuropsicosis, luego se ha convertido en psiconeurosis, y al fin se tiende á verla como un psiquismo genuino.

Y lo dicho del histerismo puede repetirse de la neurastenia, esa enfermedad del siglo XIX, cuya gravedad y difusión verá aumentarse el XX. Todos los principales síntomas de la neurastenia son principalmente psíquicos ó córtico-cerebrales: debilidad irritable de los centros superiores, incapacidad total ó parcial para el trabajo mental, disminución ó distracción ó exceso de concentración de la atención, humor negro, fobias, obsesiones, debilidad de representaciones, anagnosia ó dificultad para reconocer las cosas vistas, escritas ó hechas, depresión de la voluntad, emotividad, tristeza, preocupaciones hipochondríacas, impotencia, frigidez, ideas y tendencias al suicidio. La neurastenia no es una neurosis, sino una psicosis, y se la puede llamar *cerebrosis* ó, mejor, *poliocerebrosis*, es decir, afección de la sustancia gris del cerebro. Y lo mismo puede decirse de las presuntas grandes neurosis, la neurastenia traumática, la epilepsia y la corea: todas son verdaderas y propias poliocerebrosis.

Hasta en las enfermedades comunes del eje cerebro-espinal y de las partes periféricas del sistema nervioso vemos la variedad é intensidad de los fenómenos psíquicos. ¡Cuántos estupores y confusiones mentales en los tumores endocránicos, que frecuentemente producen verdaderas demencias antes de revelarse lo que son! ¿No se confunde la esclerosis diseminada con la parálisis general progresiva? Y esta última terrible enfermedad, producto de los destrozos cerebrales ocasionados por nuestra civilización y por la competencia vital, ¿no se la disputan la Psiquiatría y la Neuropatología? Recuérdese lo ocurrido con la altísima función del lenguaje: el estudio de las afasias lo hicieron neurólogos geniales, con tal agudeza analítica que revolucionaron la fisiología del pensamiento; el método psico-analítico de Broca, sistematizado por Charcot, perfeccionado por Pitres, Ballet, Lichtheim, Wernicke, etc., ha fijado el valor de los elementos perceptivos y representativos del lenguaje oído, pensado, pronunciado, leído y escrito; aquí la psiquiatría es deudora á su hermana, y de ella ha recibido la luz para esclarecer multitud de fenómenos psicopáticos, como las alucinaciones é impulsiones verbales, las alucinaciones unilaterales, los desdoblamientos del pensamiento, la verbigeración, la ecolalia, ciertos delirios de posesión, el mutismo, la logorrea, la grafomanía, la anagnosia, etc.

La unificación de las dos especialidades se ha realizado años ha en el campo terapéutico. Combatiendo la difusión de las grandes enfermedades sociales, la tuberculosis, la sífilis, el alcoholismo, hacemos higiene y profilaxis, tanto en psiquiatría como en neuropatología; la higiene de los nervios y del cerebro se hace higiene del alma; impedir el desquiciamiento, envenenamiento ó envejecimiento del cerebro, no es sólo asegurar al individuo hasta el fin de su existencia el pleno ejercicio de sus facultades, sino reparar los daños de la herencia patológica y preparar el advenimiento de una humanidad regenerada. ¿Qué más? ¡Autorizadísimos neuropatólogos tienden á exaltar la acción *moral* de los agentes físicos mismos! Es inne-

gable que la electroterapia ayuda en buen número de enfermedades nerviosas; pero ¿no le atribuyen Möbius y Löwenfeld eficacia sugestiva? Sin duda es un exceso decir que la franklinización, el galvanofaradismo, la darsonvalización, la voltización monódica, las líneas de fuerza magnética, el electromagnetismo, la luz blanca y la colorada en sus rayos luminosos, no caloríficos, las radiaciones X, etc., tengan sólo acción moral; pero esa exageración implica la confesión preciosa de que en terapia nunca debe desatenderse el valor de la cura psíquica. Recuérdese lo ocurrido con el hipnotismo, que ha tenido más aplicaciones y más eficacia en el dominio neuropatológico que en el psiquiátrico, siendo los verdaderos dementes poco susceptibles, y los neuróticos sugestionabilísimos.

Para quien sepa estudiar los recientísimos métodos reeducativos de los movimientos de Frenckel y Goldschêider en la ataxia de la tabes, de Brissaud y Meige en los tics, de Gutzman en el balbuceo, descansan en elementos fisio-psicológicos, en asociaciones y sustituciones de datos percibidos y de imágenes musculares, en la influencia de la atención, en la eficacia de la psiquis consciente. La substancia nerviosa, especializada y diferenciada, lleva consigo siempre esa indefinible esencia de la vida que llamamos conciencia. ¿Cómo la absorbe y la lleva consigo? La ciencia no tiene respuesta á la terrible pregunta. ¿Es la psiquis la que verdaderamente dirige, según la hipótesis de una escuela contemporánea de biólogos y psicólogos evolucionistas, la formación, desarrollo y diferenciación de los órganos y organismos? ¿O es más bien la materia vital la que del hecho físico y químico hace brotar la organización y esa energía maravillosa llamada «conciencia», cuando aquélla llega al grado necesario de integración y de evolución? Hay quienes se declaran por una solución, y quienes optan por la otra; la ciencia no ha decidido nada todavía.

SOCIOLOGÍA

LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD EN LOS ANIMALES Y EN LOS VEGETALES.—Antes de que Darwin hubiese publicado sus estudios sobre la evolución de los seres orgánicos, el hombre era considerado un sér único, superior, fuera de las leyes de la naturaleza—dice el profesor Pablo Peola en *L'Italia Moderna*;—se creía que los animales estaban creados para utilidad ó recreo del hombre, las plantas para alimento de los animales ó del hombre mismo, debiendo todo desenvolverse con armonía en un ciclo inmutable y eterno. Darwin demostró que todo sér, aun antes de nacer, está rodeado de asechanzas; que tiene que luchar desde que nace para ganarse el sustento; que debe adaptarse al cambio de ambiente, y que tiene que luchar para asegurar la existencia á sus descendientes; en esta lucha no todos son actos cruentos, y á veces el egoísmo cede al altruísmo, originándose de la unión amorosa de los individuos, para hacerse más fuertes en la lucha, la familia y la sociedad.

El instinto más natural y común á todos los seres es el de la conservación del individuo, que se explica con la nutrición y la propia defensa: ante todo, tratamos de conservar nuestro yo; pero cuando viene á menos, el instinto de la conservación se exalta y se sublima en el de la conservación de la especie: del *yo* pasamos al *nosotros*, y del egoísmo al altruísmo, reducido á su más simple expresión, á lo que es carne de nuestra carne, á nuestros hijos; el altruísmo tiene así su verdadera base en el egoísmo, siendo un egoísmo perfeccionado.

Prescindiendo del reino de los proteitas, protozoos y protofitas, y aun de los seres posteriores generados por fecundación fatal, obligada ó casual, donde comienza á existir la simpatía es en los seres que necesitan de otros para fecundar ó ser fecundados; allí empieza la familia, con el padre, la madre y la prole. En casi todos los animales de sexos separados, según Darwin, hay lucha constante entre los machos por la po-

sesión de la hembra. El cortejar de los animales no es cosa tan sencilla como parece: las hembras prefieren á los machos más hermosos, á los que cantan mejor ó á los que son más vigorosos; entre los animales hay siempre lucha por la posesión de la hembra, y el vencedor es el preferido por la dama; la lucha consiste ó en un duelo á última sangre, como entre los gallos, ó en una exposición de los colores más brillantes, como entre los insectos y pájaros, ó en un concurso más ó menos musical, como entre los ruiseñores, mirlos y ranas.

Una vez apoderado de la hembra, el macho la es raramente fiel; la monogamia es una excepción; la duración del amor conyugal, del matrimonio, es breve, en general, y corresponde al máximo del período llamado «luna de miel»; luego, se divorcian sin más formalidades, y nada más. Algunos salvajes se conducen como los animales, sin que el amor éntre para nada en su unión, habiendo pueblos en los que no existe palabra que corresponda á las de *querido*, *amadísimo*, etc.; el hombre, en esos pueblos, atiende á las necesidades del aprovisionamiento y de la defensa, y la mujer á la conservación de las cosas adquiridas; el hombre suele ser allí polígamo, y la mujer no conquista su legítimo puesto sino cuando la monogamia se establece.

El macho, en general, abandona sus hijos á los cuidados de la madre, llegando en algunos casos á morir ó ser muerto después de la posesión de la hembra, como entre las abejas. En muchas especies la prole no conoce al padre, y la madre se cuida de todo, dando origen al tipo de familia conocido con el nombre de matriarcado. En la familia humana misma, parece que el matriarcado ha precedido al patriarcado. Sólo excepcionalmente ejecutan los machos el papel de custodiar y defender la prole. Con frecuencia macho y hembra empollan los huevos, y cuando los incuba la hembra, el macho está cerca, vigilando, llevando la comida y alegrando á la hembra con sus cantos. También las hembras de los mamíferos preparan con cuidado sus nidos, siendo proverbial el cariño de las monas á sus hijos.

y la compasión que sienten por los seres débiles, cualidades que hacen olvidar otras malas condiciones. En el hombre salvaje, en cambio, el infanticidio es frecuente, y entre los hotentotes muy común; las víctimas suelen ser las niñas, y cuando hay gemelos, el peor conformado suele ser enterrado vivo; entre algunas tribus australianas, se mata al niño recién nacido metiéndole palos ardientes en las orejas y llenando de arena los agujeros mientras encienden una hoguera para quemar los cuerpecitos.

El altruismo de un sexo por otro, ó de los padres por los hijos, es desinteresado y forma la base de la familia. El altruismo en que se basa la sociedad es en cambio más ó menos interesado y se funda generalmente en el principio del *do ut des*. Hay seres cuyos órganos están constituidos por otros tantos individuos, que reunidos forman un todo, como los sifonóforos. Hay otros independientes, pero con funciones fijas y diversas, como las abejas y las hormigas. El parasitismo verdadero engendra la lucha entre el que trabaja y el que goza; la yedra, por ejemplo, emblema de constancia (donde me abrazo muero), puede citarse como ejemplo de los que, miserables por sí mismos, estrechan á los poderosos para ensalzarse. La verdadera sociedad está en la simbiosis ó mutualismo, ejemplo los líquenes, cada uno de los cuales está formado por un alga y un hongo; el alga se nutre por los dos y el hongo la da habitación y la protege. La levadura del pan y de la cerveza y la fermentación del vino es producida por microbios, y el hombre los protege y propaga para tener pan, cerveza y vino. Así se ve que, cuando se trata de la propia conservación, no sólo se unen entre sí, formando sociedades más ó menos perfectas y conscientes, los individuos de la misma especie, sino las especies más nobles y elevadas con las más atrasadas y miserables.

PSICOLOGÍA

LA PSICOLOGÍA DE LAS PASIONES, SEGÚN NIETZSCHE.—Según Alfredo Fouillée (*Revue Bleue*), la psicología de Nietzsche no merece menos atención que su metafísica y su moral. La característica de esta psicología es excluir del fin perseguido por la voluntad todo lo que no sea poder; esta exclusión se hace sin pruebas, como una verdad revelada; es la psicología de la fuerza, que sirve de base á la moral de la fuerza.

Nietzsche tiene un gran mérito para el crítico; mientras que casi todos los partidarios del amoralismo no ven las consecuencias de sus doctrinas, ó si las ven se esfuerzan por disimularlas, Nietzsche las expresa sin ambages, poniendo los puntos sobre las *ies*, ofreciéndonos el cuadro vivo de todo el trastorno de las conciencias contemporáneas; es un *tipo*, un ejemplar digno de ser estudiado; es un espejo de nuestras conciencias enloquecidas, y debemos todos estimarnos felices por no caer como él en la parálisis general, ya que caigamos frecuentemente en la parálisis de la voluntad.

Nietzsche, sin espíritu recto, tiene conciencia recta y alta de cuanto dice, y por esa conciencia se levanta contra la moral, «envenenamiento de la naturaleza». Al tratar los discípulos de Nietzsche de *des-moralizarnos* teóricamente, arriesgan el *desmoralizarnos* prácticamente; es, pues, laudable, no sólo por la utilidad social, sino por la verdad y por la ciencia, combatir el amoralismo y el sofisma, pues la mentira es como la calumnia, de la que siempre queda algo, por lo cual no debemos nunca cansarnos de responder á los la Rochefoucauld, los Helvetius, los Stirner y los Nietzsche.

Después de rechazar el hedonismo y el endemonismo, Nietzsche propone lo que llama su concepción unitaria de la psicología, «la voluntad del poder», forma primitiva de las pasiones, y de la que cada pasión es sencillamente una transformación nueva. «Aspirar al poder, á un aumento del poder»,

ese es el principio capital de Nietzsche. Esta «voluntad ó querencia del poder» no sólo aparece en los fuertes, en los opresores, sino en los oprimidos, en los esclavos, en forma de «deseo de libertad»; se quiere la libertad mientras no se tiene el poder, y cuando se empieza á tener se quiere la preponderancia; si no se consigue, ó se es demasiado débil para ello, se pide la *justicia* ó la igualdad de derechos; pues las formas disfrazadas de la querencia del poder son innumerables: el instinto de conservación, el deseo de *colocarse*, la sumisión á los poderosos, el amor, etc., son formas de la voluntad de poder. Los tres pecados capitales «orgullo, voluptuosidad y espíritu de dominación» son virtudes cardinales para Nietzsche, no habiendo en el mundo más que ambiciosos en busca de todas las especies de poder, unos por la riqueza, otros por la violencia, otros por la virtud, otros por el saber. Por la linterna mágica de Nietzsche desfila la gran mascarada de los sentimientos humanos, todos con disfraces de la querencia del poder; la abnegación misma es el gran juego del ideal, en el que se arriesga la vida por lograr quizá la gloria; un egoísmo disfrazado, en suma. ¡Ojalá estuviéramos rodeados de egoístas de esa especie!

Cuando una mujer cuida á un sér que la es querido, lo hace, según Nietzsche, por enorgullecerse de su integridad física frente al que lucha con la muerte. «¿Hay algo más egoísta—dice—que la compasión de las mujeres?» Nadie ha entendido mejor que Nietzsche el arte de envilecer la naturaleza humana. Todos los sentimientos desinteresados pierden su peso en la balanza alocada de Nietzsche; cuando admiramos una obra de arte, alabamos al artista para con esa alabanza, que es una especie de restitución del beneficio recibido, no tener nada que agradecerle, dando así testimonio de nuestro poder de juzgar y recompensar. El reconocimiento—dice—es la buena venganza; cuando uno agradece ó vuelve bien por bien, lo hace por vengarse del bien recibido, para mostrar su poder. La bondad es un nuevo medio de extender nuestra acción y nuestro poder sobre los demás. La generosidad es la embriaguez in-

mediata del poder desplegado. La simpatía y la compasión son una cobardía, una debilidad, un sentimiento contra naturaleza. ¿Se compadece el león del animal que desgarrar y devora?

Sabido es que Kant, acordándose de Pascal, hacía de la apuesta un medio de probar nuestras pretendidas certidumbres. Pues bien: ¿apostarían Nietzsche y la Rochefoucauld su cabeza á que no existe en ningún sér la menor partícula de desinterés? ¿Se atreverían á apostar que no existe en su corazón? Un Nietzsche sí apostaría por el gusto del riesgo loco, encanto de los locos; pero la Rochefoucauld no apostaría, y la mayor parte de los hombres no se atreverían á apostar.

Pero hay todavía un argumento mejor que el de la apuesta: la teoría de las ideas-fuerzas. Nietzsche mismo conviene en que la idea tiene una fuerza propia, que procede de la satisfacción inmanente que da á la inteligencia, del acto mismo de la intelección ó, si Nietzsche quiere, del desarrollo de poder que la idea implica; no se puede concebir la idea de amor sin el atractivo inmanente de esta idea. Si esto es así, un sér que piensa no puede ser completamente egoísta; no se puede nacer á la vida intelectual sin romper la cáscara del yo; aunque el amor de la madre á su hijo fuera sólo aparente, provocaría un amor real. Nietzsche y la Rochefoucauld responderán: «Cuando compartís el dolor ó el placer de otro, os tomáis interés propio por ese dolor ó ese placer; luego sois un interesado, un egoísta». Pero la cuestión es saber si yo me intereso en vuestro placer por ser vuestro ó porque contribuye á mi propio placer; y si encuentro mi satisfacción en la satisfacción de otro, soy desinteresado. Nietzsche, lo mismo que la Rochefoucauld, al analizar los sentimientos humanos, razonan lo mismo que quien, hallando cobre en un collar de oro, se empeñara en sostener que todo el collar era de cobre. Gran mixtificador mixtificado por sí mismo, la cabeza ardiente de Nietzsche es un volcán que arroja como lava todos los sofismas.

IMPRESIONES Y NOTAS

CLASIFICACIÓN DE LA LOCURA.—Los notables *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires, al dar cuenta de la aparición en segunda edición de la *Psiquiatría*, de Ziehen, en Leipzig, extractan de la misma la lista ordenada de las enfermedades mentales, caracterizadas diferencialmente en los siguientes términos:

Manía, cuyos dos síntomas principales son la exaltación y la aceleración de la asociación de ideas.

Melancolía, caracterizada por la depresión y detención del pensamiento, como hechos primitivos.

Estupidez, con detención más ó menos completa de la asociación de ideas y suspensión de la motilidad.

Paranoia alucinatoria aguda (locura alucinatoria de Fürstner y Walm, delirio alucinatorio agudo de Krafft Ebing, amencia de Meynert, alucinosis de Wernicke, confusión mental alucinatoria aguda de Fritsch, confusión mental asténica de Meysert); arranca de alucinaciones é ilusiones origen de ideas delirantes, siendo secundarios los trastornos de la sensibilidad moral y de la ideación, terminando frecuentemente en *delirio agudo*.

Delirium tremens, paranoia alucinatoria sobreaguda, propia exclusivamente de los alcohólicos.

Paranoia alucinatoria crónica, caracterizada por la alucinación que engendra ideas delirantes, llena de episodios de excitación, depresión y confusión mental, productos de alucinaciones sensoriales y concepciones delirantes.

Paranoia simple aguda, con conceptos delirantes, pero sin alucinaciones y sin que se sientan afectadas la sensibilidad ni la asociación de ideas.

Paranoia simple crónica, con ideas delirantes primitivas, y después trastornos primarios de la sensibilidad y de la asociación de ideas.

Delirio agudo, con síndrome de incoherencia, agitación é hipertermia, que generalmente acaba en muerte.

*
* *

DECADENCIA DE LA LITERATURA YANKI. — Un periodista americano que parece conocer á fondo su país, atribuye á dos causas principales la decadencia de su literatura: la influencia de las mujeres, á quienes les gusta lo bonito, el decoro y los sermones, y el espíritu mercantilista americano, que sólo se preocupa de industria y de comercio.

«El deseo secreto de todo inglés—dice—es ser un lord; el deseo secreto de todo francés es ser miembro de la Academia; el deseo secreto de un alemán es escribir un libro grande sobre los dialectos de las tribus turanias: esas ambiciones elevan é iluminan la vida. Yo he buscado mucho tiempo, sin encontrarla, la fórmula que pudiera caracterizar las aspiraciones de un americano; ahora bien, el otro día, echando una ojeada sobre las primeras líneas del prospecto de una compañía de seguros, leí estas palabras: vivir confortablemente y ganar más, es la gran idea que todos tenemos. Y he ahí el ideal de todo americano: comer mucho y bien, tener una gran casa, buenos trajes y una posición social importante. Una nación que alimenta semejantes pasiones es incapaz de literatura».

*
* *

EL MÉTODO HIPNÓTICO EN PEDAGOGÍA.—Llama el Dr. Besillon método *hipnopedagógico* á la serie de procedimientos que, teniendo por base el hipnotismo, tienden á corregir los impulsos viciosos y antisociales de los niños, debidos, en general, á la falta de voluntad de detención, que es el poder moderador. La sugestión hipnótica es el medio más eficaz para la reeducación de la voluntad.

Los principios en que descansa este método son cinco:
1.º Estudio previo de la sugestibilidad natural del individuo.
2.º Provocación del estado de hipnotismo, ó por lo menos de

un estado de pasividad próximo al hipnotismo. 3.º Imposición de una dirección moral por medio de sugerencias imperativas. 4.º Apoyo de estas sugerencias en acciones mecánicas, ó sea por medio de una gimnástica especial destinada á contrarrestar los movimientos impulsivos. 5.º Vuelta del sujeto al estado normal, despertándole.

Los impulsos irresistibles contra los que está más indicado el método hipnopedagógico son: 1.º La kleptomanía. 2.º El onanismo. 3.º Las aberraciones y perversiones sexuales. 4.º La onicofagia. 5.º La mentira. 6.º La pereza. 7.º La vagabundería. 8.º La incontinencia de orina.

Según el Dr. Berillon, el método sólo da buen resultado en sujetos de cierto desarrollo intelectual, pero es inaplicable á los idiotas y á los niños que tienen debilidad mental pronunciada; las curaciones obtenidas son duraderas, y aplicado el método por personas competentes es de absoluta inocuidad.

*
* *

LAS BIBLIOTECAS DEL PORVENIR.—Guido Biagi, en la Exposición de San Luis, dió sobre la historia y el porvenir de las bibliotecas una conferencia que, publicada en la *Rivista delle Biblioteche*, merece ser resumida en este sitio.

Las bibliotecas del pasado, comparadas con las modernas, se parecen á un transatlántico respecto de una trirreme: á las notas tironianas de los escribas romanos hemos sustituido la máquina estenográfica; á las tablillas de cera, las páginas impresas por las máquinas de escribir; al dibujo y á la pintura nimada, la fotografía y la policromía; á los despachos llevados en caballos de posta, el telégrafo sin hilos.

Cuando se inventó el fonógrafo no se pensó que los cilindros en que las vibraciones de la voz habían impreso su delicada huella podían reproducirse como se reproduce por la estereotipia una página entera de caracteres móviles. Sin ser profetas, podemos afirmar que, sin tardar mucho, habrá en toda biblioteca una sala para las audiciones de discos del gramófono,

como en Milán, en la nacional de Brera, y se tendrán armarios para conservarlos como en las bibliotecas asirias se conservaban las tablillas de barro con sus caracteres cuneiformes: he ahí una nueva forma del libro del porvenir.

La enorme cantidad de papel impreso que inunda las bibliotecas impondrá pronto una selección: será preciso crear cementerios para todas las ediciones estereotípicas de textos escolares, catecismos, horarios ferroviarios, etc.; las mejores partes del edificio serán consagradas á los libros dignos de ser preservados del olvido por su contenido ó por la riqueza de su forma, y en esta gran república del libro sobresaldrán príncipes y soberanos, formando una verdadera aristocracia, que será la verdadera biblioteca dentro de la biblioteca, y allí se verá, al lado de un papiro interesante ó de un pergamino iluminado, un disco de gramófono con el último discurso del Kaiser ó una escena de teatro de la Sarah Bernhardt.

Uno de los caracteres de estas bibliotecas será el internacionalismo, del que vemos ya indicios premonitorios en el *Catálogo de la literatura científica* que se compila en Londres; en el *Concilio bibliográfico*, de Zurich; en el *Instituto de Bibliografía*, de Bruselas, y en el *Catálogo Card*, de Washington. Así llegará el día en que todas las bibliotecas del mundo culto formarán como una sola colección, y la telegrafía sin hilos permitirá oír en Melbourne un disco de gramófono pedido en la biblioteca de Londres. Los lectores serán raros, y el número de los oyentes aumentará cada vez más, escuchando desde su casa el diario hablado y el libro hablado. Los estudiantes oirán sus lecciones sin moverse de la cama, y no conocerán ni siquiera de vista á sus profesores. La Caligrafía será un arte casi olvidado para paleógrafos y conservadores de manuscritos, y los autógrafos serán tan raros como hoy los códices palimpsestos. Los libros no se leerán, se escucharán, y los discos gramofónicos ocuparán gran parte de la biblioteca.

*
* *
*

LOS MICROBIOS Y LA MONEDA.—El Dr. Tomás Darbington, director del servicio de sanidad en Nueva York, recogiendo los resultados de los estudios y experimentos del Dr. Park, se declara vivamente preocupado por los peligros de contagio que ofrecen la moneda de metal y la de papel, manifestando la necesidad de que se renueven con frecuencia los billetes de Banco.

Según los experimentos del Dr. Park, los billetes inoculados con bacilos de difteria los conservan durante mucho tiempo. El Dr. Park ha analizado microscópicamente billetes y monedas procedentes de diferentes casas de comercio, obteniendo los promedios siguientes: bacilos vivos de difteria encontrados en las piezas de cinco céntimos, 26; en las de diez céntimos, 40; en billetes de Banco casi limpios, 1.250; en billetes de Banco sucios, de 70 á 75.000. De estas cifras se desprende la conclusión, seguramente inesperada para el vulgo, de que los billetes son mucho más peligrosos para la salud pública que la moneda metálica.

*
* *

EL KRAUSISMO EN ESPAÑA.—La hermosa Revista semanal que con el título de *España* publica en Buenos Aires la Asociación Patriótica Española, inserta un substancioso artículo sobre el krausismo, de Alfredo Calderón, suscitado por la necrología de Antonio Atienza á la memoria del malogrado Rafael Torres Campos.

Mal podía pensar Krause que su obra, poco apreciada y casi desconocida en su país, fuera á germinar en España. El azar lo quiso así al hacer elegir á D. Julián Sanz del Río por el Gobierno de mediados del pasado siglo para que estudiase en Alemania el movimiento filosófico. Sanz del Río fijó su atención en el sistema de Krause, y al regresar á España se convirtió en su apóstol.

La lucha fué ruda; todas las rutinas y todos los prejuicios se alzaron contra la nueva escuela, y todas las armas parecieron

buenas para combatirla, desde el sarcasmo y el ridículo, esgrimidos por el mismo Campoamor metido á filósofo, hasta las persecuciones á lo Juliano. Las nuevas ideas se abrieron paso á pesar de todo, y los krausistas lograron triunfar en la política y en la cátedra. Pasó la moda, pero quedó la semilla, y gracias al krausismo, arraigó en España la libertad de conciencia, despertó el interés por la investigación y se fortificó el sentido moral.

Se dice que el krausismo ha muerto. Es posible; pero sus testimonios vivos se llaman todavía D. Francisco Giner, el maestro por antonomasia; D. Nicolás Salmerón, el filósofo; D. Gumersindo Azcárate, el político; Cossío, el pedagogo; Costa, el sabio; Sales y Ferré, el sociólogo; Dorado Montero, el penalista, y tantos y tantos otros, sin contar la pléyade de maestros ya difuntos, como Laureano Calderón y Augusto Linares, Sánchez Ruano y Arés, Leopoldo Alas y Federico Castro, González Serrano y Antonio Machado, etc. Una escuela que produce tales adeptos, ninguno de los cuales renegará seguramente de su filiación, merece el agradecimiento y el respeto de cuantos en España, tengan las ideas que quieran, sepan á la vez sentir y pensar.

FERNANDO ARAUJO

CAÍN Y ARTEMIO

Caín era un judío, pequeño, de ingenio sutil, puntiagudo cráneo y rostro seco y amarillo; unos pelluzgones de pelo rojo y rudo brotaban en sus carrillos y en su barbilla, haciendo de su cara como un viejo marco de peluche, cuya parte superior estaba formada por la visera de una gorra sucia.

Bajo la visera brillaban unos ojuelos grises con pestañas rojas también y que parecían depiladas. Muy pocas veces se detenían aquellos ojos largo rato sobre el mismo objeto: corrían constantemente con vivacidad de un lado á otro y prodigaban por todas partes sonrisas tímidas, escudriñadoras, obsequiosas.

No se podía ver tales sonrisas sin comprender al punto que el sentimiento principal del hombre que sonreía así era el miedo de todo y de todos, un miedo que de un minuto al otro se cambiaba en espanto.

Por esto todos los que no eran demasiado perezosos para hacerlo acrecentaban con capirotaos y burlas de mal género el sentimiento siempre vibrante del judío, sentimiento del que participaban, á lo que parecía, no solamente sus nervios, sino también los pliegues de la túnica de lienzo que cubría su cuerpo huesudo desde los hombros hasta los talones, y que temblaba eternamente.

El nombre del judío era Khaim Aarón Purvitz, pero le llamaban Caín. Esto era más sencillo que Khaim y más conocido de las gentes, y además, hay en este nombre algo muy mortificante. Aunque no conviniese á su aspecto débil y teme-

roso, les parecía á todos que designaba rigurosamente el cuerpo y el alma del judío y que al mismo tiempo era una injuria para él.

Vivía en medio de gentes maltratadas por la suerte, á las que siempre es agradable ofender al prójimo y que saben hacerlo, porque es su único medio de vengarse... Esto era fácil con Caín; cuando le ponían en ridículo, se limitaba á sonreír con aire de culpabilidad, y á veces hasta ayudaba á los otros á mofarse de él, como si pagara así á sus atormentadores el derecho de vivir entre ellos.

Vivía de su comercio, naturalmente. Iba por las calles llevando su azafate sobre el pecho, y gritaba con voz débil y dulzona:

—¡Cera, fósforos, alfileres, agujas, mercería! ¡Artículos de todo género!...

Otro rasgo característico: sus orejas eran grandes, abarqui-lladas, y se movían constantemente, como las de un caballo asustadizo.

Ejercía su oficio en Chikhan, el barrio en que se habían establecido los miserables y los andrajosos de la ciudad con diferentes personalidades de la escoria.

Chikhan se componía de una calle estrecha, formada por casas altas, viejas y de mal aspecto; encontrábanse allí asilos nocturnos, tabernas, panaderías, tiendas en donde se vendían comestibles, hierro viejo y diversos utensilios, y que eran frecuentados por ladrones y encubridores, revendedores al menudeo y vendedoras de todo lo vendible. Había allí siempre mucha sombra, gracias á lo alto de las casas, y mucho lodo y muchos borrachos; en verano, reinaba constantemente un fuerte olor á podrido y á aguardiente quemado. El sol no se asomaba por aquellos lugares sino muy de mañana, con precaución y poco tiempo, como si temiese que se ensuciaran sus rayos con el contacto del fango.

La calle, situada en la vertiente de una colina, cerca de un gran río, estaba siempre llena de obreros del puerto, de mari-

neros procedentes de los barcos que llegaban y de mozos de cuerda. Iban allí para emborracharse y divertirse á su manera; y allí también, en los rincones propicios, los ladrones esperaban á que se hubiesen emborrachado por completo. En las aceras de la calle los vendedores colocaban sus puestos de pastelillos de carne; había también confiteros y vendedoras de hígado. La multitud de trabajadores del puerto absorbía ávidamente el alimento caliente; los borrachos cantaban con voz salvaje y se injuriaban; los vendedores llamaban á gritos á los parroquianos, ensalzando sus mercancías; los carros rodaban con estrépito y se abrían difícilmente paso entre los grupos de gentes que se empujaban para comprar ó vender, esperar trabajo ó acechar una ocasión cualquiera. El caos de sonidos corría por la fangosa calle como agua en ebullición, chocaba con las paredes sucias de las casas, que parecían literalmente cubiertas de llagas, por las grietas, resquebrajaduras y agujeros del enyesado.

Por aquella calle repleta de inmundicias, de ruidos ensordecedores y de discursos cínicos, corrían niños de diversas edades, pero igualmente sucios, hambrientos y corrompidos. Corrían por allí desde la mañana hasta la noche; su existencia dependía de la bondad de las vendedoras y de la habilidad de sus manecitas, y por la noche dormían en cualquier parte, al abrigo de los pórticos, en el cofre que servía de mostrador al pastelero, en el quicio de una puerta. En cuanto amanecía, aquellas víctimas descarnadas del raquitismo y de la escrófula estaban en pie para comenzar de nuevo á robar los bocados selectos y mendigar lo que ya no podía venderse. ¿A quién pertenecían aquellos niños? A todos... Por Chikhan iba y venía diariamente Caín, pregonando su mercancía, que vendía á las mujeres. Estas le pedían prestados veinte copecks por algunas horas, con la obligación de devolverle veintidós, y pagaban siempre puntualmente. En general, Caín hacía muchos negocios en la calle: á los obreros que iban de jarana les compraba las camisas, las gorras, las botas y los acordeones; á las

mujeres, las sayas, las blusas y sus pobres adornos; después cambiaba estas cosas ó las revendía con un beneficio de diez copecks. Y, sin cesar, era el blanco de las burlas y de los golpes; á veces le desvalijaban. No se quejaba nunca, y se contentaba con sonreír, con su sonrisa trágicamente dulce.

A veces, en uno de los sombríos rincones de Chikhan, algunos mozos á quienes el hambre ó la embriaguez hubieran impulsado hasta el asesinato, se arrojaban sobre el judío, á quien los puñetazos ó tal vez el terror hacían que cayera al suelo; y permanecía allí, temblando, á los pies de sus agresores, se registraba convulsivamente los bolsillos, y suplicaba:

— ¡Señores! ¡Mis buenos señores! No se lleven todos mis copecks... ¿Cómo podría continuar mi comercio?

E innumerables sonrisas hacían que gesteara su macilento rostro.

— ¡Vaya, cesa de quejarte! Danos solamente treinta copecks...

Los buenos señores comprendían perfectamente que no hay que exprimir por completo á la vaca cuando se quiere sacar leche de ella.

En seguida Caín se levantaba y echaba á andar con ellos, bromeando y sonriendo; los mozos se servían darle conversación y burlarse de él, y esto ocurría de la manera más sencilla y natural del mundo. Tras un episodio de este género, Caín parecía más macilento todavía, y á esto quedaba reducido el asunto.

No parecía que viviese en buena armonía con el Consistorio israelita.

Pocas veces se le veía acompañado de un correligionario, y se observaba siempre que éste trataba á Caín con desprecio y altivez. Hasta corrían rumores en Chikhan de que sobre Caín pesaba el «kherem» (1), y hubo un tiempo en que las vendedoras le llamaron «el maldito».

(1) Excomunión.

No era esto probable, si bien Caín manifestaba signos indudables de herejía; no observaba el sábado, y consumía carnes vedadas. Le abrumaban á preguntas, insistían, le ordenaban explicase por qué se atrevía á comer cosas prohibidas por su religión. Se hacía el pequeño, sonreía, y salía del compromiso con una broma, ó se escapaba sin contar nunca nada sobre las creencias y las costumbres de los judíos.

Hasta los desgraciados niños de la calle le perseguían tirándole á la espalda ó á sus géneros puñados de barro, cortezas de melón y otras suciedades. Él se esforzaba en contentarlos con palabras cariñosas; pero, por lo general, se metía á escape entre la multitud, adonde no le seguían por miedo de que los pisasen.

Así vivía Caín, conocido de todos y por todos despreciado; vendía, temblaba de miedo, sonreía. Y he aquí que una vez el destino le sonrió á su vez.

Cada rincón del universo tiene su déspota. En Chikhan ese papel estaba desempeñado por el guapo Artemio, un mocetón colosal, con rostro de un óvalo perfecto bajo un bosque de cabellos negros rizados. Sus cabellos caían en caprichosos rizos sobre su frente, y llegaban á tocar las aterciopeladas cejas y los ojos grandes y oscuros, alargados y velados siempre por una especie de vaho húmedo. Tenía la nariz recta, de una corrección clásica; labios rojos y frescos, y poblado bigote negro; todo su rostro, de un óvalo puro y atezado, era de una regularidad maravillosa y de una sencilla belleza; y aquellos ojos como anieblados se adaptaban perfectamente, completando y explicando, por decirlo así, su belleza. Ancho de hombros, de bien proporcionada estatura, de sonrisa perpetua llena de una feliz negligencia, era el terror de los hombres y la alegría de las mujeres de Chikhan. Pasaba la mayor parte del día tumbado en cualquier sitio, en un lugar bien soleado, y allí, perezosamente, aspiraba el aire libre y la luz del sol con breves aspiraciones, que levantaban su poderoso pecho de una manera regular y fuerte.

Tenía veinticinco años. Tres años antes había llegado á la ciudad con una cuadrilla de trabajadores procedente de Promsino (1); y pasado el tiempo de la navegación, se quedó allí durante el invierno, por haber comprendido que podía vivir agradablemente sin trabajar, merced á su fuerza y su belleza. Entonces, de aldeano y obrero se convirtió en el favorito de las vendedoras de pasteles, de las tenderas y de las otras habitantes de Chikhan. Este género de ocupación le permitía comer, beber aguardiente y fumar á discreción; no hubiera sabido desear otra cosa, y así transcurría su vida.

Por su causa, las muchachas se injuriaban y se pegaban; se murmuraba de mujeres casadas ante los esposos de ellas, los cuales las zurraban sin compasión. Artemio permanecía indiferente á todo esto, se calentaba al sol, estirándose como un gato, y esperaba que naciese en él uno de los poco numerosos deseos que le eran accesibles.

Por lo general se tumbaba en la colina sobre la que se apoyaba el barrio. Ante él se veía el río; más allá, los campos que se extendían hasta el horizonte; aquí y allí, manchas grises que salpicaban la alfombra verde y nivelada; eran aldeas. Allá abajo, en el verdor, reinaban siempre la claridad y la calma; mirando á la izquierda se veía de un extremo á otro la calle, desbordante de vida ruidosa; examinando bien aquella masa animada y sombría, podía él distinguir las figuras de gentes conocidas; oía el afanoso murmullo de Chikhan, y tal vez pensaba en algo. En torno de él crecían en la colina las altas hierbas; algunos arbustos, roídos por la consunción, se erguían solitarios; por aquellos lugares, los vagabundos y descamisados dormían la borrachera ó jugaban á las cartas, remendaban sus guñapos ó descansaban del trabajo y de las riñas.

Artemio no gozaba de una buena reputación entre ellos.

(1) *Promsino*, pueblo del gobierno de Smolensko, que proporciona los mejores obreros empleados en el Volga.

Seguro de su fuerza invencible, se conducía á menudo con insolencia; y además, ganaba el pan con demasiada facilidad. Todo esto daba lugar á envidias, y, por añadidura, rara vez repartía su botín con nadie. En general, los sentimientos de compañerismo estaban poco desarrollados en él, y no buscaba la sociedad de las gentes. Si se le acercaban y le empezaban á hablar, respondía de buen grado, pero no era el primero en entablar la conversación; si le pedían dinero para beber, le daba, pero nunca se le ocurría convidar á sus conocidos. Y éstos tenían la costumbre de pagarse rondas.

A la colina iban los mensajeros de amor enviados á Artemio, en forma de una driquela harapienta y sucia de la calle, ó de un muchachillo igualmente repugnante. Eran chiquillos de siete á ocho años, rara vez de diez; pero estaban siempre penetrados de la profunda importancia de la misión que les habían confiado; hablaban á media voz, y sus feúchas caras tomaban un aire de misterio...

—Tío Artemio, la tía María me manda á decirle que su marido se ha marchado, y que es preciso que alquiles un bote para ir con ella al campo... hoy...

—¡Ah!—decía Artemio con voz perezosa, y sus hermosos ojos turbios sonreían.

—Es preciso...

—Iré... Oye..., dime... ¿Qué tal es esa tía María?

—Es una vendedora, por de contado—respondía el mensajero con tono de censura.

—Una vendedora... ¡Ah, sí! es la que está al lado de la ferretería.

—No: la que está al lado de la ferretería es Anissia Nicolaievna...

—Sí, sí, ya lo sé, hermanito... He dicho eso por decir... Era una broma... ¡como si me hubiese olvidado!... conozco muy bien á esa María.

Pero el mensajero no está convencido; quiere ejecutar concienzudamente su mandato, y replica con insistencia á Artemio:

—María es la pequeña pelirroja, la que está junto al pescadero...

—Que sí, la que está junto al pescadero. ¡Qué tipo eres!... ¿Crees que podía confundir? Está bien, corre, y di á María que voy. Anda, largo.

Entonces el mensajero toma una actitud persuasiva, y dice:

—Tío Artemio, dame un copeck.

—¿Un copeck? ¿Y si no lo tengo?—replica Artemio, metiéndose al mismo tiempo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones. Y siempre encuentra alguna moneda. Con risa alegre, el mensajero se va á escape á anunciar á la enamorada vendedora de hígado que ya está hecho el encargo, y á recibir también una recompensa. Conoce el valor del dinero y lo necesita, no solamente porque tiene hambre, sino porque fuma cigarrillos, bebe aguardiente, y porque también él tiene sus historietas amorosas. Al día siguiente á una escena de este género, Artemio se muestra más inaccesible que nunca á las impresiones de la vida, y más hermoso aún con su rara hermosura de animal poderoso, pero tranquilo.

Así transcurría aquella existencia, harta, casi inconsciente, tranquila, á pesar de celosos, de celosas y de envidiosos, que hacía, pero tranquila, sobre todo por la terrible fuerza de los puños de Artemio.

Sin embargo, algo significativo y sombrío se condensaba á veces en los ojos oscuros del buen mozo; las aterciopeladas cejas se acercaban con rudeza, y una profunda arruga cortaba su morena frente. Se levantaba y dejaba su retiro para bajar á Chikhan, y cuanto más se acercaba el tumulto tanto más fruncía el ceño y se dilataban sus finas narices.

Artemio lleva sobre el hombro izquierdo una chaqueta de paño, dejando al descubierto el hombro derecho, y á través de la camisa se percibe la fuerza del brazo. No le gustan las botas, y lleva siempre calzado de cáñamo; las bandas de tela blanca entrecruzadas que le sirven de medias ponen de relieve

los músculos de sus piernas. Avanza lentamente como una nube amenazadora.

En el barrio se conocen sus hábitos, y por su cara se ve lo que se puede esperar de él. Se oye un murmullo previsor.

—¡Artemio viene!

Se apresuran á despejar el camino ante el buen mozo; retiran los puestos y las mercancías, los hornillos y las fuentes de barro llenas de vituallas calientes; le dirigen sonrisas aduladoras, le saludan... y todos le temen. Anda entre señales de admiración hacia su persona y de temor ante su fuerza; anda descuidado y silencioso, y es de una belleza salvaje como la de una fiera.

Su pie se engancha en un puesto lleno de tripas, de hígados y de pulmones, y todo rueda por el suelo fangoso. El vendedor, desesperado, lanza un torrente de injurias.

—¿Por qué te quedas en mi camino? — pregunta Artemio con calma, pero su voz es de mal augurio.

—¿Acaso es este tu camino, buey?—ruge el vendedor.

—¿Y si me agrada pasar por aquí?

En las mejillas de Artemio se forman como dos tumores, y sus ojos brillan como carbones encendidos. El vendedor lo observa y murmura:

—¡La calle es demasiado estrecha para ti!

Artemio prosigue su camino lentamente. Su víctima entra en una taberna, pide agua caliente, lava su género, y á los cinco minutos grita con todas sus fuerzas:

—¡Hígado, pulmón, corazón caliente! ¡Marinero, ven á estrenarme! Te daré cinco copecks de lengua. ¡Tía, cómprame de este cuello! ¿Quién quiere corazón caliente?... ¡Hígado!... ¡Pulmón!...

El ruido sordo de las voces sube y baja con el acre olor á podrido y aguardiente, á sudor, á brea y á cebolla.

Las gentes van y vienen, entorpeciendo la circulación de los vehículos, y gritan, venden, compran, ríen. En lo alto serpentea una franja azul de cielo, empañada por el polvillo de

aquella calle, en la que las sombras mismas de las casas parecen húmedas é impregnadas de lodo.

—¡Mercería, hilo, alfileres! —pregona en alta voz Caín, que marcha detrás de Artemio, el cual es más terrible aún para aquél que para los otros.

—¡Tartas de pera, comprad y comed! — chilla una pastelera.

—¡Cebollas, cebollas verdes!...—dice otra vendedora.

—¡Kvass, kvass! — grita, con voz enronquecida, un vejete de nariz roja, sentado junto á su cubeta.

Y un hombre, conocido en la calle con el raro apodo del *Novio andrajoso*, trata de vender á un obrero del puerto una camisa sucia, pero sólida, que se acaba de quitar, y le grita con tono convencido:

—¡Bergante! ¿En dónde vas á comprar una prenda de lujo, tan hermosa, por 20 copecks? Con ella se puede ir á pedir la mano de una rica comerciante, de una millonaria, ¡qué diablo!

De repente, entre el general vocerío, resuena la nota clara de una voz infantil:

—Por amor de Cristo, dad un copeck á un niño abandonado... que no tiene padre ni madre...

El nombre de Cristo repercute de una manera extraña y ajena á todo en aquella calle.

—¡Artemio! Ven aquí—exclama con voz afable la ingeniosa mujer de un soldado, Daría Gromova, que vende pasteles de carne.—¿En dónde has estado? ¿Por qué nos olvidas?

—¿Has vendido mucho?—pregunta tranquilamente Artemio; y de un ligero puntapié derriba la mercancía. Los pasteles, amarillos y lustrosos, ruedan por el suelo, desprendiendo un vaho caliente, y Daría grita con furor:

—¡Tunante, asesino, pillo! ¿Cómo no se hunde el suelo bajo tus pies? ¡Camello de Astrakán!

Los espectadores ríen, porque todos saben que Artemio será perdonado.

Y de este modo continúa su camino, tropezando con todos, dando empujones y pisotones. Y ante él, rápidamente, se desliza como una serpiente el murmullo preventivo:

—¡Artemio viene!

En estas dos palabras, hasta el que las oye por primera vez adivina una amenaza, y cede el puesto á Artemio, mirando con temor y curiosidad el formidable aspecto del buen mozo.

Artemio encuentra á un descamisado conocido suyo. Se saludan, y Artemio estrecha la mano de su amigo de tal manera que el otro grita de dolor, y le injuria. Entonces, Artemio le coge por los hombros con sus dedos de hierro ó inventa otra manera de hacerle daño, y, silenciosamente, mira con tranquilidad al hombre que sufre, gime y grita:

—¡Suéltame, verdugo, maldito!

Pero el verdugo es tan inexorable como un juez.

Caín caía á menudo entre las rudas manos de Artemio, que jugaba con él como un niño curioso con un escarabajo.

Los procedimientos particulares é incomprensibles del atleta se llamaban en Chikhan «las salidas de Artemio». Le crearon una multitud de enemigos; pero, á pesar de sus esfuerzos, no podían luchar con la fuerza milagrosa de aquél.

Así, una vez siete robustos mocetones se reunieron, y, animados por toda la calle, decidieron dar á Artemio una lección que le calmara.

Dos de ellos pagaron muy cara la experiencia; los otros salieron bien de ella. Otra vez, unos tenderos y maridos engañados alquilaron á un carnicero de la ciudad, célebre por su vigor, y que había salido más de una vez vencedor de la lucha con los héroes de circo. El carnicero se encargó, mediante una buena recompensa, de pegar á Artemio hasta dejarle medio muerto. Hicieron que se conocieran, y Artemio, que nunca se negaba á pegarse «por gusto», rompió un brazo al carnicero por debajo de la clavícula, y de un puñetazo en el pecho le tiró al suelo, sin conocimiento. Estos hechos, que realzaron

más todavía el prestigio que Artemio debía á su fuerza, tuvieron como consecuencia el aumento del número de sus enemigos.

Continuaba sus «salidas», como antes, arrollando á todos y á todo á su paso. ¿Qué sentimientos quería expresar con ello? ¿Acaso el hombre de los campos y de los bosques, arrancado á su ambiente, se vengaba así de la ciudad y de su manera de vivir? Tal vez sentía confusamente que aquella ciudad se perdía, que le había inoculado su veneno en el alma y en el cuerpo; sentía esto y luchaba á su manera contra la fuerza fatal que le subyugaba. Sus «salidas» terminaban á veces en la prevención, en donde les agentes de policía le trataban mejor que á los otros habitantes de Chikhan; se asombraban de su fuerza fabulosa, se divertían con él; porque sabían que no era un ladrón, que no era capaz de serlo, por demasiado tonto. Pero, por lo general, después de sus «salidas» iba á esconderse en cualquier rincón, y allí una de sus enamoradas se encargaba de su manutención. Después de estas hazañas, permanecía sombrío y caprichoso; en sus ojos se condensaba algo salvaje, y la inmovilidad de su fisonomía le hacía parecerse á un idiota. Entonces una tendera cualquiera, una matrona de la edad celebrada por Balzac, le cuidaba con aires de propietaria de aquella fiera, pero también con un sentimiento de terror.

—¿Quieres otros dos vasos de cerveza, Artincha? ¿O prefieres un licor? ¿Y no tienes ganas de comer algo? Estás hoy poco animado.

—¡Déjame en paz!—decía sordamente Artemio, y la comadre se agitaba en torno de él durante algunos minutos; después volvía á atender al buen mozo, porque sabía ya que en ayunas era avaro de caricias.

Y he aquí que plugo al destino, á menudo harto irónico, que aquel hombre y Caín se encontrasen.

*
* *

La cosa sucedió de esta manera:

Una vez, después de una «salida» seguida de una cena

abundante, Artemio y su compañera se dirigían con paso vacilante á casa de la última, que habitaba en una callejuela estrecha y desierta de un barrio de la ciudad. Pero allí le esperaban. Unos hombres se arrojaron sobre él y le hicieron perder pie inmediatamente. Debilitado por el vino, se defendía mal; y entonces, por espacio de una hora, aquellas gentes se vengaron sobre él de los innumerables ultrajes que les había hecho sufrir.

La compañera de Artemio echó á correr; la noche era negra, la plaza estaba desierta. Los agresores podían arreglar á gusto sus cuentas con Artemio, y lo hicieron á conciencia. Cuando estuvieron cansados los dejaron; dos cuerpos inmóviles yacían por tierra: uno era el de Artemio, el otro el de un hombre á quien llamaban el «Rojo».

Después de haberse preguntado lo que habían de hacer con aquellos cuerpos, los mozos decidieron esconder á Artemio bajo una vieja «beliana» (1) averiada y que yacía con la quilla al aire á orillas del río; en cuanto al «Rojo», que se quejaba, resolvieron llevárselo.

Mientras que arrastraban á Artemio hasta la arena, el dolor le hizo volver en sí; pero adivinando que lo mejor para él era hacerse el muerto, contuvo un grito á punto de escapársele. Le zarandeaban, le llenaban de invectivas, y cada cual se alababa ante los otros de los golpes que había asestado al atleta. Artemio oía que Michka Vavilof contaba á sus compañeros que no se había cansado de dar puntapiés en el costado izquierdo de Artemio á fin de destrozarle el corazón. Y Suko-plineff afirmaba que le había golpeado en el vientre, porque si se lastiman los intestinos de un hombre los alimentos dejan de aprovecharle y pierde su fuerza. Lomakine declaró también

(1) *Beliana*, especie de barcaza de construcción especial. Sirvense de ella en el Volga para el transporte de maderas y otras mercancías; no se utiliza más que una vez; llegada á su destino, la desmontan y venden los materiales que la formaban.

que había saltado dos veces sobre el estómago de Artemio. No había uno que no se hubiera distinguido de una manera tan brillante y que no se alabase de ello; esto constituyó el asunto de la conversación hasta que llegaron á la «beliana» y pusieron debajo á Artemio. Ninguno de los discursos se le escapó, y oyó que sus agresores decidían, por unanimidad, al marcharse, que él no volvería á levantarse.

Se quedó solo, en la obscuridad, sobre un montón de escombros húmedos arrojados allí por las crecidas del río. Era una fresca noche de Mayo, y el fresco hacía que Artemio recobrase de cuando en cuando el conocimiento. Pero cuando trató de arrastrarse hacia el río, volvió á caer desvanecido, presa de un terrible dolor que le penetraba todo el cuerpo. Volvió en sí, desgarrado por el sufrimiento, atormentado por una sed atroz. El río parecía burlarse de él, chapoteando en la arena, allí tan cerca. Pasó toda la noche en aquella situación, temiendo quejarse ó hacer un movimiento.

Una de las veces que recobró el sentido comprendió que le había ocurrido algo bueno y que se había aliviado. Pudo abrir un ojo con mucha dificultad, y con gran trabajo movió sus labios, hinchados y desgarrados. Debía de ser ya de día, porque al través de las resquebrajaduras de la barca los rayos del sol se deslizaban y formaban un polvillo luminoso alrededor de Artemio. Se llevó como pudo una mano á la cara, y sintió que le habían puesto unas vendas mojadas. Tenía también vendados el pecho y el vientre. Estaba completamente desnudo, y el frío aliviaba sus sufrimientos.

—Agua...—dijo, adivinando vagamente que debía de haber alguien cerca de él. Una mano temblona asomó por encima de su cabeza, y le pusieron en la boca el cuello de una botella. La botella bailaba en la mano del que la tenía, y tropezaba en los dientes de Artemio. Después de haber bebido, Artemio deseó saber quién estaba allí; pero no pudo volver la cabeza, porque el movimiento le daba náuseas. Entonces, con voz ronca, comenzó á hablar tartamudeando:

—Aguardiente... quisiera beber una copa... y friccionearme la piel... Tal vez en seguida... podré levantarme...

—¿Levantarse? No se puede usted levantar. Tiene usted todo el cuerpo azulado é hinchado como el de un ahogado. En cuanto al aguardiente, sí, es posible... hay aguardiente... tengo toda una botella.

Hablaban dulcemente, tímidamente, y muy aprisa. Artemio conocía aquella voz, pero no podía acordarse de la mujer á que perteneciera.

—Dame...—dijo.

Y de nuevo, alguien que, por lo visto, quería recatarse, le tendió una botella por encima de la cabeza. Artemio, mientras bebía con esfuerzo el aguardiente, miraba con un ojo el fondo negro y húmedo de la «beliana», todo lleno de setas.

Cuando hubo echado al cuerpo más de un cuarto de la botella, suspiró profundamente, aliviado, y dijo con voz débil y anhelosa:

—Bonito me han puesto... Pero que esperen... me repondré... me repondré... y entonces... ¡cuidado!...

No le respondieron; pero oyó un ligero ruido, como si alguien se hubiese apartado de él; después volvió á quedar todo silencioso; solamente se oía el rumor del agua; á lo lejos cantaban «Duleinuchka» (1), lanzaban «uf», como si tirasen de algo pesado. Después desgarró el aire el estridente silbato de un vapor, y á los pocos momentos comenzó á mugir la sirena tristemente, como si el barco abandonara la tierra para siempre.

Artemio esperó largo rato una respuesta á sus palabras; pero todo estaba en silencio bajo la «beliana», cuyo fondo, lleno de verdín, se balanceaba sobre su cabeza, elevándose unas veces, bajando otras, como si hubiera querido, en una de esas oscilaciones, caer encima de él y aplastarle sin piedad.

Artemio se sintió lleno de compasión hacia sí mismo. Le in-

(1) Canción muy popular entre los sirgadores del Volga.

vadió el perfecto conocimiento de su impotencia casi infantil, y al mismo tiempo se sintió ofendido. ¡A él, tan fuerte, tan apuesto, le habían estropeado, desfigurado!... Con sus manos débiles se puso á tentar los chichones y las desgarraduras de su pecho y de su cara, y lleno de dolor comenzó á blasfemar y á llorar. Sollozaba, juraba con desesperación, y se apretaba ligeramente los párpados para que salieran las lágrimas que llenaban sus ojos; rodaban, gruesas y ardientes, á lo largo de sus mejillas, y sintió que, gracias á sus lágrimas, algo se despejaba en él.

—Está bien... Esperad...—murmuraba en medio de sus sollozos.

De repente oyó cerca de él sollozos y murmullos ahogados: era como si hubieran querido remedarle.

—¿Quién está ahí?—preguntó con voz amenazadora, aunque tuviese miedo, sin saber por qué.

No respondieron á su pregunta.

Entonces, haciendo un esfuerzo, Artemio se volvió de lado, dió un alarido de dolor salvaje, se incorporó sobre el codo, y vió en la penumbra un cuerpo hecho un ovillo en un rincón de la «beliana». Un hombre escondía la cabeza sobre las rodillas, que apretaba con sus manos largas y secas; sus hombros temblaban. Le pareció á Artemio que era un jovencillo.

—Ven aquí—dijo.

Pero el otro no le obedeció: continuaba temblando como si tiritara de fiebre.

Los ojos de Artemio se turbaron de dolor y de espanto al percibir aquel sér, y se puso á gritar:

—¡Joven!

Pero la respuesta fué una granizada de palabras temblonas y precipitadas:

—¿Qué mal le he hecho? ¿Por qué grita usted contra mí? ¿No le he lavado y le he dado de beber? ¿No le he ofrecido aguardiente? ¿No he llorado cuando usted ha llorado, y no he sufrido cuando usted se ha quejado? ¡Dios mío! ¡Señor mío!

¡Hasta el bien que hago no me reporta más que sufrimientos! ¿Qué daño he causado á su alma ó á su cuerpo? ¿Qué daño le puedo yo ocasionar, yo?...

Después de haber cortado su discurso con tres sollozos, el hombre se calló; estaba sentado en el suelo, se cogió la cabeza con las manos, y comenzó á balancearse de derecha á izquierda.

—¡Caín! ¿Eres tú?

—Sí, ¿y qué? Soy yo...

—¿Eres tú? ¡Vaya! Pero, en fin, ya que estás ahí... ¡Ay! Ven aquí. Vamos. Es curioso.

Artemio estaba desconcertado por la sorpresa, y sentía al mismo tiempo en él algo alegre. Hasta se echó á reir cuando vió al judío arrastrarse tímidamente hacia él á cuatro pies, mientras que sus ojuelos se movían rápidamente en el ridículo rostro que Artemio conocía desde hacía ya tanto tiempo.

—¡Ven sin temor! Mi palabra, que no te toco. —Creyó necesario tranquilizar al judío.

Caín se arrastró hasta él, se detuvo, y se puso á mirarle con sonrisa temerosa y suplicante, como si esperara que pisoteasen su cuerpo, encogido por el miedo.

—¡Vaya!... ¿Conque has sido tú? ¿Y tú has hecho todo esto? ¿Quién te ha enviado?... ¿Anissia?—interrogó Artemio, cuya lengua se movía trabajosamente.

—Lo he hecho por mí mismo.

—¿Por ti mismo? ¡Mientes!

—¡No miento, no miento!—replicó vivamente Caín.—He venido solo, le suplico que me crea. Le contaré cómo. Escuche. Supe la cosa en Gavrilowka... Estaba tomando té, y oí decir: Han pegado á Artemio esta noche, y le han dejado por muerto. No lo creí. No era posible que á usted le hubiera ocurrido tal cosa. Me reí. ¡Qué estúpidos son!—pensé.—¿Quién de vosotros podría vencer á un hombre que es como Sansón? Pero todos los que entraban decían: Le han arreglado las cuentas. Hablaban de usted maldiciéndole, y se reían... Todos estaban contentos... y entonces lo creí. Y supe que estaba us-

ted aquí. Ya han pasado por aquí para mirar, y decían que estaba usted muerto. Vine y le vi... lloró usted... Y yo pensaba al verle: ¡Han vencido al hombre más vigoroso de la tierra!... Me compadecí de usted, perdóneme que se lo diga. Pensé que convenía lavarle á usted con agua... y lo hice... y gracias á ello comenzó usted á revivir... ¡Qué contento me puse, ah, qué contento! ¿No me cree usted, verdad? ¿Porque soy judío? ¿no es eso? Pero no, usted me cree... Le diré por qué estaba contento y lo que he pensado... Le diré la verdad... ¿No se incomodará usted conmigo?

—¡Por la señal de la cruz! ¡Que el rayo me mate!—juró el buen mozo, vencido.

Caín se acercó más á él y bajó la voz todavía:

—Usted sabe la horrible vida que llevo... ¿lo sabe usted? ¿no es verdad? ¿No he sufrido, perdóneme, golpes de usted? ¿No se ha burlado usted del sucio judío? Esto es cierto. Me perdonará que le diga la verdad, lo ha jurado. No se incomode. Digo solamente que usted, como los otros, ha perseguido al pobre judío. ¿Y por qué? ¿no es el judío hijo también de Dios? ¿y no me ha dado Dios un alma como á usted?

Caín corría, haciendo pregunta tras pregunta, sin esperar la respuesta; bullían en él de repente las palabras con que marcaba en su corazón las ofensas y los ultrajes que le inferían. Resucitaban todos en él y se desbordaban de su corazón como un torrente abrasador. Artemio se sentía molesto ante él.

—Oye, Caín—dijo sordamente,—deja todo eso. Yo te... ¡maldito sea yo si te vuelvo á tocar... y si algún otro se atreviese, le haré pedazos! ¿Has comprendido?

—¡Ah, ah!—exclamó Caín, que hizo castañetear su lengua triunfalmente.—Ahí está. Usted me ha ofendido mucho... perdóneme. No se enfade, porque usted sabe que me ha ofendido mucho. Sé, sin embargo, sí, lo sé, que usted es menos culpable que los otros... lo comprendo. Los demás me escupían solamente á mí... usted me escupía también, pero les es-

cupía usted al mismo tiempo á ellos. Usted ha ofendido á otros más cruelmente que á mí. Yo pensé entonces: «este hombre es grande y robusto; me ofende y me pega, no porque soy un judío, sino porque no soy mejor que los otros y vivo entre ellos». Y siempre le he querido á usted con respeto y con temor. Le miraba á usted, y pensaba que usted podía desgarrar las fauces de un león y vencer á los filisteos. Usted les pegaba... y me gustaba verlo... Y yo quise también ser fuerte... pero... soy como una pulga...

Artemio reía con voz ronca.

—Eso es... Tú eres como una pulga.

No comprendía bien lo que Caín le decía, pero le agradaba ver á su lado la figurilla del judío. Y con la charla excitada de Caín, varios pensamientos se cruzaban lentamente en su cerebro:

—¿Qué hora es ya? Serán las doce, probablemente. Y ninguna de ellas ha venido á informarse de la salud de su querido. Pero el judío ha venido... y dice que me quiere, y yo le he pegado y ofendido tantas veces... ¡Y alaba mi fuerza! ¿Me volverá esa fuerza?... ¡Dios mío! si me llega á volver...

Artemio suspiraba fatigosamente; se imaginaba ver á sus enemigos vencidos y en la situación en que él se encontraba. Y ellos también yacían en alguna parte... Pero sus amigos serán los que vayan á verlos, y no el judío.

Artemio miró á Caín, y le pareció que aquellos pensamientos habían hecho nacer una especie de amargor en su boca y en su garganta.

Escupió y suspiró de nuevo.

Y Caín continuaba hablando, muy excitado, con el rostro contraído por la excitación y temblando con todo su cuerpo:

—Y cuando lloró usted... lloré yo también... por compasión hacia su fuerza.

—Y yo pensé que alguien se burlaba de mí.

—Siempre he admirado su fuerza... Y rogaba á Dios: «¡Haz que sea útil á este hombre! Haz que pueda prestarle un servi-

cio cualquiera, que su vigor se convierta en una defensa para mí. Haz que esa fuerza me preserve de las continuas afrentas y que mis perseguidores perezcan por esa fuerza». Así rogaba, pidiendo á Dios que me hiciese un defensor, un protector de mi mayor enemigo, como dió á Mardoqueo un protector en la persona del Zar, que venció á todos los pueblos... Y he aquí que usted comenzó á llorar... y yo lloré también... Pero de pronto gritó usted, y todas mis oraciones se desvanecieron.

—¿Acaso podía yo saber de qué se trataba?—decía Artemio, sonriendo con aire de arrepentimiento.

Pero Caín no oía tales palabras; se balanceaba, agitaba las manos y continuaba hablando. Era un cuchicheo apasionado, en el que vibraban la alegría y la esperanza, la adoración al poder de aquel hombre estropeado, y el temor y la tristeza.

—Mi día ha llegado, por fin... y aquí estoy solo á su lado... Todos le han abandonado, pero yo he venido. Usted curará, Artemio, ¿no es verdad? ¿No tiene usted nada grave? ¿Y volverá su fuerza?

—Curaré... no tengas miedo... Y á ti, á causa de tu bondad, te cuidaré como á un niño.

Poco á poco, Artemio se sentía mejor; le parecía que experimentaba dolores menos vivos en la cabeza y que sus pensamientos se aclaraban. «Hay que defender á este pobre Caín—se decía.—¡Es tan dulce y se expresa con tanta franqueza!» Ante esta idea, sonreía Artemio. De repente, dijo:

Tengo hambre. ¿Podrías procurarme algo que comer, Caín?

Caín se sobresaltó tanto, que pegó contra un madero. Su rostro estaba completamente transformado, y se reflejaba en él una expresión de energía y al mismo tiempo algo infantil. ¡Artemio, el fabuloso atleta, le pedía de comer á él, á Caín!

—Le daré todo lo que quiera. Lo tengo aquí, preparado.

Cuando alguien está enfermo, es preciso que coma, lo sé. Y al venir me he gastado un rublo comprando alimentos.

—Ya arreglaremos cuentas. Te devolveré diez rublos. Puedo hacerlo... El dinero no es mío. No tengo más que decir «dame», y me dan lo que quiera.

Reía de buen grado, y, al oír aquella risa, Caín irradiaba también satisfacción y alegría.

—Ya lo sé. Dígame lo que desea. Haré por usted todo lo que quiera, todo.

—Está bien. Pues empieza por fricciónarme con aguardiente. Primero deseo que me des unas friegas, después comeré. Pero ¿sabrás hacerlo?

—¿Por qué no? Me las arreglaré tan bien como el mejor doctor.

—Entonces, anda; me darás unas friegas, y en seguida me levantaré.

—¿Levantarse?... No creo que pueda usted hacerlo.

—¿Que no lo crees? Ya lo verás. ¿Piensas que voy á quedarme acostado aquí? Anda, friccióname, y después irás al barrio á casa de la pastelera Mokewna, y la dirás que quiero instalarme en su cochera... que ponga paja. En su casa recobraré antes las fuerzas. Se te pagará bien... no te inquietes por eso.

—Le creo—respondió Caín, derramando aguardiente en el pecho de Artemio;—creo en usted más que en mí mismo. ¡Oh! le conozco á usted bien.

—¡Fricciona, fricciona! ¡Más fuerte!... ¡Anda, anda!... Crees que me haces mucho daño... Pero esto es bueno... ¡Anda, anda!... ¡Ay!... ¡Oh!—rugía Artemio.

—Haré cualquiera cosa por usted; si le agrada, me arrojaré al agua —decía Caín, continuando sus declaraciones de amistad.

—Bueno, bueno... Sigue... Ahora en la espalda... ¡Más fuerte!... ¡Cómo me han puesto esos bandidos!... Y, como siempre, por culpa de una mujer. Si no hubiese habido una mujer,

no hubiera bebido; y cuando soy sobrio, nadie se atreve á atacarme...

Caín, que había entrado en su papel de criado, declaró:

—Las mujeres son el pecado del mundo. Los judíos tenemos una oración de la mañana que dice: «Bendito seas, Dios eterno, Zar del Universo, por no haberme creado mujer...»

—Está bien—dijo Artemio.—¿Y rezáis esa oración?... Sois gentes muy curiosas. ¡La mujer! Es tonta, es cierto, pero no se puede vivir sin ella... Pero esa oración es demasiado mortificante para ellas... ¿Crees tú que la mujer no tiene sentimientos?

MÁXIMO GORKI

(Concluirá.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Procedura penale, por Cesare Civoli, profesor de la Universidad de Pavía. Milán, Ulrico Hoepli, editor, 1904. Un grueso volumen de XII-695 páginas, 9 liras.

No se trata de un trabajo propiamente doctrinal, sino más bien expositivo de una legislación determinada: la italiana. El autor no ha hecho una obra enteramente exegética, pues no va siguiendo paso á paso y artículo por artículo el mismo orden del Código italiano de procedimiento criminal. Sin embargo, lo sustancial del libro y el propósito de quien lo ha escrito consiste en presentar un comentario del dicho Código, que es lo que toma Civoli por base. Pero es un comentario ordenado, que, mejor que á la exégesis propiamente tal, pertenece al orden de estudios hechos con el llamado un día por los romanistas «método dogmático».

El trabajo es amplio y extenso. Empieza con una introducción encaminada á investigar los fines, las modalidades de aplicación, los límites y las relaciones del procedimiento penal; y luego, en siete secciones, va el autor examinando estos problemas con aplicación especialísima, como queda dicho, á la legislación italiana: del ejercicio de la acción penal y del ejercicio ante los tribunales penales de la acción civil procedente de delito; de la competencia penal y sus clases; de la instrucción del sumario; del envío de las causas penales al juicio; de la celebración de éste; de los recursos contra las decisiones judiciales en materia penal, y de la ejecución de las sentencias penales. Cierra el libro otra sección, la octava, que se dedica al estudio de los procedimientos especiales.

La obra no deja de tener utilidad, tanto para los estudiosos del derecho penal como para los prácticos y abogados.

P. DORADO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Francisco de Zurbarán y la Exposición de sus cuadros</i> , por José Cascales y Muñoz.....	5
<i>La nueva perforación de los Alpes</i> , por Antonio Pagés.....	24
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	41
<i>Influencia española sobre la Literatura inglesa</i> , por Martín Hume.	54
<i>La España nueva</i> , por J. Hogge Fort y F.-V. Dwelshauvers-Dery.	74
<i>El imperfecto y el futuro de subjuntivo en el Quijote</i> , por Julio Cejador.....	98
<i>Los Duques de Rivas, Angel y Enrique Ramírez de Saavedra, como poetas</i> , por Narciso José de Liñán y Heredia.....	111
<i>La sílaba</i> , por Eduardo Benot.....	130
<i>Crónica literaria (El centenario del Quijote.—Lo que ha sido y lo que debió de ser)</i> , por E. Gómez de Baquero.....	142
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	151
<i>Cain y Artemio</i> , por Máximo Gorki.....	185
<i>Notas bibliográficas (Procedura penale, por Cesare Civoli)</i> , por P. Dorado.....	207